

BIBLIOTECA SELECTA  
PARA  
LA JUVENTUD

NOCHES  
DE INVIERNO

CASA EDITORIAL  
PARIS  
GARNER HERMANOS

**NOCHES DE INVIERNO**

---

PARIS. — IMPRIMERIE E. DESFOSSÉS, 13, QUAI VOLTAIRE. — 55134-12.12.

---



20195

Dupl

20-58

2/2-

NOCHES

# DE INVIERNO

POR

A. DE BRAY

DIBUJOS DE

JULIO DAVID

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



PARÍS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

--

# NOCHES DE INVIERNO

---

## I

### EL BUEN EJEMPLO

Los tres muchachos, Ángela, Ramón y Pepe, se retiraron precipitadamente de la ventana, apelotonándose junto á la chimenea.

En ésta, cuatro ó cinco enormes troncos de madera ardían retorciéndose y chisporroteando : la habitación estaba inundada de luz; la temperatura era agradabilísima.

Cerca de la chimenea, un anciano, con las piernas extendidas hacia el fuego, ocupaba amplio sillón frailer. Habíase dormido, al influjo tal vez de una digestión placida y de aquel calorcillo vivificante, y sobre las rodillas conservaba aún el periódico que estaba, sin duda, leyendo cuando sus párpados se cerraron.

Del lado opuesto de la chimenea, y separada del anciano por la mesa cubierta de tapete de crochet sobre la que descansaba el enorme quinqué con pantalla roja, una mujer, joven aún, y todavía hermosa, bordaba en un bastidor, siguiendo con la aguja de marfil, enhebrada alternativamente con lana de distintos colores, el caprichoso dibujo que tenía delante.

Los pequeños, llegando en tropel junto á la chimenea, sacaron al viejo de su sueño.

¡Qué cara tan simpática la del buen señor! Y era feo, sin duda alguna, pero con mucho *ángel*, como dicen en Andalucía.

Sobre sus narices, gordas, coloraditas, se apoyaban apenas, sosteniéndose penosamente casi en el mismo borde de aquel plano inclinado, las enormes gafas de cristales redondos y armadura de acero, oxidada ya por la acción de los años. Las mejillas, flácidas, surcadas de arrugas y cubiertas de cañones blancos, colgaban un poco, rebasando y como derbordándose sobre el cuello de la camisa.

Abrió los ojos, al salir de su letargo, ó para hablar más propiamente, cuando le sacaron de él, y entonces pudo verse que eran ojos pequeñitos, pero muy negros y de mirada penetrante: una de esas miradas que parece que leen en el fondo de las conciencias. ¡Qué contraste tan singular, el de aquellos ojos tan negros y de la cabellera, blanca como la nieve que lo cubría todo allá afuera, las calles, los tejados, el campo!...

Y á pesar de ser feo, se parecía, ¡vaya si se parecía! á la señora joven que, del otro lado de la mesa, bordaba en silencio, inclinada sobre el bastidor sostenido en sus rodillas. Podría tener unos treinta y cinco años, y, además de ser hermosa, indudablemente era muy buena, porque la bondad se reflejaba en su semblante, en sus ojos, en todo su ser, hasta en sus actitudes, hasta en su modo de sentarse.

De vez en cuando, siempre que le era preciso cambiar la lana de la aguja, paseaba su mirada serena por la habitación, deteniéndola un instante sobre los muebles no lujosos pero cómodos y limpios; sobre el viejo reloj de pared encerrado en una larguísima y estrecha caja de madera; sobre la cómoda antigua que servía como de altar á aquella urna que estaba en la familia desde un siglo atrás, y en el interior de la cual aparecía la Virgen de los Dolores, clava-

dos en torno al corazón santo siete puñales de plata, y sosteniendo en su regazo el cuerpo rígido del Salvador del mundo.

Y miraba también á los muchachos, quienes, con las frentes pegadas á los cristales, procuraban borrar con los dedos el vaho que su aliento cálido formaba sobre los vidrios helados por el frío exterior, para hundir su mirada en la oscuridad y ver cómo iba subiendo, aumentando en espesor, la capa de nieve...

Y miraba luego la nieve que los años habían acumulado sobre la cabeza del viejo que dormitaba con el periódico entre las manos : cabeza de canónigo, de obispo, de algo así, cabeza venerable.

Y cuando reanudaba la labor, sonrisa poco perceptible rizaba sus labios : dijérase que la buena señora daba gracias á Dios interiormente por aquella paz, por aquel grato bienestar, por aquella apacible existencia de que le permitía disfrutar.

La rápida retirada de los chicos en busca de la chimenea cambió en un momento el aspecto de las cosas. El anciano despertó, y enderezándose un poco, restituyó á su verdadero lugar las gafas — que se habían deslizado á lo largo de la nariz colorada y gordinflona, — disponiéndose á continuar la lectura.

Con fingida severidad, la señora, dirigiéndose á los muchachos, exclamó :

— No se os puede aguantar; habéis despertado á papá Carlos. ¿ No podiais acercaros á la chimenea de otro modo?

— Déjalos, mujer, — interrumpió el anciano con bondad : — son muchachos ; además no creas que dormía, no : estaba... abstraído.

El anciano mentía descaradamente y á sabiendas. La señora, que era su hija, se sonrió, recordando que el buen señor consideraba la propensión al sueño como una flaqueza propia de la edad, flaqueza de que tenía empeño en aparentar hallarse libre.

— Ya veis el tiempo que hace, — siguió diciendo el anciano después de un momento de pausa y dirigiéndose á sus nietos; — la nieve cae á grandes copos; el viento gruñe en la alta chimenea y corre con furia á lo largo de los pasillos; los árboles del parque se quejan y crujen, sacudidos por el huracán... ¿Verdad que parece como si se oyeran toda clase de ruidos siniestros? Lo cierto es que la creación toda toma una voz plañidera para llorar la hermosa estación que huyó hace poco, llevándose consigo las últimas guirnaldas de flores, los últimos rayos calientes del sol.

¿Qué hacer durante estas noches de invierno en que es locura pensar en salir á la puerta de la calle? ¿Escuchar cómo silba el viento? ¿dejar que la tristeza invada el alma? Yo creo que no, y creo más: creo que cuando se tiene tranquila la conciencia, jamás se siente uno más dichoso que en momentos como el actual, cuando se está en familia, y condenado, como si dijéramos, á vivir en torno de la chimenea...

Acerquémonos aun más los unos á los otros: el quinqué, dando luz hermosa, está ahí, sobre la mesa: tú, Angelita, vas á imitar á tu madre y á bordar con ella: vosotros dos, cerca de mí, me escucharéis, por que yo... voy á contaros cuentos!

Formidable explosión de júbilo siguió á estas palabras del anciano, quien añadió en seguida:

— Catorce días tenéis de vacaciones, y catorce historias voy á contaros, una cada noche, si me ayuda la memoria y puedo recordar algunas, hasta completar el número que os ofrezco. Escuchadme pues.

¿Dónde leí esta historia?... Porque se trata de una historia; de hechos que se han realizado, no de acontecimientos como los que á diario genera la fantasía jamás agotada de los escritores. ¿Dónde la leí?... En fin, no me acuerdo; básteos saber que hace tiempo, mucho tiempo, que el libro en que estaba la historia que voy á referiros cayó en mis manos. Era yo entonces un renacuajo, como vosotros

ahora. Ya veis si hace tiempo que la lei, y sin embargo no se me ha olvidado nunca ni un detalle de la misma.

Sabed pues que hace como cosa de dos siglos vivía en Venecia, la célebre ciudad italiana, una familia de ilustre abolengo, compuesta únicamente de dos personas : el conde Torelli, joven de poco más de veinte años, y su esposa Anna, casi de la misma edad que él.

Habiendo heredado de sus padres respectivos cuantiosas fortunas, empleaban el dinero en hacer todo el bien posible, no ostentosamente, como lo hacen los filántropos modernos, sino con arreglo al precepto divino; es decir, de modo tal que su mano izquierda ignoraba siempre lo que la derecha distribuía.

Aparte de su servidumbre, relativamente numerosa, en consonancia con la elevada posición social de los jóvenes aristócratas, con éstos vivía un artista, un pintor, veneciano también, llamado Giacomo Bratti, quien, habiendo en su juventud, obtenido gran notoriedad, vióse ya viejo en la indigencia, al cuidado de un nietecillo y en la casi imposibilidad de atender á su sustento, pues los que, años antes, fueran sus admiradores, los que pagaron bien la firma de Bratti joven, no estaban dispuestos á dar un cuarto por un lienzo del octogenario Bratti, que no debía sin embargo morir de hambre en medio de la calle, porque aun en la hermosa ciudad que baña el Adriático quedaban algunas almas generosas, algún corazón agradecido. Principal y preciado ornamento de la galería de pinturas que el joven conde Torelli guardaba afanosamente en su palacio, más afanosamente aún que otros tesoros, porque tenía verdadera alma de artista, eran los cuadros de Bratti. Y cuando éste, perseguido por el infortunio, perdida su hacienda, sin familia, se encontró en la calle, sin otro apoyo para sostener la pesadumbre inmensa de sus ochenta años que el débil que podía prestarle su nietecillo, que apenas contaba doce, el conde, que, con la inmensa

fortuna de su padre, había heredado también su grandeza de alma y la hermosura de sus sentimientos, se apresuró á recoger al gran artista á quien ofreció hospitalidad espléndida, dispuesto como se hallaba á endulzar en lo posible los últimos días de la existencia de aquel hombre infortunado, digno por todos conceptos de mejor suerte de la que, en el mundo, le había cabido.

Lo instaló pues con gran confort, y, tan delicado como generoso, hizo construir un soberbio taller para que en él pudiese Bratti recordar, con los pinceles en la mano, la época ya remota de sus triunfos artísticos.

— Ahí tiene usted, — dijo el joven conde al pintor en el momento de entregarle el taller, — todo cuanto necesita para pagarme la hospitalidad que sus mal entendidos escrúpulos no le permiten aceptar. Trabaje usted, y trabaje para mí.

En su fuero interno, el aristócrata veneciano estaba firmemente persuadido de que el viejo artista ya no se hallaba en condiciones de pintar cuadros, ni aún de hacer siquiera un boceto. Hablaba á Bratti de ese modo para que éste no pudiese rehusar la espléndida hospitalidad que le ofrecía.

Instalóse pues el pintor en el palacio. Aun cuando para sus ochenta años cumplidos estaba aún fuerte, y por más de que su busto no se curvaba todavía hacia la tierra, su paso no era en realidad tan firme y regular como algún tiempo antes, y cierto temblor nervioso agitaba sin cesar sus manos, aquellas manos que produjeron maravillas de color, derroches de luz, conjuntos soberanos.

Y sucedió que una mañana, en el momento en que el conde Torelli atravesaba una de las galerías de su palacio, distinguió á lo lejos al pintor que, apoyado en el hombro de su nietecillo, andaba con dificultad, sin interrumpir una conversación que debía ser interesante á juzgar por el respetuoso silencio con que escuchaba el muchacho.

Picado de curiosidad, el noble prócer siguió á sus dos interesantes huéspedes, viendo poco después que entraban

en el taller, en el que el conde nunca había osado penetrar, convencido como estaba de que Bratti ya no era capaz de producir nada aceptable, y temeroso de que su presencia afligiese al anciano imposibilitado para pagar con obras de arte la hospitalidad que en el palacio le acordaran.

Procurando no ser visto, el conde dejó que el artista y su nieto penetrasen en el taller, y algunos minutos más tarde, incapaz de resistir á la curiosidad que le atormentaba, escudriñó por las rendijas de la puerta lo que en el interior del santuario del arte sucedía. Y lo que pudo ver, aun con ser poco, le dejó asombrado.

De pie, junto á la ventana, erguido, verdaderamente hermoso, rozando casi con su lengua y blanca barba el lienzo, Bratti pintaba, manejando sus manos el pincel con la misma seguridad con que lo manejara muchos años antes; en sus ojos, que el conde creía apagados ó poco menos, brillaba el fuego de la inspiración... Cerca de él, sin atreverse á respirar, mirando ávidamente al lienzo, en éxtasis ante la figura que en él surgía resplandeciente y hermosa, el pequeñuelo, el nieto de Bratti, contemplaba con los ojos muy abiertos el espectáculo, para él hermoso sin duda y atrayente, de la generación de una obra de arte.

Del otro lado de la puerta, el conde, mudo de sorpresa, gratamente impresionado, no acertaba á creer en lo que sin embargo veía. ¡Cómo! ¡era aquél el hombre que se quejaba de continuo, mitad en serio, mitad en broma de que sus ojos no le permitían ya distinguir los detalles de un modelo ni los contornos de una figura?... ¡el que aseguraba que sus piernas ya viejas no le dejaban el indispensable movimiento!... ¡que sus manos cansadas no podían sostener no ya los pinceles, pero ni siquiera una cuchara sin derramar la mitad de su contenido!...

La transformación estaba á la vista, patente el milagro que sin duda alguna era debido á la influencia del medio ambiente artístico en que Bratti viviera hasta entonces, toda su vida. Las manos del pintor se movían; aquellas

pobres manos temblonas y sarmentosas, imposibilitadas de sostener una cuchara, no sólo no temblaban al contacto del pincel, sino que adquirirían una destreza de movimiento de que el conde no las creía ya capaces. Y aquellos ojos, sin brillo al parecer, iban siguiendo, animados por el fuego sacro de la inspiración, los movimientos del pincel y de la espátula, sin que vieran nada más que eso: las líneas trazadas en la tela por el pincel, ó la masa de color distendida por la espátula.

Deseando que alguien más que él contemplase el prodigio y se asociara al júbilo que él sentía viendo rejuvenecido al pintor, el conde abandonó su observatorio y fué en busca de su esposa, con la que llegó á la puerta del taller á los pocos instantes.

Pero, aun con ser pocos, éstos habían bastado para variar por completo la escena en el interior del recinto al arte consagrado como un templo. Bratti había terminado sin duda su trabajo á su entera satisfacción, y dejando á un lado la paleta y los pinceles, se instaló en el amplio sillón colocado cerca, muy cerca de artística chimenea, haciendo que su nieto le cubriese con una manta las piernas, aquellas picaras piernas aquejadas de dolores, incapaces según él de sostenerse sin quejarse cinco minutos seguidos.

Dulcemente, procurando que ni el viejo ni el niño se percatasen de su llegada, el conde abrió la puerta del taller, y arrastrando en pos de sí á su esposa, fué con ella á colocarse detrás del sillón en que se hallaba Bratti sosteniendo animado diálogo con su netezuelo.

— Padre, — decía éste, — ¿cuándo vas á permitirme que pinte un cuadro?

— ¿Cuándo?... — interrogó á su vez el anciano, que, con mano temblorosa, levantaba la manta que cubría sus piernas.

— Sí, padre, ¿cuándo?

En este momento se dejaron ver los jóvenes esposos, á

quienes el pintor se volvió á medias en el sillón para decirles :

— Está visto ; ya no hay niños.

Y dando una palmada en la mejilla del rapaz, quien, al parecer, ansioso esperaba una respuesta,

— Ya no hay niños, — repitió ; — este mozuelo se figura que pintar un cuadro es lo mismo que dibujar unas narices. ¿Tú sabes lo difícil que es manejar el color? ¿Has estado atento siquiera mientras yo los combinaba?

— Tanto es lo que he mirado — respondió el chico — que los ojos me duelen.

— Bueno, bueno; ya he visto que no apartabas la mirada del lienzo. Esto mismo me decía mi padre cuando yo estaba en la edad en que estás ahora. Natural es, puesto que las circunstancias son las mismas, que yo te responda hoy lo que él me respondió un día, hace ya de esto... setenta y tantos años : « Me parece que tienes madera de pintor ; y porque me parece así, mañana por la mañana te dejaré embadurnar un lienzo, mientras yo observo lo que hagas. »

Al oír esta respuesta, henchido de entusiasmo, olvidando el natural respeto debido á la presencia del conde y de su esposa, el artista en agraz echó al aire su gorra, y con vehemencia impropia de su edad infantil agradeció á su abuelo la noticia.

— ¿No tendrás miedo? — le preguntó esté, — ¿no te temblará la mano?

— Tal vez sí, un poco, — dijo el mozo desmintiendo sus palabras con su sonrisa picaresca, — pero no mucho, porque tú eres bueno, y además sabes mucho.

— ¡Oh, el procaz adulador!... ¿Hase visto cosa semejante? Bueno, pues lo dicho, dicho. A tu edad, yo no dibujaba tan bien como tú ; y pues tienes empeño en manejar el color, vas á ensayarte en un lienzo que tengo ahí ya dibujado hace muchos meses, tal vez años. Pero si me lo echas á perder... te quedas sin orejas.

Esto diciendo, Bratti sonreía con esa sonrisa sin igual de los abuelos.

Comprendíase que estaba orgulloso de su nieto, y no le faltaba en verdad razón para estarlo, pues aquel muchacho que apenas contaría entonces doce años, revelábase ya en el dibujo como una legítima esperanza del arte, y Bratti estaba persuadido — sin que en esta persuasión entrase para nada su amor al nieto — de que la esperanza se convertiría, andando el tiempo, en realidad hermosa.

Abandonó el taller el artista en miniatura, y entonces el anciano, volviéndose hacia sus ilustres huéspedes :

— Dispensadme, señora condesa, señor conde — dijo — si permanezco sentado; es triste privilegio de que pueden gozar las piernas de un pobre viejo como yo.

— Un pobre viejo — dijo á su vez el conde con ironía, pero naturalmente sin ánimo de herir al artista — que pinta como en sus mejores años; un pobre viejo que maneja los pinceles sin que su mano tiemble lo más mínimo; un pobre viejo que extiende los colores sobre la tela sin que la espátula vaya un milímetro más allá de donde debió ir; que obtiene tonalidades asombrosas y curvas inconcebibles y perfiles hermosísimos y conjuntos soberanos... No creo fácil hallar muchos pobres viejos así.

— Es natural — repuso Bratti — que, cuando durante muchos años se ha hecho una misma cosa, se prefiera esta cosa á todas las demás. Sabiendo que la cosa, es decir la profesión, es honrosa, buena, productiva, útil cuando menos, y teniendo conciencia de haberla ejercido siquiera medianamente, natural es que se ejerza aún, cuando la edad nos obliga á dejar todas las demás ocupaciones. Dicen los sabios, señor conde, que existe una gracia de estado, y yo lo creo firmemente; esa gracia es la que me permite aún pintar un lienzo y no me permite llevar á la boca una cucharada de caldo sin que derrame la mitad en el camino.

— ¡Cuánto debe usted amar su profesión! — dijo entonces el conde.

— ¡Si la amo! Era la de mi padre, que la amaba con locura, y la de mi abuelo, y la de mi hijo, el pobre padre de ese rapaz que, bajo mi dirección, dará mañana sus primeros pasos en el camino del arte, que si es á veces, casi siempre, el de la gloria, no conduce ciertamente á la fortuna. El secreto del oficio, el secreto del color nos pertenece, está inoculado en la familia, y nos lo pasamos de padres á hijos, como herencia inestimable, como tesoro que siempre nos han envidiado. Para mí hubiera sido un dolor inmenso ver á mi nieto desprovisto de afición al arte que ha hecho conocido y respetado el nombre que lleva.

— Afortunadamente, — interrumpió el conde, — tiene afición y dotes, según parece.

— Sí, las tiene, — dijo con orgullo el anciano.

Pero cuando su sonrisa hubo desaparecido, el rostro pareció envejecer de nuevo de repente; las manos se agitaron otra vez temblorosas y apenas acertaron á levantar la manta que se deslizaba á lo largo de las piernas inmóviles. Había, sin duda, pasado el momento de fiebre artística que galvanizaba aquel cadáver.

— De modo — dijo el conde — que, decididamente, mañana hace el muchacho sus primeras armas.

— Sí, señor, mañana; y aun cuando ya he perdido hace mucho tiempo la costumbre de desear nada, quisiera que fuese llegado ya ese momento, aun cuando me hiciera adelantar un día en el camino que conduce al cementerio.

Los tres muchachos, Ángela, Ramón y Pepe, y hasta su misma madre, miráron á un tiempo mismo al narrador, en vista de que éste se había detenido en el curso de su relato.

Comprendiendo lo que aquella interrogación muda significaba, el anciano prosiguió en estos términos;

— No recuerdo, ni tampoco es necesario que lo recuerde,

el final de esa historia, que lei hace muchos años, cuando empezaba á vivir. Lo que sí recuerdo, es que, cuando terminé la lectura, no pude menos de hacerme estas reflexiones. Si yo estuviese destinado á vivir tantos años como el viejo pintor del cuento, ¿cuál de mis actuales ocupaciones podría serme fiel compañera hasta lo último, dar fuerza siquiera momentánea á mi cuerpo desfallecido, calor á mi corazón, satisfacciones á mi conciencia; impedir que yo sea un verdadero muerto entre los vivos? ¿cuál de ellas? ¿cuál?

Lo yo que me respondí entonces, las resoluciones que tomé, ya las sabréis, cuanto estéis en edad de comprenderlas. Sabed ahora que hoy me alegro de haber leído la historia que acabo de contaros con el título de *El Buen Ejemplo*. Para mí lo fué.

## LA MEJOR CONSEJERA

La nieve no había cesado de caer desde el día anterior.

Aquel tiempo infernal desesperaba á los tres muchachos que el lector ya conoce. Y se comprende su desesperación : habían salido del colegio para pasar las fiestas de Navidad al lado de su familia, para esparcir su ánimo y vigorizar el cuerpo correteando con entera libertad, y he ahí que el tiempo se metía en nieve, imposibilitando todo intento de salida.

Porque, como decia muy bien el abuelo, ¿ adónde iban con aquella capa de nieve que lo cubría todo, y con aquel aire helado que cortaba la cara? Era forzoso resignarse á vivir encerrados en la casa paterna.

¡ Qué grato encierro ! Ellos, los pequeños, no estaban aún en edad de comprender y apreciar las delicias, los encantos del hogar doméstico. Todo lo que en él se encierra de poesía, de grato bienestar, de calma consoladora, de paz, de dicha íntima, de espiritual satisfacción, sólo puede apreciarlo el que, sediento de goces ó de novedades, de ambiciones ó de aventuras, se alejó un día de la casa paterna,

del hogar de sus mayores, y vuelve de nuevo al mismo, perdida la fe en todo, satisfecha su sed de lo desconocido en la copa fatal del desengaño, y tiene la ventura de vivir otra vez sus días de la infancia entregado á la religión de los recuerdos en el templo que guarda aún en sus rincones el eco de sus risas de niño y el de la voz ya extinta de la madre.

Ni Ángela, ni Ramón, ni Pepe estaban aún en ese caso. Los tres, pero muy especialmente los varones, experimentaban ya ciertos deseos de emancipación, anhelos vagos de independencia. Sin duda por eso, después de maldecir en voz baja al tiempo que no les permitía salir de aquella casa para corretear por el campo á su sabor, para ir á ver el Nacimiento que el señor cura tenía en su habitación y ante el cual se cantaban villancicos con acompañamiento de rabeles, zambombas y panderetas, Ramón se atrevió á decir aquella noche á su abuelo, en cuanto vió que éste terminaba la lectura del periódico :

— ¿Por qué no nos llevas á Madrid, abuelo?

Éste miró sorprendido al muchacho, y contestó con otra pregunta :

— ¿A Madrid? ¿y para qué?

— ¡Debe ser tan bonito aquello!... Allí la Navidad se celebra de otro modo, y hay más gente en todas partes, más animación, más alegría.

— ¿Y qué sabes tú de eso, chiquillo?

— Yo lo he leído en los papeles. Además en el colegio hay varios niños que son de allí, y cuando vuelven después de las vacaciones nos cuentan que se divierten mucho.

— En ninguna parte — dijo el abuelo con severidad — se divierte uno como en su casa. ¿Me has oído á mí, alguna vez, manifestar deseos de ir á Madrid?

— Pero tú eres grande, abuelo.

— ¿Y qué?

— ¡Toma! que como ya lo has visto todo, nada te llama la atención.

— Por lo mismo que lo he visto todo, es por lo que puedo juzgar con conocimiento de causa. También yo, como tú, tuve cuando era joven deseos de ver mundo, de correr tierras, de tratar gentes de otros países, y ahora que soy viejo me arrepiento de haber realizado tales aspiraciones, y doy gracias á Dios por haberme permitido gozar del calor de la familia en los últimos años de mi vida, es decir, cuando más falta me hacía. Pero Dios no otorga esa merced á todos, y son muchos los que mueren lejos de los suyos, distanciados de la patria, entre gentes desconocidas é indiferentes, sin tener siquiera la suprema consolación de que una mano amiga cierre sus ojos... Eso es triste, muy triste.

Hubo un momento de silencio. Ramón no quiso insistir en sus pretensiones. El tono solemne empleado por su abuelo debió convencerle ó, por lo menos, inspirarle profundo respeto, porque sin decir palabra se sentó tranquilamente al lado del anciano y fijó en él los ojos, como esperando la continuación de la homilía cariñosa.

— Nada para mí más fácil que probaros lo que se sufre lejos de la familia, distanciado del hogar paterno. Para ello — dijo el anciano — no tendría más que referiros mi historia, y eso que no es de las fecundas en aventuras. Prefiero, sin embargo, narraros otra, y quizás así mi relato tenga mayor autoridad para vosotros. Conste pues que el cuento de esta noche no es cuento, sino historia, historia verdadera, que me fué á mí referida hace ya bastante tiempo, pero cuyos detalles están bien impresos en mi memoria. No soy yo quien habla; es uno de los protagonistas de la escena á que vais á asistir en este momento.

Recogiéronse los tres muchachos, disponiéndose á escuchar con religioso silencio la prometida historia; la madre de los niños reanudó sobre el cañamazo la labor, y el viejo, después de plegar el periódico, de toser ruidosamente y de acomodarse en el sillón, extendiendo hacia la chimenea los pies calzados de gruesas pantuflas, empezó así:

Era un día de primavera, día hermosísimo, y por eso, y con deseos de contemplar el espléndido panorama que tenía ante mis ojos asombrados, me asomé á la ventana de mi despacho.

Llegaba el sol á la mitad de su carrera, pasando sus rayos por entre las ramas de los árboles aun desnudas de hojas, á pesar de lo cual, los pájaros, encaramados en ellas, moviendo alegremente las alas entumecidas por los fríos del invierno, comenzaban á preludiar sus canciones, como si ensayaran las que más tarde, en los días templados del mes de las flores, debían recrear nuestros oídos.

Desde aquella ventana, abierta en la fachada sur de la casa de mi hermano, distinguía yo perfectamente la carretera bañada de sol, blanca, polvorienta, que se perdía allá á lo lejos, desapareciendo como si se hundiese en la espesura del bosque situado á un kilómetro escaso del pueblo. Más cerca, á derecha é izquierda, veía las casitas blancas distanciadas unas de otras, como si su colocación fuese debida al azar más que á la voluntad de los hombres. Y las casas á uno y otro lado de la carretera, numerosas al comienzo de ésta, hacíanse más raras, se espaciaban más hacia la parte del bosque. Hasta mí llegaba debilitado el canto de los gallos que se daban el alerta de corral en corral, y el ladrido de los perros, custodios de las manadas de corderos sucios y mal olientes que, en medio á una nube de polvo, se alejaban en dirección al bosque, sin duda en demanda de fresca hierba y de un poco de sombra.

Cuando la nube de polvo se desvaneció restableciéndose la primitiva diafanidad de la atmósfera, distinguí á un individuo que por la carretera adelante, sin rumbo fijo al parecer, con paso mesurado, las manos á la espalda, la cabeza inclinada sobre el pecho, seguía tal vez el camino del bosque, tal vez el de cualquiera de los en que el principal se dividía antes de llegar á las primeras filas de copudos álamos.

¿Quién era aquel individuo? Como la curiosidad, una

curiosidad imposible de explicar, me picaba un tanto, desenfundé mis antiguos gemelos de campaña y los dirigí en la dirección de la carretera. Gracias á la potencia de los cristales, pude reconocer al paseante : éste no era otro que Perico, el pobre Perico, aquel muchachote, hijo del difunto alcalde, que ayudaba en sus tareas al maestro de escuela, difundiendo con verdadero cariño entre los rapaces la ilustración relativa que él adquiriera en fuerza de leer librotos, que sacaba yo no sé de dónde.

— ¿Qué demonios hace ese chico por la carretera? — me pregunté á mí mismo, después de considerar breve rato al paseante melancólico.

Y sin que ya yo mismo me diese cuenta de mis movimientos, instintivamente continué mi observación, y así pude ver como el joven paseante se alejaba poco á poco, siempre con las manos cruzadas á la espalda, hundida en el pecho la barba, fija en el polvo la mirada, como si entre él buscase alguna cosa que le interesara sobremanera encontrar.

— Será una solución lo que busca, — pensé : — una solución para su vida. ¡ Pobre muchacho !

Éste, que habia ido alejándose poco á poco, se encontraba ya fuera de poblado, en plena campiña ; á su derecha como á su izquierda, extendíanse los grandes prados de color uniforme, amarillento, color que debia muy en breve desaparecer para dar lugar al verde con que los adorna cada año la primavera. ¡ Qué silencio tan profundo, tan conmovedor, tan imponente, el silencio de la naturaleza dormida !... ¿ Pensaba en eso Perico en aquel momento, rodeado como se hallaba de la calma augusta que, sin duda, habia ido á buscar allá tan lejos? Tal vez, porque, siempre con auxilio de mis gemelos, le vi dirigir la vista á ambos lados del camino, y luego convertirla al cielo, azul en toda su extensión, sereno, riante.

La calma augusta, la majestad de la naturaleza, impresionó también mi alma como, sin duda alguna, debia im-

presionar la de Perico; y como éste, yo también pensaba en aquel momento. El muchacho, solo, soñaba indudablemente con lo porvenir, y su espíritu debía remontarse lejos, muy lejos: con los ojos del alma, el huérfano veía de seguro hermosos horizontes allá en lejanías incommensurables; horizontes que no eran aquel del pueblo, para él tan conocido porque lo estaba viendo desde el instante de llegar al mundo.

Y yo, sin dejar de mirarle, pensando que él soñaba vuelta la vista á lo porvenir, dirigí á mi vez la mía á lo pasado y me abstraí en la contemplación de horizontes vistos, de cosas que fueron; en la remembranza de sucesos y de personas... ¡cuántas Dios mío, cuántas!

Le cansó el paseo sin duda, porque, volviéndose de repente, Perico se dirigió de nuevo al pueblo, pero esta vez caminando más despacio, como si la fatiga le dominase.

Yo dejé la ventana. Sin dar al incidente importancia alguna, tal vez, si he de ser franco, olvidado ya de Perico, pero aun pensando en mi vida pretérita, los recuerdos de de la cual surgieran de repente en mi imaginación, decidí absorberme en el trabajo, ese gran consuelo para todos los dolores, y, rodeado como de costumbre de mis libros, única cosa que pude salvar del naufragio de mi fortuna, tomé asiento junto á la mesa, decidido á dejar en el papel consignadas algunas de las impresiones que acababan de sacudir mi alma.

¿Cuánto tiempo trabajé? No sé, no lo recuerdo. Lo que sí sé, es que, cuando me disponía á trasladar á los libros comerciales de mi hermano algunas de las notas que éste me diera la noche antes referentes á sus últimas operaciones mercantiles, llamaron suavemente á la puerta de la habitación: tan suavemente, que llegué á dudar de si en realidad habian llamado ó si alguna ráfaga de viento habia hecho crujir uno de los batientes.

— ¡Adelante! — exclamé en la duda.

Pero no me habia equivocado. La puerta se abrió,

dando paso... ¿á quién dirá usted? A Perico : á Perico en persona; el mismo á quien un rato antes había estado yo observando curiosamente desde la ventana de mi habitación.

— Entra, hombre, entra, — le dije al ver que se quedaba en pie sin atreverse á penetrar en la estancia.

El muchacho dió dos pasos, y mascullando las palabras, me saludó, pidió perdón por la molestia que, sin duda, me ocasionaba con su visita; me dijo que pasaba por allí y no había querido seguir su camino sin saludarme, y en fin habló del tiempo y del estado de los campos y de tantas otras cosas tontas, que me hizo comprender en seguida que algún objeto serio le llevaba á mi presencia, pero que le faltaban alientos para abordar la cuestión. Procuré animarle, usando de toda la benevolencia de que yo era capaz, y no es poca, y por fin pareció decidirse, porque, siempre dando vueltas al viejo sombrero de copa que usaba desde que tomó posesión de su cargo de maestro suplente, me disparó á boca de jarro esta pregunta, que fué para mí como una revelación :

— ¿No se aburre usted aquí, don Guillermo?

— ¡Aburrirme! no, por cierto.

— Cómo usted ha visto tantos países, creo que debe encontrar esto insoportable.

— Todo lo contrario, hijo mío : jamás he sido tan feliz como lo soy ahora en este pueblo. No sabes tú cuántas veces, en medio de las agitaciones de mi vida errante, he echado de menos esta tranquilidad y esta sencillez de costumbres y esta bondad de caracteres. ¡Ah! si de algo ha de servir mi consejo, yo te suplico que no pienses jamás en dejar el lugar donde naciste y donde eres justamente apreciado por tus buenas cualidades.

Pedro abrió unos ojos tamaños oyéndome hablar así, y con vehemencia que no fué dueño de contener, repuso :

— ¡Vivir aquí siempre! ¡Pasarme aquí toda la vida!...

¡ Ah! no, don Guillermo; usted no piensa eso que dice. ¿Cómo quiere usted que yo me resigne á ser un simple maestro de escuela ó bien un labrador sin más ambiciones ni más cuidados que los de cosechar el trigo y la cebada y venderlos después, y amasar céntimo por céntimo no una fortuna, sino sólo lo indispensable para alimentar á mi familia, y aún al ganado, suponiendo que llegase á crearme aquélla y á tener éste? No; eso jamás. Quiero hacer lo que usted hizo. Tengo ya diez y ocho años, y he decidido marcharme lejos; no sé dónde; pero donde quiera que vaya, espero vivir, y cogiendo por los cabellos las ocasiones, adquiriré una fortuna que me permitirá vivir á mi gusto. No crea usted que yo pretendo fijarme en un punto determinado y de allí no moverme, no; nada de eso. Hay que ir á buscar los negocios allí donde se encuentren, sea donde sea. Hecha la fortuna, ó en camino ya de hacerla, entonces viajaré por mi gusto, sólo por mi gusto: y ésa creo yo que es la vida, don Guillermo, la vida de inteligencia, de actividad, la que yo quiero.

— ¿Y si no tienen éxito tus planes, cosa que puede muy bien suceder? — le pregunté para cortar aquel flujo de palabras.

— ¡ Éxito! — me dijo, — el triunfo es seguro cuando el que lucha no mira nunca tras de sí. Por eso...

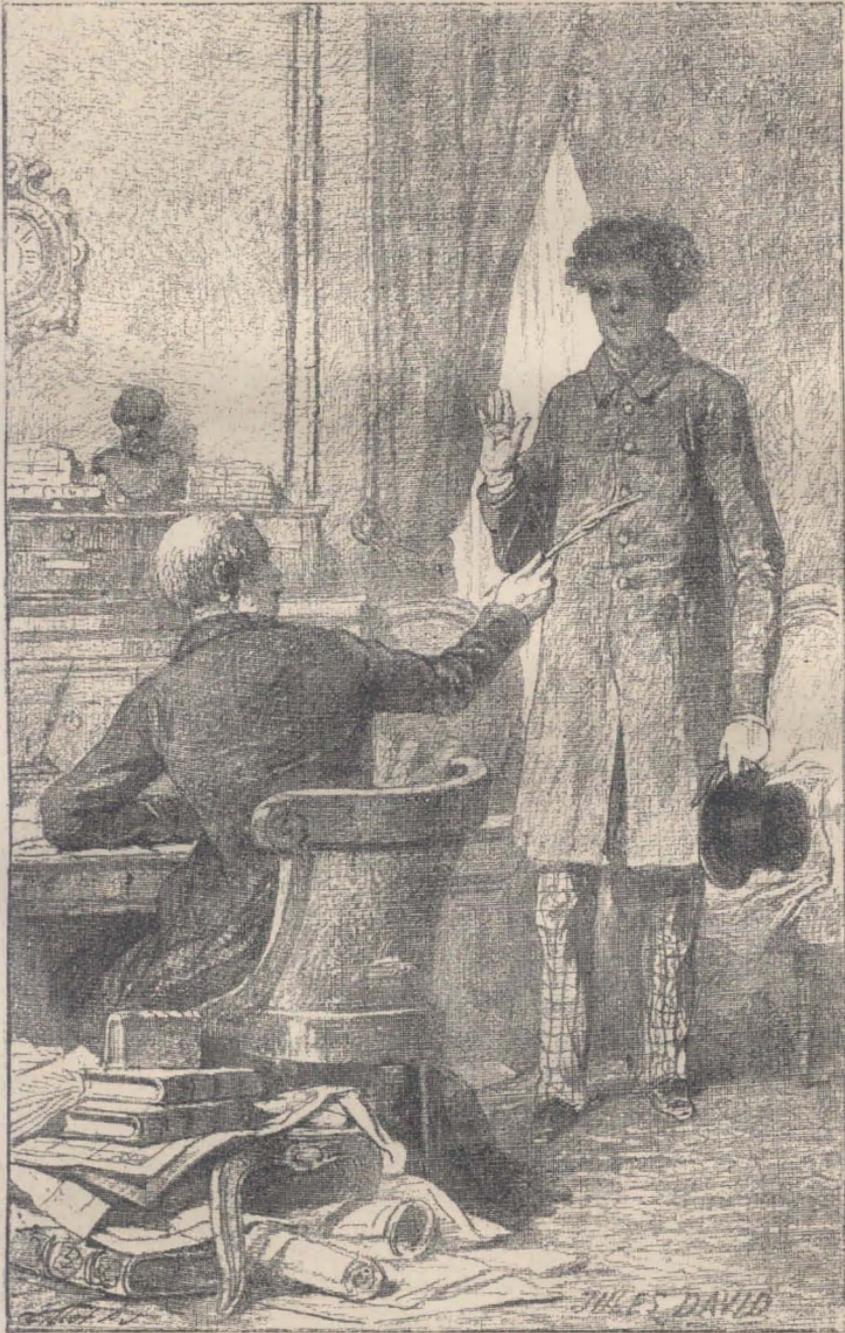
— ¿ Por eso, qué? acaba.

— Venía á pedirle á usted recomendaciones para algunas casas de comercio del extranjero, de las muchas que usted ha conocido... Puede que en alguna de ellas...

— Toma, — le dije alargándole la pluma que tenía en la mano: — tú mismo vas á escribir esas cartas á medida de tu deseo; tú mismo te recomendarás, y yo firmaré. Antes, sin embargo, desearía que me hicieras un favor.

— Con alma y vida.

— ¡ Oh! es cosa sencillísima; se trata únicamente de que me escuches breves momentos.





— Todo el tiempo que usted quiera, don Guillermo.

— Pues oye : cuando tu eras más pequeño y vivía tu padre, yo te contaba muchas historias ; hoy que ya eres un hombre con ambiciones de tal, voy á contarte una más : la mía.

— Diga usted.

— Yo, como tú, había recibido una instrucción bastante más general de la que ordinariamente se recibe en el campo. Yo, como tú, tenía la imaginación viva y el espíritu aventurero : levadura de ambición fermentaba aquí, en mi cerebro, y ni un solo instante dejaba de pensar que la cosa más fácil de este mundo era hacerse una posición, una fortuna, si se disponía de lo que yo consideraba materia prima para eso, la voluntad. Poco tiempo después de muerto mi padre, y en cuanto hube tomado la parte que me correspondía de su herencia, dejé á mi hermano pequeño la casa en que habíamos los dos venido al mundo, y me marché. ¿ Supongo que adivinas el camino que tomé al salir de aquí ?

— ¿ El de Madrid ?

— Si, señor, el de Madrid, porque la corte tiene para nosotros los provincianos una atracción irresistible ; el de Madrid, nombre que me hace pensar en esos yacimientos auríferos de California, en los que el minero, siempre encorvado, siempre arrastrándose por el suelo, busca afanosamente un poco de oro, y, ¿ sabes lo que encuentra en la generalidad de los casos ? miasmas pestilenciales que dan al traste con su robusta naturaleza, ó una fiebre maligna que se lo lleva al otro mundo en pocos días.

Pues bien ; en Madrid, me dediqué al comercio, y no me iba del todo mal ; pero me convenci de que eran necesarios muchos años para enriquecerse con los ingresos diarios que produce el mostrador, y mi ambición iba mucho mas deprisa que mis negocios : sin duda por eso me tentó la Bolsa, en la que las fortunas, los capitales enormes se improvisan. Y en la Bolsa tropecé con un inconveniente :

sus alternativas. Ganaba unas veces, otras perdía, y aquello, que á mí se me antojaba estúpido, me cansó. Por fin logré ganar en una de las operaciones una cantidad considerable, y entonces me trasladé á América. Allí hice todo cuanto puede hacerse y fuí cuanto puede ser un hombre: jefe de una explotación agrícola, banquero, director de una gran compañía de ferrocarriles... ¡ que sé yo! ¿ Y sabes cómo salí de todas esas empresas en las que ponía no sólo mi capital, sino mi inteligencia y mi actividad y todas las buenas cualidades de que, según me aseguraban, estaba adornado? Pues mal, hijo mío, muy mal. Unas veces las inundaciones, otras las revueltas de los colonos, ó las quiebras ó las fugas de mis cajeros poco escrupulosos, ó el derrumbamiento de algunos puentes ó los incendios ó cualquier otra causa llegaba á cada momento á variar el curso de mi fortuna que iba bajando poco á poco, pero de manera bastante sensible.

Me cansé de América y me fuí entonces á Inglaterra, y tuve maña y fortuna para contratar un empréstito, con el dinero del cual me puse al frente de una compañía de vapores, decidido á hacer el tráfico entre Europa y la India. La cosa no cuajó, resultó mal, y como yo he sido siempre honrado, reembolsé á mis acreedores, á quienes di cuanto dinero tenía, hasta el último centavo. Tan hasta el último que un día me encontré en un muelle, sin casa, sin abrigo, y vacíos completamente los bolsillos. ¿ A qué referirte la serie de tribulaciones que aguanté durante algún tiempo? Bástete saber que puse fin á ella enganándome como marinero á bordo de un buque inglés que me dejó en Barcelona. Y mi último viaje fué un viaje á pie, durante el cual atravesé la España entera para llegar hasta aquí, andando sin cesar de día y deteniéndome de noche allí donde la hospitalidad tenía á bien ofrecerme un asilo. Para terminar, llegué aquí por fin, y una noche empujé la puerta de la casa de mis padres. En torno á la mesa, una familia alegre y dichosa se congregaba, presidida por su jefe, mi hermano,

á quien de sobra conoces. Todo allí respiraba bienestar y dicha.

El final, tú lo adivinas ; mi hermano menor, que no se fué en busca de fortuna, había hecho fructificar sus bienes, y, cuando yo llegué pobre y desvalido, él estaba rico. Estimado de todos, posesor de algunas hermosas propiedades en las que habría podido vivir como un príncipe, prefería seguir habitando la casita en que había crecido y en que sus hijos llegaron al mundo. Tú sabes lo demás ; me recogió, me mimó, y yo le devuelvo el bien que me hace en la medida de mis fuerzas. Sería completamente dichoso si no amargara mi vida el remordimiento de haber malgastado tantos años.

Y volviéndome á Perico, que me había escuchado sin interrumpirme, le pregunté :

— ¿ Cuándo quieres marchar ?

— Me quedo : — dijo, estrechándome con efusión la mano.

— Ya lo habeis oido, — dijo á modo de conclusión el anciano ; — ese pobre Perico fué feliz en la modestia y se salvó quizás de infinitos sinsabores gracias á los consejos de mi amigo, que calmaron aquella fiebre de aventuras. Aunque á decir verdad, por boca de mi amigo habló al muchacho la mejor consejera : la Experiencia.



### III

## BENDITA CASUALIDAD

Mientras levantaban los manteles, terminada la comida, papá Carlos, como sus tres nietos le llamaban, desdoblaba el periódico y se disponía á recorrerlo rápidamente para enterarse, aunque sólo fuera por encima, como dice el vulgo, de las principales noticias, antes de que sus nietos hiciesen otra vez irrupción en el comedor en demanda de la consabida historia.

Pero los chiquillos lo tenían dispuesto de otro modo.

Allá lejos, en el fondo de la cocina, resonaban alternativamente las voces de los tres, dominando la más aguda de Ángela.

— ¿Qué tienen hoy esos diablejos? — preguntó papá Carlos á su hija que iba y venía por el comedor, arreglando el buffet, disponiendo la chimenea para la velada y dictando á la criada algunas órdenes.

— No sé, — dijo la joven señora, — cosas de muchos; no se les puede aguantar.

— Mujer, yo creo que tienen alguna razón; precisa-

mente han salido del colegio para desentumecerse un poco, y el pícaro tiempo los condena á estar encerrados en casa. Si salieran á corretear por ahí toda la tarde, no se les oiría el resuello, porque, voluntariamente, de la mesa se irían á la cama.

— Por eso no les riño. Pero me parece que esta noche se propanan.

— La verdad es que arman una algarabía... ¿Qué demonio discutirán?

Y pensando, sin duda, en que la discusión de sus nietos tendría que finir, el buen señor se puso á leer, con la sonrisa en los labios, un artículo necrológico inserto en el periódico. En aquel momento, la polémica infantil sostenida en la cocina se acaloraba indudablemente, porque hasta el comedor llegó el ruido de las voces, acaloradas, chillonas. Todos debían hablar á un tiempo, y claro es que de este modo no era posible que llegasen á un acuerdo, ni á entenderse siquiera.

Su madre debió comprenderlo así, ó temer que á falta de mejores y más persuasivos argumentos, los polemistas empleasen las uñas, como ya había sucedido otras veces, porque se decidió á poner término á la discusión, cortándola bruscamente.

— ¡Angelita! — llamó con voz enérgica.

Y aún cuando sólo la niña era la llamada, los tres diablos se precipitaron á un tiempo en el comedor.

Debían comprender que les esperaba por lo menos una buena reprimenda, porque, sin esperar á ser interrogados, apenas se encontraron en presencia de su madre y de su abuelo, siguiendo el sistema peculiar á todos los niños, trataron de defenderse, aun cuando nadie todavía formulara acusación alguna contra ellos.

Tanto Ángela como Ramón y Pepe ignoraban un proverbio latino, muy conocido en los centros docentes, aquel cuya traducción puede enunciarse en estos términos: excusa que no se pide indica culpabilidad.

Y lo peor no era eso; mal estaba que acudieran formulando excusas por lo que su madre aun no conocía, pero era peor, mucho peor, que cada uno de ellos, con objeto de exculparse, inculpara á los demás.

— Mamá, ha sido Ramón, — gritaban á voz en cuello Angelita y Pepe.

— No, señora, — decía éste á su vez, — tú tienes la culpa.

— Tú la has echado.

— Sí, pero porque tú me lo has dicho. Yo quería que entrase.

Inútil nos parece decir que papá Carlos no había podido leer su periódico. La infantil algarabía era más que suficiente no ya para hacer imposible la lectura, sino hasta para ensordecer á un marmolillo.

Juzgó conveniente el anciano intervenir, en evitación de mayor escándalo y aun de la indispensable admonición materna, y llamando á Ramón, que era, como vulgarmente se dice, su ojito derecho :

— Pero vamos á ver, — le preguntó, — ¿qué es lo que ocurre? ¿Á quién has echado? ¿de quién habláis? Entendámonos de una vez.

Los tres quisieron hablar á un tiempo, aun cuando sólo uno era el preguntado. No pudieron realizar su propósito porque papá Carlos se formalizó é impuso silencio severamente, ordenando á Ramón :

— Habla tú.

Entonces se supo que, pocos momentos antes, se había presentado á la puerta de la quinta una mujer cubierta casi de nieve, llevando en los brazos un niño de pocos meses. La zambra se armó porque entre los tres muchachos había quien, interesado sin duda profundamente por la suerte de la mendiga, se empeñaba en hacerla entrar en la cocina; y quien pretextando el aspecto enfermizo de la pobre (que, en realidad, parecía un cadáver), consideraba oportuno socorrerla dejándola en seguida continuar su camino.

¿Quiénes eran los unos y quiénes los otros? Eso es lo

que papá Carlos no pudo averiguar por más esfuerzos que hizo. Siempre, en los varios interrogatorios que al efecto formuló, resultaba lo mismo : que nadie quería tener la culpa de que una mujer enferma, con una criatura en los brazos, siguiese su camino al azar en una noche cruel de diciembre, en que la nieve lo cubría todo, ocultando bajo su alboranto los caminos vecinales como las veredas de atajo.

— Habéis hecho muy mal, — dijo el abuelo cuando estuvo bien impuesto del asunto: — la caridad os imponía el deber de avisarnos de la llegada de esa pobre mujer, y tanto vuestra madre como yo, nos habríamos apresurado á ofrecerle un lecho. ¿Está enferma? con mayor motivo. ¿Acaso habéis olvidado ya las obras de misericordia de que habla la doctrina?

Hubo un silencio que ninguno de los tres muchachos interrumpió, aun cuando se miraban mutuamente, como si se consultasen acerca de cuál de los tres debía contestar al sermón que acababan de oír. Ángela fué la que tomó la palabra, y en tono humilde repuso :

— Como mamá nos saca del colegio en cuanto hay en él enfermos para que no *se nos peguen* las enfermedades y esa pobre no debe estar muy buena, por eso...

— El caso es muy diferente ; y de todos modos, jamás debisteis obrar por vuestra propia cuenta. ¡ Oh ! en mis tiempos, los niños no hacían nada sin contar con sus mayores. La caridad entonces no era una palabra vana, no. Y como lo sucedido esta noche me recuerda un caso análogo en el que intervino, hace ya muchos años, á principios de este siglo, mi pobre abuelo, que, como yo á vosotros, me contaba historias cuando yo era niño, voy á referiros ese caso, y quizá en él halléis un ejemplo de lo que debe ser vuestra conducta en situaciones análogas á la de esta noche.

Era á fines de marzo de 1807. El mes ventoso, como le llaman las gentes, había olvidado ese año sus viejas tradi-

ciones; un sol cálido ya, aun cuando apenas comenzada la primavera, calentando la savia en los árboles, anticipaba el brote de sus yemas. Aquel anticipo de buen tiempo llegaba con tanta más oportunidad, cuanto que el invierno había sido crudísimo, terrible, un verdadero invierno ruso; y nosotros pobres colegiales, fatigados de muchos meses de clases, de nieves, de lluvias y de fríos, nos moríamos de deseo de participar de esa expansión súbita de la naturaleza, de revolcarnos por la hierba nueva, de destrozar nuestros vestidos entre las espinas de las zarzamoras, cosa que se nos antojaba mucho más poética que usar los fondillos de nuestros pantalones sobre los bancos del colegio.

— ¡Queréis que pasemos en el campo las vacaciones de Pascua? — preguntó un día nuestra madre, que se mataba por procurarnos distracción y esparcimiento.

Y ella misma se encargó de convencer á nuestro padre, quien se dejaba convencer fácilmente cuando se trataba de cualquier cosa que pudiera sernos agradable. Ambos á dos, pues, convinieron en que habíamos trabajado tanto en el colegio que no era cosa de negarnos unos cuantos días de libertad. Sin contar con que el cambio de aire resultaría excelente para nuestra salud.

En fin, el mismo día en que comenzaron las vacaciones llegamos á Pinotallado, una dehesa, mejor dicho, una propiedad rústica de mi padre, no muy grande, pero admirablemente situada en un hermoso rincón del valle roncalense, no lejos de la capital de Navarra.

Ya instalados en la propiedad, hacíamos diariamente largas excursiones mis hermanos y yo, acompañados siempre, como es natural, de nuestra madre, á quien nuestras correrías encantaban casi tanto como á nosotros. Puede decirse que, de su presencia, dependía casi todo el placer del paseo, pues su dicha era comunicativa y además tenía el don de contar con cualquier motivo, á propósito de cualquier cosa, pero siempre con gran oportu-

nidad, un sin fin de historietas, sucedidos ó cuentos, que, la mayor parte de las veces, resultaban lecciones de las que reportábamos no poco provecho y utilidad. Y como entonces los chiquillos pensábamos más formalmente que ahora, hacíamos verdaderos derroches de elocuencia y de diplomacia para llevarla siempre con nosotros, y ella se recreaba muchas veces negándose á salir, sólo para gozar del placer que le producía nuestra insistencia, ante la cual acababa siempre por ceder.

Uno de esos días de vacaciones de primavera salimos bien temprano, para dar un largo paseo por el bosque. Era una mañana espléndida; una de esas mañanas en que parece que todo está alegre, y se nos antoja que el arroyo canta gozoso corriendo á través del musgo nuevo como si celebrase regocijado su independencia, libre al fin de su prisión de hielo, y que los pájaros revolotean como si estuviesen atareadísimos en la busca y captura de una pajita ó de un hilo de lana para su nido, y que las violetas tienen más perfume y más color los amapolas, y que el aire es más tibio y que llega hasta nosotros cargado de aromas.

Voluntariamente alargábamos nuestro paseo abandonando el camino y describiendo infinitas curvas, ya para coger una florecilla silvestre, ya para admirar alguna roca de extraña perspectiva, ya para lanzarnos á campo traviesa en persecución de una perdiz cuya presencia revelaban los ladridos de León, nuestro perro, fiel compañero de correrías y expediciones.

De pronto, en un momento dado, León enderezó sus orejas, olfateó ruidosamente mirándonos al mismo tiempo con inquietud, y sin que pudiera nadie preverlo, apenas había dado estos signos de inquietud, se lanzó á la carrera hacia un edificio viejo que distinguíamos perfectamente desde el sitio en que nos encontrábamos. El criado que nos acompañaba para llevar la cesta de las provisiones dijo que aquel edificio eran las ruinas de una capilla que, dedicada

á san Fermin, había estado allí muchos años, pero que el tiempo, ayudando á la incuria de los habitantes del país, destruyera primero en parte y luego totalmente desde época lejana.

La conducta observada por León debió intrigar á nuestro criado, porque no sin pedir el correspondiente permiso á mi madre, y con pretexto de ir á buscar al animal, siguió la misma dirección que éste siguiera momentos antes, y como á él, le vimos desaparecer en el interior de la ruinosa ermita.

— Acerquémonos allá, — dijo mi madre.

Accediendo á tal indicación, y llenos al mismo tiempo de curiosidad, nos acercamos efectivamente á las ruinas, llegando á ellas en el momento en que León salía ladrando; y como si quisiera invitarnos á que le siguiéramos, brincaba en torno nuestro, y aun creo que llegó á tirar á alguno de nosotros de la ropa.

Entramos. En medio de una especie de gruta formada por gruesos maderos, algunos de los cuales aun sostenían la quebrada campana que sirviera un día para despertar con sus tañidos á los roncaleses y para invitarles á la oración, estaba Jorge, nuestro criado, sosteniendo á un niño como de quince años, al parecer muy gravemente enfermo. Lo que más llamaba en él la atención, después de su semblante pálido como la muerte, eran las ropas que vestía, de verdadero lujo, aunque bastante usadas.

Por de pronto, mamá hizo callar al perro y después se informó de lo que ocurría por el criado, por más de que éste pudo decirle muy poca cosa. Siguiendo al perro, había llegado hasta allí y encontrado al moribundo privado de sentido, por lo cual no había podido interrogarle.

— Hijos míos, — nos dijo nuestra madre, — vais á volver solos á casa; pasaréis por delante de la habitación del señor cura y le diréis que venga con los Santos Oleos; una vez en casa, diréis á Pedro que enganche y se venga con el coche trayendo en él al médico. Venid también.

No nos gustaba mucho marcharnos solos, ni interrumpir nuestro paseo cuando aun ni siquiera habíamos almorzado; pero, acostumbrados como estábamos á la obediencia pasiva, salimos de la ermita, haciendo mil disparatadas conjeturas acerca del suceso.

Cuando el cura, avisado por nosotros, llegó á las ruinas, el enfermo comenzaba á dar señales de vida. Cumplió el sacerdote su sagrado ministerio, sin que el niño desconocido pareciese percatarse de la importancia y solemnidad del acto, y luego se retiró, acompañado esta vez por el criado hasta cerca de su habitación, en las afueras del pueblo.

Cuando mi madre, que había quedado acompañando al enfermo, juzgó que éste podía contestar algo á las observaciones que le fueran hechas, le preguntó de pronto:

— ¿Desde cuándo estás aquí?

— Desde anoche, — contestó él con voz desfallecida.

— ¿Sabes que has cometido una grave imprudencia, exponiéndote á serios peligros? El frío, los ladrones, quizás un lobo... quien sabe lo que podía haber ocurrido. ¿Por qué has hecho eso?

— No podía seguir caminando, — dijo la débil voz del niño, al mismo tiempo que un violento golpe de tos le acometía.

— ¿Adónde ibas ayer por aquí?

— A Raimoral, á casa de mi madre... Yo creí que podría hacer todo el camino á pie. Como somos tan pobres...

— ¡Ah! ¿tú eres pobre?

— Sí, señora; y mi madre...

— Bueno, pero ¿esta ropa es tuya?

— Mía, sí, señora.

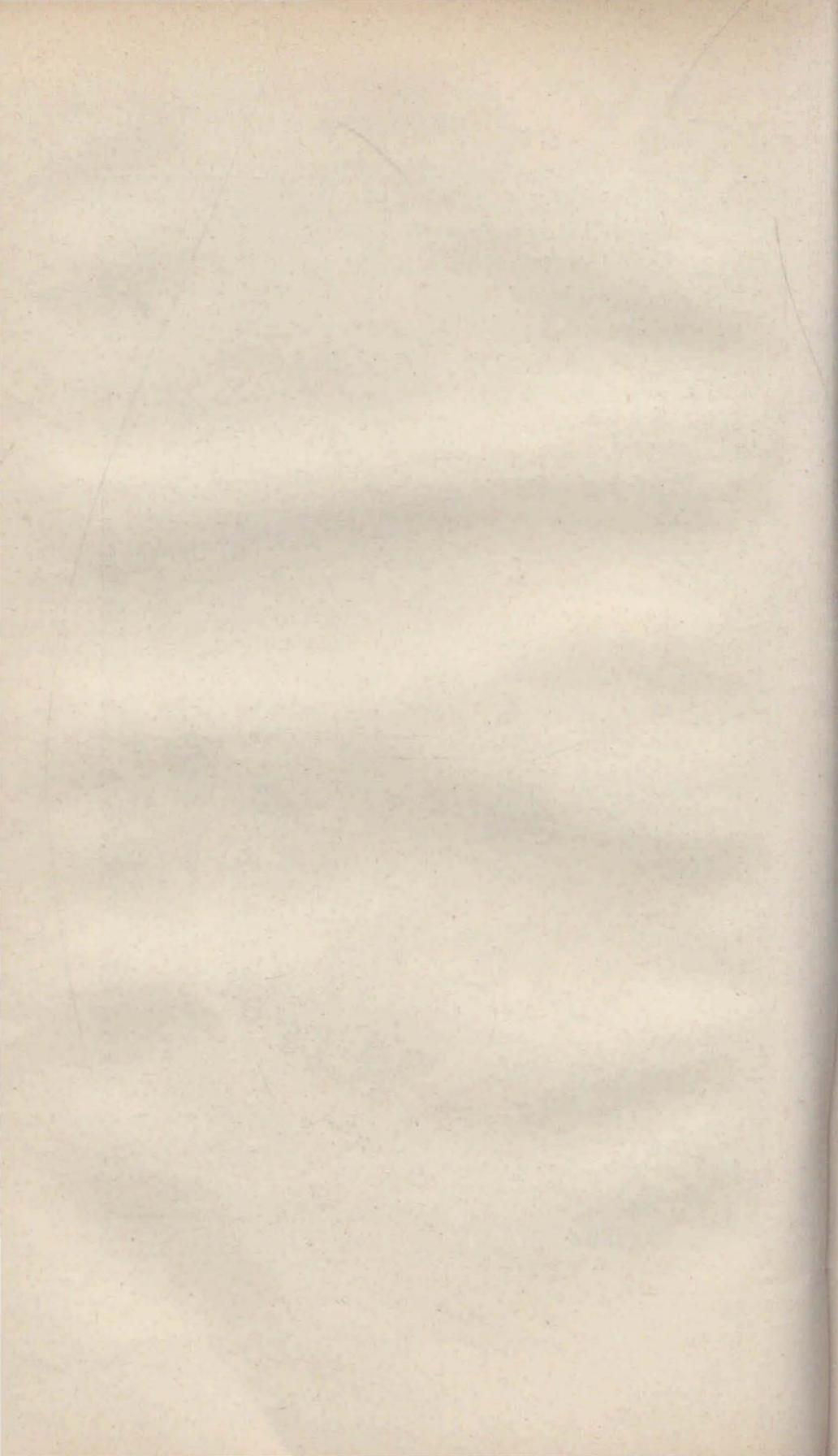
— Pues es buena, aun cuando usada.

— Me la dieron anteayer en una finca. Era de los señoritos.

— Vamos, ya comprendo. Pero con esto sólo tendrás frío, sin abrigo ninguno. ¡Qué noche debes haber pasado aquí!...



JULES DAVID



— Mala, señora, muy mala, — dijo el pobre enfermo al mismo tiempo que un nuevo golpe de tos le obligaba á interrumpirse.

Cuando el acceso hubo pasado, dijo á mi madre :

— Si no fuera por este maldito reuma que me mata y me fatiga tanto...

— ¡Que sabes tú de eso, hombre! Lo que tienes no es un reuma como á ti te parece, sino una bronquitis de padre y muy señor mío. En semejante estado no te es posible seguir el camino.

— Como que no puedo ni siquiera incorporarme, — respondió el desgraciado con acento en que se revelaba la pena y la contrariedad que le producía el verse en aquel estado.

— No te apures por eso, hombre; yo voy á llevarte á mi casa, — le dijo entonces mi madre que tenía ya su plan concebido. — A mi me es posible darte alojamiento en una de las habitaciones en que nadie vive, porque sobran. Ahí permanecerás algún tiempo, el que sea necesario para conseguir que te restablezcas del todo.

— Pero, señora, — interrumpió el muchacho.

— Sí, ya sé lo que me vas á decir, — acabó ella, — tu madre que, probablemente te estará esperando. Pues bien, como tú nos dirás dónde vive, le enviaremos un recado para que no pase ansia y para que vaya á cuidarte si es que deseas recibir de su mano todo cuanto te haga falta.

Mientras esto se pasaba en las ruinas de la ermita, nosotros, mis hermanos y yo, habíamos cumplido las órdenes que nos diera nuestra madre y regresábamos adónde la dejamos, ocupando el carruaje en el cual iba también el médico al que ensordecíamos entre todos, pues le contábamos á un tiempo el relato de nuestra aventura.

— Querida señora, — exclamó en cuanto estuvo en las ruinas, — permítame usted que vea con detenimiento á su protegido. Ya puede usted suponer que, como yo vea el menor asomo de peligro de contagio, le prohibiré formal-

mente que meta en su casa á ese muchacho. Nada de caridades de novela sentimental. Si hay algo que temer, será á mi casa y no á la de usted adonde irá el chico.

— Me parece muy bien : de ese modo, — dijo mi madre, — usted podrá enseñarnos cómo se practica esa caridad de novela sentimental que á mi me prohíbe.

— ¡Bah! la cosa varia mucho; yo no tengo familia, y usted tiene estos arrapiezos... Pero antes de discutir, déjeme usted que examine al enfermo, quizás no está tan grave como estos chicos me han dado á entender.

El bueno del doctor examinó con detenimiento al niño, y, volviéndose á mi madre, le dijo:

— Si no lo viese tan bien vestido... relativamente, diría que lo que este chico tiene es hambre.

Y no se equivocaba el médico. Realmente, el hambre era la causa principal del malestar del interesante enfermo, que además, según sospechara mi madre, padecía una bronquitis aguda.

— Autorizo á usted por completo, querida señora, para la ejecución de su caritativo proyecto, — dijo el doctor cuando hubo terminado su examen. — No hay nada que temer; los cuidados de usted vencerán en pocos días la dolencia.

Tenia razón el médico. Doce días después, cuando nos fué preciso abandonar la propiedad para volver al colegio, Miguel — tal era el nombre del abandonado — estaba ya en franca convalecencia. Como por la Pentecostés teníamos aún tres días de salida, fuimos á pasarlos en el campo donde mi padre se había decidido á quedarse, temiendo los fríos agudos de la capital. Cuando llegamos á Pinotalado no fué floja nuestra sorpresa y alegría al encontrar á Miguel imposible de reconocer; tanto se habían coloreado sus mejillas, que aparecían redondas; además tenía peinados con gran esmero sus cabellos, y su ropa estaba también reluciente de puro limpia.

Cerca de él había una mujer, su madre, que le contem-

plaba con verdadero orgullo, por más de que de vez en cuando un velo de tristeza sombreaba su semblante. ¡Tal vez, en aquellos momentos, imaginábase con razón que las elegantes prendas que cubrían el cuerpo de su hijo y que le diera la caridad no eran las que á él le correspondían, á él, nacido en esfera tan humilde!

Yo era ya un hombrecito, y en presencia de aquel cuadro, comprendi todo lo que valía el corazón de oro de mi madre. Por eso no pude contenerme, y echando mis brazos en torno de su cuello :

— ¡Qué buenas eres, madre! — le dije.

Y como Miguel parecía conmovido, ella, esquivando nuestras demostraciones :

— No es á mi á quien debe agradecerse nada de esto, — dijo, — sino á mis hijos que tuvieron empeño en pasar las vacaciones en el campo, y el día de nuestro encuentro por las inmediaciones de la ermita; gracias á esa casualidad, encontramos á Miguel.

— ¡Bendita casualidad! — exclamó la madre de éste, besándonos á todos, mientras Miguel acariciaba la cabeza hermosa de León, que pagaba las caricias con miradas llenas de gratitud y de fidelidad.



## LA DICHA AJENA

Como aquel día los muchachos, al volver de paseo, hablaran con cierta envidia de lo mucho que habían visto divertirse á algunos de sus camaradas, papá Carlos se creyó obligado á darles una ligera lección bastante á dejar grabada en sus infantiles imaginaciones la idea de que no sólo debe ser mirado sin envidia el bien ajeno, sino que, en la contemplación del mismo, hallan goce purísimo las almas nobles.

Por eso, en cuanto terminó la comida, llegada que fué la hora de relatar la historia correspondiente á la cuarta velada de vacaciones, el anciano tomó la palabra y comenzó de esta manera :

Hacer la dicha del prójimo, contribuir por lo menos á ella, es el consuelo por excelencia, el bálsamo más poderoso, el objeto que puede hacer agradable su estancia en el mundo á cualquier persona bien nacida, pero muy especialmente al infortunado que se queda solo sobre la tierra, porque la suerte implacable y dura se ha complacido en arrebatárle uno por uno todos los seres queridos.

Buena prueba de ello es lo que voy á referiros, y conste, antes de empezar, que nadie me lo ha contado : tuve ocasión de presenciar los sucesos cuyo relato vais á oír.

Una pobre mujer, llamada Maria, estaba sola en el mundo cuando yo tuve ocasión de conocerla. Sucesivamente habia tenido la desgracia inmensa de perder á su esposo y á sus hijos. El más pequeño de éstos, una niñita rubia, preciosa, fué quien la dejó más tarde que los demás, pero la dejó también, porque Dios la llamó á sí, cuando plugo á su voluntad soberana. Esa niñita, que se llamó María Rosa, como su madre, reposaba á la sazón con los demás en el grande y frío cementerio. ¡Pobre madre! Durante algunos años esperó su parte de dicha en el mundo, pero la esperó en vano: cuando yo la conocí, estaba ya convencida de que habia nacido para sufrir mucho, y tan arraigado estaba en ella este convencimiento, que ya ni siquiera se atrevía á esperar que la muerte implacable llegase á poner pronto término á sus penas, concediéndole el eterno reposo que creía tener bien merecido.

Uno de los días en que mayor era su duelo, maquinalmente se tendió sobre la cama, desfallecida, sin ver ni entender nada, falta á la vez de fuerza y de voluntad; y allí, sumida en profundo acabamiento, sin necesidad de evocar recuerdos dolorosos, repasaba en su imaginación las infinitas desgracias que habia tenido que soportar durante el curso de su existencia tan cruelmente probada desde la cuna. Porque bueno será decir que, desde el instante de su nacimiento, su pobre madre enfermó, agravándose poco á poco su estado, agravación que conducía á la enferma con lentitud, pero derechamente, camino del cementerio. Y Maria, dotada de precoz inteligencia, y convertida en enfermera á la edad en que los demás niños ríen y cantan, tuvo la desgracia de no conocer nunca las alegrías purísimas de la infancia.

A pesar de la creciente abnegación de Maria, la enfer-

medad terrible acabó su obra destructora, haciendo de un solo golpe dos víctimas, porque el padre de la infortunada criatura no sobrevivió mucho tiempo á su excelente esposa ; quedó pues huérfana, sin hermanos, sin más parientes que una tía de sus padres, anciana, enferma y pobre, que la recogió no obstante, pagándole María la hospitalidad con los cuidados filiales que prodigaba á la que la había recogido, amparando un tanto su horfandad.

Tanta abnegación en alma tan virginal valió á María el cariño, el amor de un hombre honrado, con quien hubiera sido completamente dichosa, á no tener la desgracia de ver morir á sus hijos, siempre de la misma enfermedad, casi todos entre los ocho y los diez años. Rosa, que murió la última; no obstante los cuidados de que María la rodeó, no obstante los titánicos esfuerzos que ésta hizo para disputársela á la muerte, no le había dejado ni aún la fuerza necesaria para vivir; con las pocas energías que le quedaban, llamaba desesperadamente á la muerte que tanto había maldecido antes, cuando le arrebatara uno por uno sus cuatro hijos ; muerte que era su última esperanza, el único consuelo posible á su dolor inmenso.

Decía, pues, que una tarde, rendida al cansancio moral, María se acostó para repasar la serie no interrumpida de sus desgracias. En el estado de postración y de aislamiento de todo lo terreno en que se hallaba entonces, quizás no habría oído llamar á la puerta, si el gruñido de su fiel terranova, acostado cerca de la cama, no la hubiese advertido de la inminente presencia de un extraño.

Levantóse María penosamente, maldiciendo al importuno que llegaba á turbar sus amargas reflexiones, y fué á abrir la puerta para saber qué era lo que querían de ella. Varias veces había gritado desde la cama : ¡ adelante ! pero volvían á dar con los nudillos en la puerta, por lo que la mártir se decidió á levantarse y abrir, pensando para sus adentros : « Sin duda algun niño que no alcanza á dar vuelta á la llave. »

Así era en efecto : un niño estaba en la puerta.

— ¡ Luisín ! — gritó María al verle, saltándosele las lágrimas de los ojos ; — ¿ vienes á jugar con mi Rosita ?

Y como el muchacho se limitase á mirarla tristemente, añadió la madre sin ventura :

— ¿ No sabes que Rosita se fué también, lo mismo que sus hermanos, al país de los ángeles ?... Se fué, sí, dejándome la más desgraciada de las mujeres... ¡ Ah ! la culpa no es suya : ella no me habría dado el disgusto de dejarme... ¡ me quería tanto !

Entonces el mozuelo rompió á hablar.

— Yo vengo á quererla á usted en lugar suyo ; ¿ quiere usted que me quede aquí para siempre ?

Y al formular esta pregunta, pálido y triste, Luisín miraba á María con ansiedad.

— ¿ Que si quiero que te quedes aquí ?... Pero, ¿ por qué esa pregunta ? Bien sabes que te quiero con todo mi corazón, pero tú no debes pensar en abandonar á tus tíos, que han sido tan buenos para ti desde que tus padres murieron.

— Verdad es que me tratan como á un hijo, — repuso el huérfano ; — pero yo soy una carga para ellos, que son muy pobres... Mi tío está casi siempre enfermo y no puede trabajar cuando quiere ; y aunque la tía vele hasta muy tarde, no consigue ganar el pan que necesita y se priva de él para darme tanto como á mis primos. Además, anoche, como yo no podía dormir porque me dijeron que ya no vería más á Rosita, oí como mi tío le dijo á la tía esto : « No todas las cosas están bien arregladas en este mundo. Si nosotros perdiéramos á Luisín, tendríamos mucha pena, quien lo duda, pero nos quedarían siempre nuestros hijos y no seríamos an de compadecer como la pobre María de quien Rosita era el único consuelo... » Y mi tía contestó : « Cállate, hombre, y no digas esas cosas, que son muy tristes... Si Luisín te oyera, creería que no le quieres... » No, yo, ya sé que me quiere, pero no como si fuera su hijo ; además

comprendo que soy para ellos una carga... Pensando cómo evitarlo, he decidido venir para decirle á usted... ya que usted no tiene hijos : ¿ Quiere que vea si puedo remplazar á Rosita ? ¿ Quiere dejarme ser su hijo ?

Durante el relato del pobre huérfano, las lágrimas no dejaron de correr un momento por las mejillas de María, quien acabó por tender al niño sus brazos con ademán de infinita ternura :

— Pues bien, sí, sé mi hijo, y quiera Dios conservarte á mi cariño.

Y, al pronunciar estas palabras, estrechó al rapaz entre sus brazos, en los que ya él se había precipitado momentos antes.

Interiormente María habíase jurado á sí misma hacer cuanto le fuera dable en beneficio de la felicidad de Luisín, no sin dar gracias al cielo por haberle enviado para enjugar sus lágrimas á aquella criatura llena de bondad, pensando en que los tíos del huérfano que, en realidad, eran muy pobres no opondrían reparo alguno para cedérselo.

Sus previsiones se realizaron por completo. Luisín salió de casa de sus tíos para instalarse en la de su madre adoptiva, y, desde que el acontecimiento se verificó, María rodeóse de una especie de corte infantil, pues se complacía en recibir en su casa á todos los niños que, ó porque sus padres eran pobres ó porque su edad no les permitía aún ir á la escuela, estaban, como si dijéramos, libres. ¿ Dónde podían estar mejor que en su casa ? Así pensaban las familias de las criaturas, y de este modo conseguía la buena mujer proporcionar distracción á su Luisín á quien nunca faltaban, sin necesidad de salir de casa, compañeros alegres para sus juegos infantiles. Además, aquel jubileo continuo de cabecitas rubias ó de pelambreras enmarañadas recordaba á María el tiempo en que los chiquillos todos del lugar llegaban á su casa para divertirse con Rosita, con el ángel que volara al fin, dejándola tan sola y tan desconsolada... Hasta por egoísmo personal, amaba ella la sociedad

de los niños, cuyos inocentes corazones se impregnan de la bondad y de la dulzura de que se les rodea.

Gracias á las mil atenciones que le eran prodigadas, el huérfano renacía á la felicidad que su madre de adopción le procuraba con sus cuidados y su ternura, cada vez mayores; porque la pobre iba tomando cada día más cariño á aquella angelical criatura que la había escogido á ella para que le sirviese de madre, y que la llamaba así, *madrecita*, sin duda por necesidad de su corazón naturalmente expansivo, y por imitar en todo á Rosita, á la que fuera copartícipe de sus juegos infantiles. Y esta circunstancia permitía á la buena mujer hablar con más frecuencia de su hija adorada: de la que, según ella, era demasiado angelical para quedarse en el mundo.

Pasaban así los meses, y la sufrida y excelente mujer comenzó á confesarse á sí misma, pero interiormente, como si temiese que el eco de sus palabras pudiera romper el encanto, que, á pesar de sus tristes recuerdos, se sentía dichosa por la dicha que proporcionaba al pobre huerfanito, y no sólo á éste, sino á los demás niños que, todas las mañanas y aun todas las tardes, llegaban á su puerta dispuestos á jugar y á recibir sus cariños y sus cuidados, y á agradecerse los llamándola todos *madrecita*, como la llamaba Luisín. He ahí de que modo ese nombre tiernísimo reemplazó poco á poco al verdadero nombre de María no sólo en las bocas infantiles, sino aun en las de los padres de sus tiernos protegidos. La *madrecita* de los chicos era poco á poco la *madrecita* del pueblo entero.

La felicidad que gustaba María, felicidad bien merecida por cierto, era demasiado para ella, nacida para el sufrimiento. Así fué que un día, cuando menos lo esperaba, la pobre mujer se encontró de nuevo sumida en el dolor.

¿Qué había pasado? Una cosa sencillísima y que sin embargo María estaba muy lejos de esperar: Luisín cayó enfermo. Una calentura horrible se apoderó de él sacudiendo su cuerpecito en espasmos de frío unas veces, y de

cafor otras, produciéndole un delirio espantoso durante el cual gritaba, lloraba y llamaba á María sin que la reconociera; á ella, á su madrecita, á quien el sufrimiento del niño sumía en el dolor y en la desesperación; á ella, que le prodigaba hasta el exceso los nombres más dulces, las caricias más tiernas... Pero el pobre niño ni la veía ni la oía.

Naturalmente, el médico acudió á ver al enfermito, pero al momento se abstuvo prudentemente de formular un diagnóstico que podía ser equivocado, con tanta más razón cuanto que la dolencia no se declaraba francamente. Unas veces se manifestaban en el enfermo los síntomas de la escarlatina, otras veces los de las viruelas locas, cuando los primeros habian desaparecido, cosa que atormentaba horribilmente á la pobre María, que hubiera preferido una certeza, aun siendo espantosa, á aquella incertidumbre mil veces más cruel para su corazón de madre.

Por fin se declaró una enfermedad eruptiva, si bien no muy grave. Las inquietudes pasadas en los comienzos de la enfermedad fueron tremendas; pero, por fortuna para ella, la *madrecita* pudo respirar un poco, aligerada de la opresión que, durante unos días, amenazó ahogarla, cuando, al tiempo mismo que la erupción, comenzó á decrecer la fiebre. Gracias á Dios, su adorado Luisín la reconocía, y la besaba, demostrándole su alegría por haber salido al fin de una situación de verdadero peligro; peligro que él adivinaba, aun cuando no lo comprendía en realidad.

Sólo que, después de las primeras alegrías por verse casi bueno, llegaron para Luisín las molestias y el mal humor que le proporcionaba la necesidad de permanecer acostado.

Entonces fué cuando María redobló su ternura, realizando prodigios de ingenio para distraerle. Unas veces le contaba hermosas historias que ella había leído en otro tiempo, ó que inventaba, asustándose ella misma de su facundia prodigiosa, en los momentos en que la memoria le

era infiel; otras veces, ó fatigada de hablar, ó cansado de oír el muchacho, rebelábase ante las narraciones, y entonces la *madrecita* jugaba con él á los soldados de plomo, y sobre el tablero colocado á través de la cama surgían de pronto castillos y barricadas y tiendas de campaña de todas las formas; y formaban escuadrones de caballeros con lanza, y nutridas masas de infantería, y cañones y generales empenachados, y militares muertos ó que parecían estarlo, y en una palabra, todo cuanto según Luisín debía verse en un campo de batalla. Y cuando el ardor bélico del muchacho se desvanecía como el humo, entonces llegaba el turno de las conversaciones y de los recuerdos, y mutuamente se hacían preguntas y se daban contestaciones y recordaban una porción de episodios ocurridos durante el breve tránsito de Rosita por el mundo. Entonces, cuando Luisín contaba sus largos paseos con su mejor amiga á través del bosque; sus excursiones á la cárcel para saludar y socorrer al viejo guadabosque allí encerrado por un delito de que él no tenía la culpa; sus correrías por todas partes, en las que marchaban siempre asidos de las manos, siempre contentos, entonces, repito, la *madrecita* hacia esfuerzos titánicos para no derramar las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, y que ella se tragaba para no afligir al querido enfermo. Y sacaba entonces un papel y un lápiz y dibujaba cosas inverosímiles y caballos espantosos y hombres que parecían fieras y fieras que no tenían parecido á nada, con todo lo cual lograba hacer sonreír á Luisín.

Todos los juegos y distracciones no eran bastantes á consolarle de la pena que le producía el no poderse divertir con sus amiguitos, la compañía de los cuales le estaba terminantemente prohibida bajo pena de contagiarles de su enfermedad.

Luisín hubiera sentido en el alma *pegarle* el mal á alguno, por lo que no era de necesidad insistir cerca de él respecto á la conveniencia de su alejamiento de los demás chiquillos.





Pero, no porque él lo comprendiese así, dejaba de aburrirse soberanamente sin la habitual compañía de sus amiguitos, y los mejores momentos para él eran aquellos en que cualquiera de los muchachos llegaba detrás de la puerta para pedir noticias del estado del enfermo, aplicando la boquita al agujero de la cerradura.

¡Qué bien llevaba él en la memoria la estadística de las visitas! Unas veces, las más, era su amiga Cecilia la preguntona, y él se alegraba, porque prefería á Cecilia á todos los demás; otras veces era la hermana de ésta, y otras uno de sus primos, de los de él, y no faltaba ningún día Paco, el encargado de custodiar las gallinas, que se informaba de su estado dos veces, antes de salir conduciendo al corral su manada, y cuando volvía con ella.

Divertíase Luisin inocentemente reconociendo á todos sus amigos por la voz, y no se equivocaba nunca. Otra de las cosas que le divertían era que la *madrecita* le contase los juegos á que se entregaban los chiquillos en el patio ó en el corral de la casa. « ¿A qué juegan ahora? » preguntaba de pronto; y allá iba María á asomarse al barandal, desde el que echaba una ojeada sobre su tropa para volver un instante después á la cabecera del lecho y contar al convaleciente con toda la posible minuciosidad las ocupaciones ó juegos favoritos de cada uno de los chiquillos que se le colaran en casa llamándola *madrecita* como la llamaba él mismo. Y se lo contaba con verdadera minucia y lujo de detalles, porque tenía empeño en enseñarle á gozar con la dicha de los otros, refiriéndole las distracciones de que ella misma les había visto disfrutar satisfechos.

Y cada vez que esto pasaba, después de satisfacer su infantil curiosidad, acostumbraba á decirle : « Los buenos corazones toman mayor parte en el placer ajeno que en el que gozan por cuenta propia, y tengo la seguridad de que, en cuanto el médico te permita tomar el aire, vas á gozar más viendo jugar á tus amigos que si tomaras parte en sus juegos. »

Como en este mundo todo llega, no tardó en llegar ese día esperado con ansia por los dos : por Luisín, á quien la cama desesperaba horriblemente, y por María que consideró ya totalmente salvado á su hijo de adopción. El médico consideró llegado el momento de conceder un poco de libertad al prisionero, y así se lo manifestó, autorizándole para dejar la habitación y salir un poco al aire, pero de ningún modo para tomar parte en los juegos de sus amigos. La menor agitación, en el estado de debilidad en que se encontraba, hubiera provocado irremisiblemente una recaída cuyas consecuencias habrían sido, sin duda alguna, lamentables.

Y ese día la *madrecita* quiso coger á Luisín en brazos para llevarle hasta la entrada del huerto y dejarlo allí bien colocado al sol, de modo que éste con su calorcillo atenuara en lo posible los efectos del brusco cambio de temperatura. Pero el muchacho se puso un poco colorado, y pretextando que ya no era tan niño para ir en brazos, solicitó y obtuvo permiso para llegar hasta allí caminando, si bien, como es natural, apoyándose en el brazo de María, pues la debilidad de sus piernas era mucha para poder caminar sin apoyarse.

Cuando ya estuvieron fuera de la casa, la buena mujer le sentó con sumo cuidado en la rampa de la galería y desde allí le fué mostrando todos, y uno por uno, los objetos de él conocidos, y luego los muchachos que jugaban arrastrándose por la maleza ó corriendo en pos de las gallinas.

En primer término, le enseñó al perro, al viejo terranova, que, atado por medio de una cadena á la caseta de madera que le servía de habitación, tomaba, sin duda, extraordinario interés en los esparcimientos de los gansos, más felices que él en la apariencia, pues que gozaban de plena libertad, en tanto que él seguía atado.

— ¿Tú lo ves? — preguntó María á Luisín, mostrándole el perro, — pues el pobre animal disfruta con la dicha de los demás, y eso mismo vas á hacer tú ahora.

Y dándole un beso cariñosísimo, beso en el que se condensaban las amarguras sufridas días antes y las esperanzas para lo venidero, buscóle un sitio soleado y al abrigo del aire, y allí lo dejó, segura de que el muchacho, aun sin jugar, no había de aburrirse.

Con efecto, Luisín, cuya naturaleza era bastante generosa para apreciar una alegría delicada que los egoístas no conocen, no tardó en experimentar completa dicha ante el espectáculo que se desarrollaba allí, á sus pies. Rebosaba la satisfacción en los semblantes de todos sus jóvenes amigos, y esto bastó para inundar de gozo el alma del convaleciente.

— Pero es que Luisín no era egoísta — concluyó papá Carlos, mirando á sus nietos de modo muy significativo.



## EL SECRETO DE LA DICHA

Aquella noche, ¡ cosa extraña ! faltaba uno de los habituales oyentes de las historias de papá Carlos.

Había llegado ya la hora consagrada á la narración diaria, y sin embargo, nada allí, en el comedor, indicaba que fuese á repetirse la misma escena de las cuatro noches precedentes.

El viejo leía su periódico, y, cosa verdaderamente extraordinaria, no se había dormido aún ni una sola vez. Su hija, como de costumbre, bordaba inclinada sobre el bastidor, y Ángela y Pepe, sentados entre su madre y su abuelo, cerca de la chimenea, miraban alternativamente á uno y otro, y luego se miraban entre sí, como si se preguntaran en qué iba á parar todo aquello.

¿ Y Ramón ? ¿ qué se había hecho de Ramón ? Acababa de recibir órdenes poco gratas : la de irse á la cama á la misma hora, minuto más ó menos, que las gallinas, y la de no salir de casa, aun cuando el tiempo lo consintiera, en los días que quedaban aún de vacaciones.

¿Qué delito había cometido que le hiciese acreedor á tamaña pena? Ahí es nada! aquella tarde se negó á complacer á un compañero, con un pretexto fútil, y enterado papá Carlos, se creyó obligado á poner un correctivo para evitar, según él, que el carácter del muchacho se maleara, convirtiéndole después en un hombre orgulloso y poco complaciente.

Por eso, en cuanto terminó la comida, el abuelo disparó á Ramón esta pregunta á boca de jarro :

— ¿ Por qué te has negado á jugar con el chico del señor Jiménez ?

Ramón, que ni sospechaba siquiera que el incidente hubiese llegado á conocimiento de su familia, se puso colorado como un pimiento, y luego pálido, porque vió llegar el chubasco.

A pesar de la pregunta, no se atrevió á contestar nada á papá Carlos, por lo que éste renovó la interrogación, acompañándola esta vez de una mirada fulminante que anonadó al reo.

— Es que...

— Nada de reticencias : contesta francamente por qué te has negado.

— Por que Jiménez es demasiado pequeño.

— ¡ Vaya con el gigante ! ¿ Pues qué es lo que quieres, hijo, jugar con los hombres ? Los hombres no juegan.

— Yo tampoco quiero jugar.

— ¡ Luego te crees ya un hombre !... Caramba, caramba. ¡ Pues no corre poco el niño !... ¡ Si tú supieras lo que yo daría ahora por encontrarme con tus años !... ¿ Y sabes para qué ? Pues precisamente para hacer lo que tú desdeñas : para jugar.

— Además, — añadió Ramón, que sin duda buscaba una circunstancia atenuante para aducir en su defensa, — ese niño es muy voluntarioso ; se ha de hacer siempre lo que él quiere.

— Razón demás para que tú seas humilde. ¿ Dónde iría-

mos á parar si á una soberbia se opusiera otra soberbia más grande?

Decididamente, el juez no admitía ninguna circunstancia atenuante. Pero Ramón no se resignaba á perder la causa, y buscando un abogado elocuente á quien encargar su defensa, miró á su madre. Esta no se dió por entendida, y la aguja de marfil con lana de colores siguió entrando y saliendo por los intersticios del cañamazo y dibujando cada vez más distintamente un gran pájaro colorado con las alas verdes y la cresta azul.

Fuéle forzoso al muchacho renunciar á su proyectada defensa, y, sin ánimos ya ni para protestar, se sometió incondicionalmente al fallo inapelable que le esperaba, aun cuando, á decir verdad, allá en su fuero interior tenía así como una presunción de que la pena no sería muy dura.

— ¡ Es claro ! — siguió diciendo papá Carlos en vista de que el reo no se defendía : — después se dirá de ti que eres un orgulloso ; luego no faltará quien asegure que tus hermanos son lo mismo que tú, y por último otros aseverarán que los niños aprenden el ejemplo que de sus mayores reciben, de donde sacarán la peregrina consecuencia de que nosotros os damos lecciones de orgullo. Y yo no quiero que eso se diga de mis nietos ni de mi familia, donde la humildad ha sido siempre respetada como virtud indispensable para vivir bien en la sociedad y hacerse agradable á Dios.

Y después de estas consideraciones, en vista del silencio de Ramón, su abuelo se decidió á dictar la sentencia, no sin ánimo de conmutarla ó de anularla en cuanto el sentenciado se lo pidiera, ó uno de los testigos intercediese en su favor.

Pero nada, todo el mundo se calló. El condenado oyó sin chistar el fallo, seguro de que su protesta, de formularla, sería perfectamente inútil; la madre se calló también, porque no deseaba mermar la autoridad de que entre sus hijos gozaba legítimamente el anciano; y los pequeños no despegaron los labios, temerosos de que la pena se hiciese

extensiva á ellos también, cuyas conciencias no estaban enteramente tranquilas.

Salió pues Ramón dispuesto á meterse en la cama como se le había ordenado, y papá Carlos, que contra todo su deseo no tuvo ocasión de ejercer la gracia de indulto como deseaba, por la sencilla razón de que nadie le pidió que la ejerciese, se agarró al periódico, revolviéndose á cada momento en el sillón, en el que estaba como sobre ascuas.

— ¿Lo perdona usted, papá Carlos? — balbuceó de pronto una voz.

Era la de Angela, que al fin se decidía á interceder por su hermano, después de obtenida la aquiescencia del pequeño.

— ¡No hay perdón! — gritó el abuelo al mismo tiempo que se tapaba la cara con el periódico para que sus nietos no pudieran ver la satisfacción que le producía el tener ocasión de hacer nulo el castigo impuesto.

— No lo volverá á hacer más... — murmuró la misma voz de antes.

— Está bien; que venga, si es que no se ha metido ya en la cama, — dijo papá Carlos.

Y como Ramón se había guardado bien de acostarse, esperando, sin duda, el perdón, más tarde ó más temprano, apareció al punto en el comedor acompañado de Ángela y Pepe que se habían apresurado á notificarle la buena nueva de su libertad.

— Sentaos ahí, — dijo el abuelo después de dar su mano para que el perdonado la besase, — y escuchad lo que voy á contaros esta noche, una historia verdadera, el conocimiento de la cual vendrá á alguno de los que me escuchan como pedrada en ojo de boticario.

Diciendo esto, miró á Ramón, que sin darse por aludido, se dispuso á escuchar, lo mismo que sus hermanos, la prometida historia.

Un día, — dijo papá Carlos — cierto joven que, con el visillo en la mano miraba á través de los cristales de una

ventana hacia el exterior, dejó caer la muselina, al mismo tiempo que exclamaba :

— ¡ Señor, qué cosa tan fastidiosa es el esperar !

Esto lo decía porque en el intervalo de una hora había repetido diez ó doce veces la operación de levantar los visillos. Hijo único de padres muy cariñosos y muy ricos, que no tenían más preocupación que la de estudiar de qué modo podían hacerle al niño más agradable la existencia, Juan no conocía, ni por el forro, las cosas fastidiosas ; no estaba acostumbrado á fastidiarse.

No puede decirse de él que fuese un niño mimado, es decir, lo que se entiende por tal ; generalmente se llaman niños mimados á esos seres insoportables, verdaderas calamidades en sus familias respectivas, y provistos en abundancia de los numerosos defectos que pueden arraigar y desarrollarse en una naturaleza joven para malearla luego por completo.

No, en realidad de verdad, Juan no tenía ningún defecto grave arraigado : era sumiso, bien hablado, obediente, de aplicación irreprochable y cumplidor de sus deberes, haciendo esto último por convicción y sin repugnancia alguna... Estas buenas cualidades debíalas á especial protección de la Providencia que, al darle padres muy buenos, le había dotado al mismo tiempo admirablemente.

Esto quiere decir que la extrema indulgencia que con Juan tenían sus padres no tuvo los deplorables resultados que, con frecuencia, produce en los niños cuyas condiciones morales dejan algo que desear, y no son pocos. Pero, la costumbre de ser tratado como una especie de ídolo, de verse centro y objeto de las ideas y de los movimientos de cuantos le rodeaban, llegó á desarrollar en él una especie de egoísmo nativo é inconsciente, que, acentuándose cada vez más, á medida que pasaba el tiempo, podía convertirse en peligroso indiferentismo ó en sequedad de corazón.

En la época á que me refiero, lo que Juan padecía no era

aún más que cierta tendencia á apreciar las personas ó cosas según el placer más ó menos grande que le procuraban, á dar gran importancia á su personalidad, poco importante como es natural, dada su edad entonces, y á ocuparse de sí mismo casi exclusivamente. No era posible reprender á Juan por esta circunstancia, pues los muchachos son imitadores por instinto, y al fin y al cabo no hacía más que imitar el cuidado que con él tuvieran sus padres.

Bueno : pues como iba diciendo, ese día á que me refiero, aun cuando Juan había abierto repetidas veces sus mejores libros, se aburría mucho.

En los primeros días de la semana, la madre de Juan había recibido una carta cuya lectura le hizo derramar abundantes lágrimas. La carta era de un hermano suyo que habitaba en América, en el Chaco, donde fuera algunos años antes con ánimo de hacer una fortuna, y donde continuaba, sin duda por no haber podido realizar por completo sus legítimas aspiraciones. Entre otras cosas, el indiano decía á la madre de Juan lo siguiente : « El sábado llegará Germán á tu casa : mi Germán, á quien supongo recibirás con alegría, con verdadero amor, desempeñando con respecto á él el papel de madre hasta que llegue el día que espero con impaciencia, con ansia que tú podrás comprender mejor que nadie, el día de abandonar para siempre este país hermoso, que tiene, sin embargo, el gravísimo inconveniente de hallarse muy lejos del nuestro... »

Pues bien : el día en que Juan levantaba cada cinco minutos la cortinilla del balcón era sábado, el sábado que se anunciaba en el párrafo que acabo de citar. Y ahora comprenderéis por qué Juan, que no estaba acostumbrado á esperar, se aburría sobradamente y se impacientaba lo que no es decible, viendo cómo transcurrían las horas sin que se produjese la novedad con impaciencia esperada.

Cansado sin duda de esperar en vano, dejó su puesto de

observación, y sin atormentar más los visillos, dióse á dar paseos á lo largo de la habitación en actitud meditabunda.

De su abstracción llegó á sacarle ruido insólito que le hizo correr nuevamente á la ventana esperando esta vez no equivocarse. Rumor de cascabeles, ruido de ruedas rebotando en los adoquines del patio, voces de hombres y relinchos de caballos : eso era lo que Juan había oído, haciéndole suponer, no sin fundamento, que por fin llegaba aquel primo á quien llevaba seis días esperando.

Efectivamente, desde la ventana pudo ver como un coche de camino se paraba ante la gradinata, y como de él descendía una figurita pequeña, un niño de unos diez años á lo sumo, vestido con bastante elegancia, y rebotando en su cara satisfacción y alegría. Echando á correr, Juan llegó aún á tiempo para recibir en sus brazos, de los de su madre, al primo Germán, á quien contempló mientras él le miraba á su vez fijamente con sus ojazos negros cargados de curiosidad infantil. Satisfecho sin duda el recién llegado de su examen, besó sin más preámbulos al que esperaba, saludándole con un « Buenos días, primo Juan » ; inmediatamente después de cuyas palabras, agitando en el aire sus piernecillas de diez años, añadió :

— Si le parece á usted, puede dejarme en el suelo ; tengo ya diez años y soy demasiado grande para que me lleven en brazos.

— Lleva á tu primo á tu cuarto y enséñale tus libros y tus juguetes, — dijo la madre de Juan sonriendo ante las perplejidades del muchachote : — de este modo haréis conocimiento en seguida.

Juan cogió de la mano á su primo con cierta timidez y lo condujo sin pronunciar una palabra.

Debo advertiros que Germán era una criatura viva, inteligente, espiritual, cariñosa, dotada de una imaginación fecunda para inventar diabluras extraordinarias y no todas enteramente aceptables ; porque eso de pescar los rojos pececillos que su institutriz tenía en la pecera para ofre-

cérselos luego colocados en un plato, y eso de componer un ramo con hojas de cardo apio y zanahorias regalándolo después á la cocinera, y lo de deshacer la media que tejía su abuelita por el placer de vérsela empezar de nuevo con lana rizada, eso, vamos, la verdad, no estaba del todo bien. Cierto es que Germán hacia tales diabluras con el propósito de agradar; y llevado de ese prurito, su diminuta cabeza de niño inteligente concebía sin solución de continuidad las ideas mas extrañas. No había pues más remedio que perdonarle en gracia á sus buenas intenciones, y aun cuando tenia muchos defectos, en realidad era adorado de sus propias víctimas.

Juan, que ya contaba catorce años, petrificado por efecto de la petulancia de su primo, intimidado por su aplomo imperturbable, permanecía cortado y en silencio. Pero como el buen humor es contagioso, como lo es asimismo la tristeza, pegósele el de Germán, y se animó hasta el punto de dirigirle algunas palabras, no muchas, en tanto le mostraba sus juguetes y sus libros.

Germán exclamó de pronto:

— ¿Quieres que nos tratemos de tú? así te será más fácil el hablar.

No pudo Juan por menos de sonreír ante la cómica actitud del gurriato, y eso acabó de romper el hielo entre los dos.

— No tengo inconveniente en que nos tuteemos, puesto que al fin hemos de vivir como hermanos. Yo no estoy acostumbrado á tratar con niños de tu edad, ni de la mía tampoco, y por eso me ves así tan... tan acobardado. Si tú me ayudas un poco...

— ¡Pues no faltaba más! Mira, por de pronto, quítate el sombrero, puesto que ésta es mi casa, y después vámonos á jugar á ese campo que hay detrás de estos balcones.

— Vamos.

— Nos llevaremos tu sable, y el látigo para jugar á las mulillas, y los bolos.



JULES DAVID



— ¿Y el morrión?

— También.

— ¿Y la pelota grande?

— Tambien, también.

— Yo no saco nunca eso, — dijo Juan viendo la insaciable ambición de su primo.

— ¿Por qué?

— Por miedo de que se rompa.

— ¿Y eso que importa? Los juguetes rotos son más bonitos.

Pero Juan no participaba de esta opinión, y tomando un libro dejó que su primo cargara con cuanto le diese la gana, saliendo después los dos por la puerta del jardín al campo.

— Ahora, — dijo Germán, — vamos á jugar á los bolos. Verás cómo nos vamos á divertir.

— Sí, — exclamó Juan con un suspiro de resignación : — pero... la verdad, yo me divierto más leyendo.

Y el misántropo se fué con su libro al pie de un grupo de árboles que ofrecían grata sombra, y allí se tendió entregándose á la lectura, en tanto que Germán trepaba al carro de mies que un vecino tenía junto á la carretera, llamando desde él á su primo, sin duda para que le viese ejercer de mayoral.

Cansado de verse desatendido, regresó al punto en que estaba Juan, y, viéndole con el libro en la mano, le preguntó :

— ¿Qué es eso que lees ?

— Historias.

— ¿Te divierten las historias ?

— Mucho.

— En ese caso, ya que no quieres divertirme conmigo, te divertiré yo, contándote historias. Mira, mi papá vive en un país maravilloso donde el sol brilla siempre : un sol más hermoso y más caliente que el nuestro ; y los hombres y las mujeres y los niños, todos, tienen el color del cobre y de las estatuas que hay encima de la chimenea. Los ti-

gres se pasean allí en libertad, como los gatos en casa, y no están encerrados en jaulas como en el Retiro. Allí monta la gente en elefante lo mismo que á caballo; en la arena de los ríos se encuentra oro, y en la tierra de las montañas diamantes de todos los colores. Por eso los reyes, que en aquel país hay muchos, llevan vestidos de oro bordados con diamantes, y hay reinas que tienen mantos de perlas. Y no creas que es mentira, no; esta historia es verdadera, — afirmaba Germán con aire de triunfo: — yo tengo una mamá que me escribe algunas veces, desde que ha sabido que ya sabía leer, y ella es la que me ha dicho todas esas cosas.

— Eso que me has contado no es una historia, — dijo Juan vacilando, — pero de todos modos es bonito. Y ahora yo quiero hacer lo que á ti te gusta, y vamos á jugar á los bolos.

— ¿De veras? — exclamó Germán besando con entusiasmo á su primo, — tú eres bueno. Pero, ¿no te fastidiará eso?

— No, al contrario; me gustará mucho ahora; — repuso Juan, mientras mentalmente se preguntaba: «¿Porqué?»

Porque, en efecto, el beso de gratitud que acababa de recibir le hizo ver la partida de bolos bajo un aspecto muy diferente, hasta el punto de que se divirtió de veras sólo con la animación que rebosaba en la cara de su primo, y sus carcajadas alegres cada vez que él se entretenía en esconder los bolos. Y cuando Germán, fatigado al fin, se echó sobre el césped declarándose encantado de la partida, Juan sintió interiormente una satisfacción misteriosa que no podía explicarse, pero cuya causa deseaba á todo trance conocer.

— Mamá, — preguntó aquella misma noche, cuando, ya acostado, entró su madre á darle el beso de despedida, — ¿en qué consiste que hoy he jugado con mucho gusto una partida de bolos con mi primo, siendo así que es un juego que me ha fastidiado siempre?

— Supongo, — contestó la buena señora, — que te has sentido feliz complaciendo á Germán, y que esa felicidad, esa satisfacción que te ha proporcionado tu complacencia para con tu primo ha sido bastante poderosa para absorber tu propio aburrimiento hasta el punto de hacértelo olvidar.

— Sí, eso debe ser : eso es, mamá, — dijo Juan, comprendiendo al fin.

Y su madre entonces añadió :

— La más grande de las dichas, hijo mío, es sacrificar el gusto propio á lo que los demás prefieren.

— No lo olvidaré : estoy contento por que ya tengo alguien á quien querer.

— ¡Cómo! — gritó la buena señora estupefacta : — ¿pues no nos tenías ya á nosotros, ingrato?

— Vosotros erais los que me queríais á mí; ahora ya comprendo... una porción de cosas en las que antes no pensaba. Me ha llegado el turno, y en lo sucesivo seré yo quien os quiera á vosotros. De ahora en adelante no tendréis otra cosa que hacer que dejaros mimar por vuestro hijo.

Ahí tienen ustedes como Juan, jugando con un chiquillo mucho más pequeño que él, aprendió el secreto de la dicha.

Y, al decir esto, el abuelo miró á Ramón tan significativamente como le había mirado al dar comienzo á su narración.



## VI

### LAS OBRAS DE CARIDAD

Como los días no eran ya tan crudos como la semana anterior, los tres muchachos correteaban á su antojo durante las horas de la mañana, sin dejar por eso de darse un higiénico paseito por la tarde, al que no les acompañaba su abuelo, quien tenía un miedo superior al reuma.

— No, — decía invariablemente si le rogaban sus nietos para que saliera con ellos : — las tardes están demasiado frías y lo que puede ser hasta saludable para vosotros, si me apuran, es mortal en la generalidad de los casos para nosotros los viejos. No me faltaba más que una pulmonía á mis años... Me aviaba.

Y como ante estas poderosas razones no había argumentos que oponer, nadie osaba insistir, y el viejo se quedaba en casa, al amor de la lumbre, metidos los pies en cómodas y bien forradas babuchas, y allá se iban los chicos con su madre, que, joven aún como ya se ha dicho, y gozando de excelente salud, no encontraba razonamientos de consistencia para oponerse á los naturales deseos de sus hijos. Éstos se aburrían de estar metidos en casa, y

querían echarse al campo ó á la calle, jugar con la nieve, tirarse á la cara pelotas heladas de las que se deshacen cuando dan en el blanco, y refrescan, poniendo en vigorosa circulación la sangre... ¿Qué hacer sino complacerles?

Por eso la buena señora, sin protesta de ningún género, desde dos días á aquella parte, estaba reducida á servir de testigo en los duelos que los muchachos fraguaban en casa, antes de salir, estipulando bien las condiciones, el número de asaltos, esto es, el de pelotazos de nieve que debían cambiar los combatientes, el momento en que uno de ellos estaba obligado á declararse vencido, en fuga ignominiosa ó en derrota más denigrante aún que la fuga, aplastado, ahogado literalmente bajo el número y grosor de las bolas que le fueran arrojadas.

Como es natural, no siempre los combatientes respetaban con la debida fidelidad las condiciones pactadas horas antes.

En los momentos de peligro, en los instantes críticos, dichas condiciones eran voluntariamente olvidadas para buscar en la estratagema una probabilidad de victoria ó, por lo menos, ganar tiempo, fatigar al contrincante, é impedir de este modo un Waterloo.

Y claro, en estos casos, cuando surgía la disparidad de criterios, al producirse la discusión, tirios y troyanos, es decir vencedores y vencidos, sometían el pleito al arbitraje de su mamá, quien fallaba en última instancia, siendo por lo tanto sus fallos inapelables.

Pero, para que no se produjera el descontento en las filas, la pobre madre veíase obligada á desplegar gran ingenio, á hacer verdaderos prodigios de diplomacia, gracias á la cual conseguía no sólo ver respetadas sus decisiones y obedecidas sin discutir las sus órdenes, sino que éstas sentaban jurisprudencia, con lo que ella se ahorra el tener que solucionar unos cuantos asuntos dudosos que, de no suceder así, le habrían sido sometidos.

Precisamente, y por rara casualidad, aquella tarde aun

no habían llegado los chicos á someter á su alta deliberación ningún punto oscuro. No era que no batallasen, porque desde allí, desde el sitio en que ella estaba, los veía agacharse continuamente, coger con las manos coloradas y gordezuelas grandes porciones de nieve, aplastarla lo posible hasta reducirla á la forma y volumen de una pelota pequeña, y lanzarla contra el enemigo mas próximo sin lograr hacer blanco la mayor parte de las veces.

¡ Cosa verdaderamente extraña ! en este ejercicio, sin duda alguna varonil, sobresalía Angelita, que atizaba á sus dos hermanos cada pelotazo, que ya ya... Por eso sin duda, la temían y no osaban acercarse mucho al árbol que ella escogiera como barricada que defender, y tras de la cual hallaba una defensa. Además de que sus pelotas de nieve eran más apretadas y por lo tanto más duras, las lanzaba con tal tino, que casi ninguna de ellas resultaba tiro perdido, é iban, casi sin excepción, á aplastarse en el cogote de Pepe cuando éste se declaraba en vergonzosa fuga viendo llegar la bomba, ó en uno de los carrillos de Ramón que, á veces, osaba dar un gran rodeo para ver si le era posible pillar por la espalda á la valiente defensora del árbol y arrojarla á pelotazos del sitio elegido por ella para refugio y baluarte.

Y viéndolos pelotearse de lo lindo, la madre pensaba en los picaros sabañones que ponían como morcillas los dedos de los muchachos, y se le pasaba por la imaginación la idea de dar unas cuantas palmadas, que resultaban para los pequeños combatientes algo así como una especie de toque de alto el fuego. Pero después pensó que si bien los sabañones les ocasionaban alguna molestia, en cambio, el ejercicio violento hacía circular libremente en sus cuerpillos débiles la sangre nueva, produciéndoles aquellos colores que indicaban claramente la salud y la plétora de vida.

Y los dejó, no atreviéndose á interrumpir el tiroteo, empezado desde media hora antes, con grandes probabi-

lidades de victoria para la pequeña, á la que no era fácil acorrallar, ni mucho menos desalojar de sus, al parecer, inexpugnables posiciones.

Pero, ¿qué había ocurrido? ¿Por qué cesaba el fuego? Y era precisamente Angelita quien demandaba una tregua.

La madre vió desde lejos como se reunían en grupo los tres enemigos y conferenciaban acerca de algo cuyo alcance ella no comprendía aún.

En realidad, había motivo para la conferencia y para que la brava defensora de su barricada pidiese parlamento. Tal petición no entrañaba ¡que disparate! la idea de rendirse, ni la de solicitar siquiera un descanso que ella hubiese considerado como una derrota, no. Pero como no quería que los otros se aprovecharan de un momento de distracción que pudiera tener, y causa para distraerse acababa de encontrarla, por eso solicitó la tregua que en aquel momento se producía, y aun invitó á sus hermanos á que se acercasen.

Ángela acababa de realizar un descubrimiento : había descubierto un cadáver.

Un cadáver, así como suena. Al agacharse para recoger la nieve que le servía para la fabricación de sus temidos proyectiles, cogió con la mano algo que no era precisamente nieve y que se apresuró á arrojar al suelo. Miró después, y entonces pudo percatarse de su fúnebre descubrimiento.

Y allá se fueron sus hermanos respondiendo á la llamada, é inclinados los tres, las manos entre las piernas, contemplaban con dolor el cadáver de un gorrión, muerto sin duda de frío aquella noche sobre una de las ramas del árbol tan valientemente defendido por la muchacha.

La brusca interrupción del empeñado combate llamó la atención de la mamá, quien dirigiendo la vista al campo de operaciones vió con sorpresa que los beligerantes ha-

bían abandonado sus posiciones estratégicas y contemplaban algo en el suelo.

— ¡Vamos á ver qué es eso ! — se dijo la buena señora.

Y allá se fué, deseando sorprender á los curiosos, cosa que no le fué dable conseguir, porque la nieve crujía bajo sus pies, y este ruidillo, aunque ligero, bastó para denunciar su presencia á los curiosos.

Los cuales curiosos, sin molestarse lo más mínimo, sin abandonar un solo momento su posición, sin volver siquiera la cabeza, adivinando quizás por el olfato, como los podencos, quién era la persona que se acercaba, exclamaron en coro :

— ¡Mira, mamá, mira !

Miró mamá, y vió lo mismo que ellos: un infeliz gorrión que con las alas muy apretadas, los débiles dedillos engarabitados como si rodeasen aún la rama que debió servirle de último asilo, dormía allí el sueño eterno, víctima de aquella misma nieve que daba vida y calor y sangre á los que salían de casa expresamente á jugar con ella.

De regreso á su casa, contaron á papá Carlos el lúgubre hallazgo, si bien añadiendo que el pajarito descansaba ya bajo la tierra, pues ellos se habían cuidado de evitar que se lo comiera un lobo ó cualquier otra bestia feroz. Y papá Carlos encontró en ese sencillísimo suceso un asunto de actualidad para amenizar un tanto la velada.

Por eso aquella noche, en cuanto llegó la hora de comenzar la ya esperada narración, habló de este modo :

Una mañana fría del mes de diciembre de... no sé que año, debe hacer muchos, muchos, tal vez más de dos siglos, según lo que yo leí, por más de que estas cosas pueden pasar y pasan indudablemente todos los días y todos los años y en todos los países, un niño precioso, rubio como los ángeles, de rizada cabellera, de talle esbelto, casi afeminado, se despertó, como suele suceder á todos los

muchachos, de mal humor, ante la perspectiva de tener que dejar irremisiblemente aquel lecho tan blando, tan caliente, en el que se estaba como debe estarse en la gloria, cubierto de edredones y apoyada la cabeza en cojines de seda... ¡Claro! ¿cómo no estar de mal humor en el momento de dejar tantas comodidades?...

Pero como no había más remedio que levantarse, el niño de la rubia y blonda cabellera que se llamaba Aurelio, se sentó en la cama y miró de frente.

Y apenas su vista se había dirigido hacia la ventana cuando Aurelio lanzó una exclamación en la que la sorpresa se mezclaba á la alegría.

¿Sabéis por qué? Porque acababa de ver desde su cama que todo estaba blanco; pero todo, todo... los techos de las casas vecinas, los árboles y el musgo del jardín que parecían haberse arropado con mantos de armiño; en fin, todo.

— ¡Qué alegría!... ¡qué alegría! — gritaba Aurelio dando brincos en la cama: — ¡qué bonito es todo eso!.. ¡cómo me voy á divertir!

Y sin pensarlo más, sin acordarse de que momentos antes lamentaba tener precisión de abandonar la cama, llamó violentamente al criado. Tenía prisa porque lo vistieran, porque su propósito era salir á corretear por la nieve, cogerla á grandes puñados y con sus manezuelas inexpertas esculpir estatuas, como él había visto hacer, sin duda á manos más hábiles que las suyas: estatuas que guardarían la blancura y la rigidez del mármol hasta el momento mismo en que, aún cuando algo tímido, brillase el primer rayo de sol.

Pero han de saber ustedes que mientras todo esto pasaba en casa de Aurelio, fuera de ella, en el jardín, mejor dicho, en uno de los árboles del jardín, pasaba algo que es preciso que les cuente.

Al mismo tiempo de retirar su cabecillapequeñísima de debajo del ala adormecida por el frío, un gorrión que no





tenía nombre, empezó á temblar, no solamente de frío sino también de miedo, y quizás de esto último mucho más que de lo otro.

Su temor estaba plenamente justificado, porque era un gorrión jovenzuelo, había salido por primera vez del nido en el mes de mayo último é ignoraba aún la existencia de la nieve, que no había visto en su corta vida.

Esto quiere decir que el desdichado ignoraba lo que era aquella inmensa sábana blanca que lo cubría todo, ocultando no sólo la hierba, sino hasta la tierra azulada en la que el día anterior aún había encontrado algunos granos que picotear.

Repito que su temblor de miedo estaba justificado: el gorrión ignoraba lo que era la nieve: sólo una cosa le fué dado comprender desde el primer momento: que aquella substancia blanca que lo tapaba todo no se comía, y por eso, saltando sobre sus patas, entumecidas por el frío, buscaba en vano, en su cerebro de gorrión novato, una fórmula que le resolviera el problema de la comida, ó por lo menos, el del almuerzo.

Volvamos ahora dentro de la casa. Aurelio, ya vestido con su airoso juboncillo de lana, ha ido á saludar á su madre, rubia como él, joven y hermosísima, á la que ha encontrado con un libro entre las manos, leyendo afanosamente. Hecho el saludo, dispónese el muchacho á dar fin del enorme y dorado panecillo, cuya mitad se ha comido ya en su cuarto, migado en enorme taza llena de leche bien caliente, cuando la joven madre, deteniéndole y abriendo de par en par la ventana de la habitación, le hace que se fije en una de las ramas del cerezo que está allí, casi tocando; en esa rama se halla el desdichado gorrión, hecho una bola, realizando prodigios de equilibrio para no caerse, porque el frío le insensibiliza las patas, y el hambre le aumenta el frío.

— Vamos á ver, — dice la madre entonces: — ¿tú eres feliz, verdad? ¿te sientes dichoso?

— Sí, señora.

— ¿Has almorzado ya?

— ¡Claro! como todos los días.

— Y ahora, ¿qué vas á hacer?

— Jugar, si tú me lo consientes.

— No he de oponerme á pretensión tan justa; pero dime, ¿irás á jugar con la nieve que te gusta tanto?

— Sí, con la nieve.

— Bueno, pues mira, fijate bien en esto que voy á decirte. Mientras que tú eres feliz, y has almorzado bien, hay otros que sufren y que tienen hambre. Tú vas ahora á jugar con la nieve, ignorando, sin duda, que no todos los seres la ven caer con el mismo gusto que tú... Mira, mira ese gorrión; está temblando de frío y es probable, casi seguro, que esta tarde se muera de hambre, mientras tú estarás divirtiéndote.

Aurelio miraba alternativamente á su madre y al gorrión, y después se quedó un rato pensativo.

— Eso quiere decir, — dijo de pronto, sin duda como consecuencia de sus meditaciones, — que yo hago mal en alegrarme cuando nieva.

— Tal vez.

— Para eso, se necesitaría tener mal corazón, y yo no lo tengo; ¿sabes? Mira, ya se me han quitado las ganas de jugar... Ya no bajo al jardín... Tengo mucha pena.

Y como si hubiese adoptado súbita resolución, iba á sentarse enfrente de su madre, cuando reparó en el pan que había dejado sobre la mesa para escuchar los maternales consejos.

Debió ocurrirle una idea luminosa, porque se acercó á la ventana, y haciendo migas muy pequeñas de la porción de pan, esparciólas sobre la nieve, teniendo cuidado de practicar la operación con suma delicadeza á fin de que las migas quedasen en sitio visible.

Desde la rama vecina, el gorrión observaba la maniobra de Aurelio con sus ojillos negros y redondos, y aun cuando

quizás comprendía lo que todo aquello significaba, siguió inmóvil sobre la rama, sin atreverse á dar un brinquito en dirección á la mesa del opíparo banquete.

— ¿Tiene miedo, mamá? — preguntó el chico.

— Es muy probable.

— ¿Cómo hacer entonces?

— Ya vendrá, impulsado por el hambre.

— ¿Y si nos escondiéramos?

— No es mala idea, — exclamó la mamá interesada en la escena.

Y los dos se escondieron detrás de los cristales, observando, á través de éstos y por entre los pliegues de la cortina, lo que pasaba fuera.

— ¡Qué había de pasar! Que el gorrión, en cuanto vió que le dejaban el campo libre, de un vuelo se plantó en la ventana, y como si no hubiera comido en ocho días empezó á picotear con envidiable apetito las migas de pan, sin dejar por eso de dar brinquitos y de mover la cola. No se interrumpía más que para lanzar de cuando en cuando algunos alegres « cuí, cuí, cuí... » sin duda en celebración del opíparo banquetazo con que se regalaba en los momentos en que creía perecer de hambre.

Sus alegres gorjeos llamaron la atención de otros gorrones no menos hambrientos, que debieron pensar:

— Allí pasa algo: aquel individuo debe haber encontrado algo bueno.

Y uno después de otro fueron llegando varios, y para todos hubo, pues las migas no eran pocas que digamos, y Aurelio, siempre oculto detrás de la cortina, sin atreverse á respirar por no asustarlos, los vió refocilarse con los restos de su almuerzo, y luego los vió alejarse piando alegremente, como si en su lengua y á su modo diesen las gracias á la mano generosa y desconocida que les había preparado allí el almuerzo en un día en que á ellos no les era posible buscarlo porque la nieve lo tapaba todo.

— Ahora, — dijo la madre — ves á jugar; mientras seas

pequeño, haz limosna á los pájaros; pero cuando seas un hombre, siempre que estés á punto de darte un placer, acuérdate de los que sufren; piensa que lo mismo que hace tu felicidad puede ocasionar el mal de los otros; consuela á los que padecen, y ya llegarás á convencerte de que la verdadera dicha en el mundo sólo la experimentan aquellos que se desviven por contribuir á la dicha de sus prójimos.

## VII

### EL ABUELO

— Veréis, veréis que historia tan dramática la del Abuelo, — dijo aquella noche papá Carlos á sus jóvenes oyentes.

Y después de atriborrar su nariz enorme de rapé negrísimo que olía muy bien por cierto, empezó su relato :

Los chiquillos fueron los que principiaron á llamarle Abuelo, sin duda porque, con relación á ellos, era en realidad un Matusalén. Pero ¿qué había de suceder? que en fuerza de oír á todos los mocosos, rubios ó castaños, que le llamaban el Abuelo, comenzaron los grandes á designarle con el mismo apelativo, y que no pasó mucho tiempo sin que las pocas personas conocedoras de sus verdaderos nombres y apellidos se olvidaran de ellos para no conocerle más que por el apodo.

Mi padre lo conoció mucho, y él fué quien me contó la historia, mejor dicho, el episodio que voy á referiros esta noche. Tampoco mi padre pudo nunca saber cómo se llamaba aquel ciudadano; un día le contaron lo que vais á

oir, y poco después, durante uno de los veranos que (l pasó en un pueblecito de Alsacia, tomando baños, tuvo ocasión de conocer al Abuelo.

Sabed pues que el Abuelo, — y seguiremos llamándole así, puesto que no conocemos su nombre, — había pertenecido en cuerpo y alma á la vieja guardia, á lo que aún en Francia sigue designándose con el nombre de vieja guardia, en el culto á las cosas que fueron. Fué pues uno de aquellos bajo cuyos pies retembló toda Europa en los primeros años de este siglo. Sin embargo de esto, á pesar de su entusiasmo por el emperador Napoleon I y de su sincera pena cuando el que había sido su idolo murió en Santa Elena, el Abuelo dejó el ejército, es decir, lo que aún quedaba de aquel ejército, y regresó á su pueblo natal, dispuesto á tomarse un poco de reposo, que bien lo merecía después de haber atravesado á pie el Egipto y la Italia, y Austria y Rusia y casi toda la Europa, siempre á remolque de su emperador, librando el pellejo, por milagro, en aquellas batallas estupendas, el nombre de las cuales pone hoy pavor en el ánimo de nuestros contemporáneos degenerados.

En los primeros días de su vida de paisano, el Abuelo, que quizás experimentaba el malestar que causa la nostalgia, y en él debía ser la nostalgia del campamento, lloraba como un niño á quien le han quitado los juguetes; pero luego fué poco á poco consolándose, y ya sólo le quedó en el corazón un sedimento de odio, pero de odio á muerte, contra los alemanes y los ingleses. Hubiérase dicho muchas veces, al verle, que tenía delante á uno por lo menos de sus irreconciliables enemigos, porque levantando el puño cerrado amenazaba á un ser invisible, y se le oía pronunciar distintamente :

— ¡ Oh ! lo que es éstos, un día ú otro nos la pagarán.

En su familia, todos, de generación en generación, habían sido carreteros. Vuelto al pueblo, siguió ejerciendo el oficio, y probablemente absorbido por su trabajo, llegó á

olvidar el Abuelo las ya lejanas campañas de su juventud. Cuando mi padre lo conoció, nadie en el pueblo se acordaba de haber visto al antiguo granadero en la fuerza de su edad : entonces era ya viejo, muy viejo, y hombres y mujeres le consideraban como un abuelo, y de ahí el mote.

Pero dice mi padre que había que verlo, derecho como un huso, dirigirse cada domingo á la iglesia para oír su misa ; un solo día festivo que hubiese faltado, y su ausencia habría sido notada en seguida, alarmando á las gentes, pues todo el mundo le quería. Pero no faltaba nunca, ¡ qué había de faltar él ! Primero, el cura.

Apegado á las viejas tradiciones, iba siempre con su chaleco de paño rojo y los zapatos de cuero con hebillas de metal, cubriendo la ya blanca cabellera con un sombrero de fieltro muy bajo de copa y de alas anchas y redondas. Hizo un sacrificio enorme para sustituir el calzón corto por los largos pantalones de paño. Pero éstas eran todas las modificaciones que estaba dispuesto á hacer en obsequio á la moda. Como si formaran parte integrante de su traje, como si estuvieran cosidos á su ropa, el Abuelo llevaba siempre á misa dos de sus preferidos : una muchacha y un chico, muy jóvenes los dos ; dos niños que tenían comó nadie razón para llamarle abuelo, pues que eran hijos de su hijo único.

El camino de la iglesia resultaba para el veterano una especie de paseo triunfal, pues al encontrarse con él, así las muchachas que ornaban sus cabezas rubias con el enorme lazo negro, como los jóvenes de rostro bronceado, no se olvidaban de saludarle con las palabras de ritual : « ¡ Buenos días, abuelo ! » palabras que le sonaban á él como un cumplido cariñoso, y que agradecía con toda su alma.

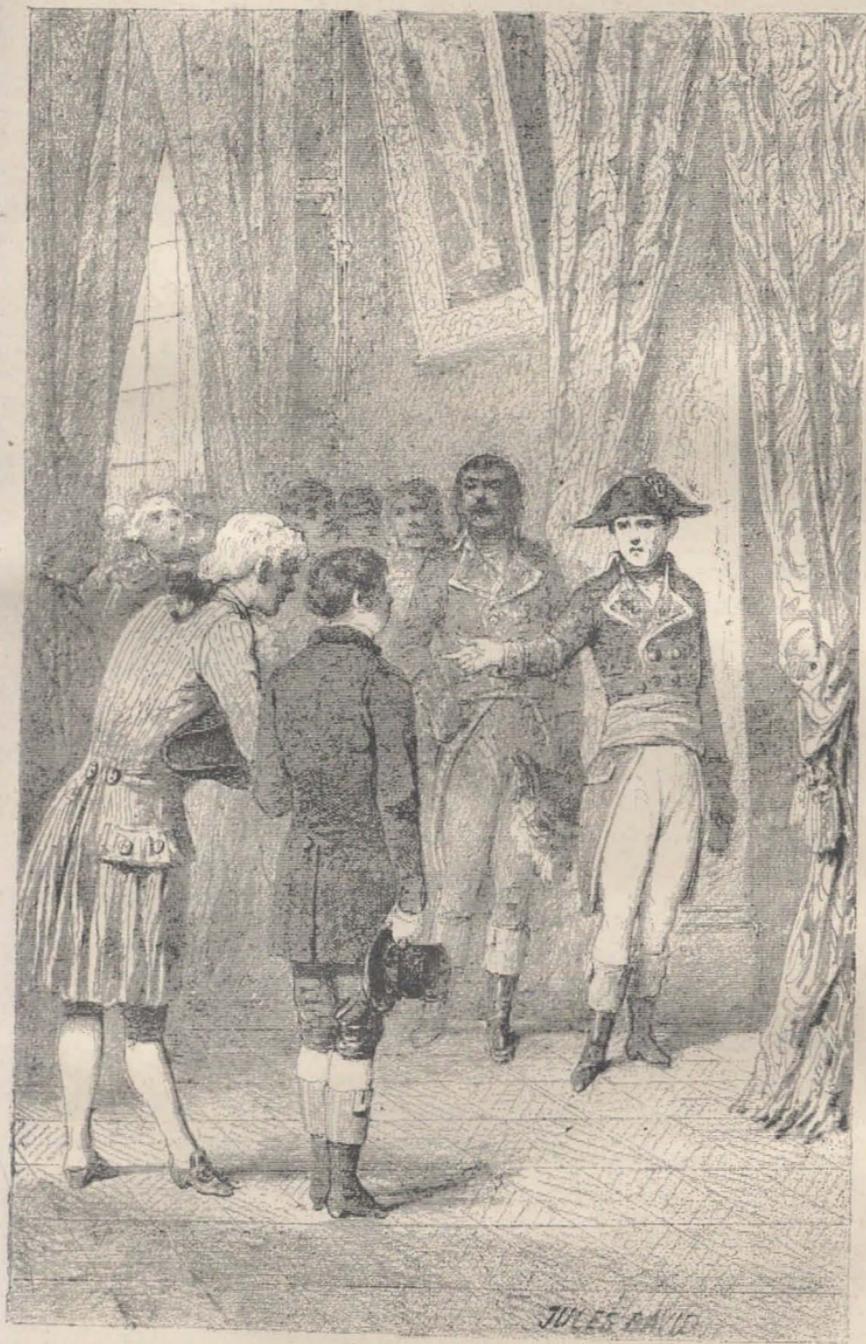
Aquél era el único día de salida, el domingo : el resto de la semana, el Abuelo no se movía de su vivienda, limitándose á sentarse á veces un rato junto á la ventana

adornada de geranios en flor que correspondía al taller de su hijo. Y eran aquellos momentos, cuando ocupaba su trono de plantas olorosas, los que el buen viejo, teniendo en la cabeza el gorro de algodón rayado y en la mano la enorme y siempre llena petaca, dedicaba á contar las historias de otra edad á los que no habían vivido en los buenos tiempos : y él contaba y contaba sin cansarse nunca, y los otros escuchaban sin experimentar tampoco, por su parte, la menor fatiga.

Tomaba siempre la historia de muy lejos, desde su infancia, y complaciase en recordar cómo entusiasmado con los relatos que escuchaba de las campañas que Francia tenía entonces en preparación, y sintiéndose animado del fuego sacro del patriotismo, pudo al fin conseguir que su padre le permitiese marchar á París, bien recomendado ; y cómo gracias á la protección de Kléber, del ilustre Kléber, también alsaciano, había conseguido ver al emperador, que entonces no lo era, sino primer cónsul... ¡ Ah ! ¡ cómo le centelleaban los ojos al Abuelo cada vez — y no eran pocas — que refería á sus oyentes la jornada memorable de aquella mañana en que vestido con la mejor ropa que le fué dado alquilar, tuvo la satisfacción inmensa de que Bonaparte le dirigiese la palabra en presencia de aquella escolta brillante de jóvenes y bravos militares que debían inmortalizar después el nombre de Francia, conquistando para su ejército el dictado glorioso de invencible !

Al referir estos comienzos de su vida guerrera, el Abuelo hablaba de Napoleón, pero sólo en este caso, lo cual no dejaba de sorprender grandemente á los que formaban su auditorio. Y era que, en el fondo de su corazón de bravo, había erigido una especie de santuario en el que reposaba, piadosamente guardado, el recuerdo de la época ya remota en que, como granadero de la guardia, había seguido al conquistador en sus locas correrías á través de Europa.

Cuando el Imperio llegó á reemplazar la República





de 1848, el Abuelo no pudo contener un expresivo movimiento de sorpresa al ver, en un periódico, el retrato del nuevo emperador.

— No puede ser, — decía: — que vayan á contárselo á otros; éste no es un Bonaparte.

Tuvo sin embargo que rendirse á la evidencia, y después de las campañas de Crimea y de Italia, hubiérase dicho que el veterano incrédulo del primer Imperio estaba ya reconciliado con el sucesor de aquel hombre sin segundo á quien él había servido, porque se le oía exclamar á veces, cuando hablaba del nuevo, á quien desconociera en un principio :

— La verdad es que, mirándolo bien, hay en él algo de su tío.

Como es natural, el Abuelo había visto muchos países: España, Italia, Alemania, Austria, Egipto, donde estuvo con Kléber, su compatriota y protector; pero, si por casualidad le preguntaba alguien cuál era el país más hermoso del mundo, respondía sin vacilar un momento, mientras que sus ojos se iluminaban extrañamente bajo las cejas enormes é incultas :

— Preciso es haber visto muy poco mundo para no saber que la tierra más hermosa es esta tierra de Alsacia donde estamos.

El día que tal pregunta le era hecha, después de responder como dejo dicho, encerrábase en obstinado silencio del que no había fuerza humana capaz de sacarle. Dijérase que guardaba rencor al preguntón por ignorar una cosa que, según el Abuelo, saltaba á la vista.

¿Por qué el Abuelo profesaba amor tan entrañable á la tierra alsaciana? Natural es que todos amemos el pedazo de suelo en que se ha mecido nuestra cuna; pero no era solamente ésta la causa determinante del patriotismo exagerado — si exageración puede haber en tan noble sentimiento — del veterano de la vieja guardia.

Había pertenecido el Abuelo á un ejército de vencedores

á los que un día la fortuna volvió de repente sus espaldas, negándose á prodigarle, como lo hiciera hasta entonces, todos sus favores. El Rhin, testigo mudo de muchas victorias de los franceses, había presenciado impasible el desastre de aquella legión de héroes; y como lo que más se ama es precisamente lo que, con más ardor se defiende si peligra, el Abuelo había defendido con tesón, con bizarría extraordinaria el terruño nativo. Por eso, después, lo quería más aún que antes, si esto era posible; y como no estáis en edad de descender á razones de otra índole para hacer cargo del sentimiento que animaba al viejo granadero, contentaos con las que acabo de daros, que, á falta de otras, son convincentes.

Hace unos veinticinco años que sucedió lo que voy á contaros, lo que constituye el final de la historia del Abuelo, que, en dicha época, contaba ya ochenta primaveras. Eso no obstante, se hallaba fuerte y ágil, bebía como en sus mejores años, sin que el mosto se le subiera nunca á la cabeza, y gozaba de excelente salud. Él mismo, bromeando acerca de su resistencia física, verdaderamente maravillosa, solía decir que la muerte, al pasar por Alsacia, se olvidaba siempre de él, cosa que, como comprenderéis, no le contristaba ni poco ni mucho. Precisamente aquel año se proponía, el buen hombre, realizar la vendimia en excelentes condiciones, pues estaba empeñado en hacer cierto ensayo que iba á permitir apresurar el maduramiento de las uvas.

Ni su hijo ni su nuera creían una sola palabra de todo aquello, y, á existir el tal proyecto de ensayo, probablemente hubieran disuadido de su idea al Abuelo; pero le dejaban decir, porque era muy grande la veneración que por él sentían.

Mas hete aquí que cuando mayor era el entusiasmo del octogenario carretero por llevar á la práctica su proyecto de madurar precozmente los racimos, hasta la pequeña aldea de la montaña, sólo frecuentada en la época oficial

ó como tal reconocida para tomar las aguas ferruginosas, llegó un día un rumorcillo que, al pronto, fué reputado como charla de comadres, pero que fué poco á poco adquiriendo consistencia y acentuándose y llevando á los ánimos la intranquilidad y la zozobra. Hablábase de guerra.

Como el Abuelo, por efecto de su edad, tenía duro el oído, pasó no pocos días sin enterarse de lo que en el pueblo era la comidilla incesante de los vecinos. Pero una mañana llegó á despedirse de él Eugenio, su nieto mayor, que, con el morral á la espalda, iba á dejar el territorio para irse allá lejos, muy lejos, y después á la guerra.

El Abuelo, al principio, pareció no comprender de qué se trataba; pero cuando en vista de que no había más remedio que ponerle al corriente de todo, le explicaron que los prusianos invadían la tierra de Francia, y que Eugenio iba á unir sus esfuerzos á los de los buenos patriotas para rechazar al invasor :

— Véte en seguida, — dijo á su nieto con energía que nadie sospechaba en él, — véte en seguida, y trata de devolverles todo el mal que nos han hecho.

Los viejos somos como los niños ; olvidamos todo, hasta lo más sensacional, con rapidez pasmosa. Por eso es que, ocho días después de aquella escena, el abuelo ya no se acordaba de nada, ni su oído, duro como una piedra, era capaz de percibir el horrible estrépito que acompañaba á la caída de los obuses prusianos en Estrasburgo. No pensaba más que en la próxima vendimia, y sus hijos, respetando el sueño de la vejez, hacían la caridad de mecerle en él.

Un día caluroso de septiembre, después de la comida, se encontraba solo el Abuelo en la habitación común de la casa, que él había cedido á su hijo : todos estaban fuera, sin que él supiera dónde. Sentado en su viejo sillón, cedió á la influencia del calor y se quedó dormido, según era en él costumbre después de la comida.

Uno de sus nietos, el más pequeño, entró como una bomba en la habitación, exclamando :

— ¡Ahí vienen, abuelo, ahí vienen!...

Y detrás de él, su hermanita entró también, con el mismo grito de terror en la boca :

— ¡Son ellos, abuelo, ahí vienen!

Pero el Abuelo dormía como un bienaventurado, profundamente, con el gorro de rayas atravesado en la cabeza, y ésta cayendo á intervalos regulares sobre el chaleco rojo entreabierto. Uno á un lado y otro al otro, los dos nietos, helados de terror, se cogieron á los brazos del anciano.

Tantas veces su madre les había dicho : « No hagáis ruido, que el abuelo duerme », que por nada de este mundo, en circunstancias normales, se hubieran determinado á turbar aquel plácido sueño. Pero la cosa era entonces muy distinta; como que uno de los vecinos acababa de llegar empujando sus vacas hacia el establo y gritando : « ¡Los prusianos! ¡los prusianos! » no era posible la duda; al fin llegaban aquellos hombres terribles de los que se hablaba con terror... Sí, ahí estaban; el muchacho, siempre agarrado al brazo del viejo, pudo ver, á través de los geranios que adornaban, embalsamándola con su perfume, la ventana abierta, primero un casco puntiagudo, después dos, luego tres...

— ¡Abuelo! ¡abuelo! ¡que están ahí!... — gritó con toda la fuerza de sus pulmones el muchacho.

Y esta vez consiguió su propósito de despertar al viejo, que abotargados los ojos, inconsciente aún, no despierto completamente, acariciaba la rubia cabeza de su favorito, mientras la muchacha, atacada sin duda de una recrudescencia de terror, echó á correr, ocultándose detrás de la roja cortina que separaba la habitación de la alcoba.

Sonó, rechinando siniestramente, el pavimento, bajo la presión de pies enormes, calzados con grandes botas, y momentos después, en la puerta, aparecían sucesivamente, primero un soldado con casco, luego otro, después un tercero, y aun quedaban fuera muchos, muchos.

El Abuelo creía estar soñando ; pero no tardó en persuadirse de que estaba despierto y bien despierto, porque uno de aquellos dragones azules, acercándose á él, le dijo con imperio :

— ¡ Eh ! buen hombre ; necesitamos al momento tu carro y tus mulas ; ¡ conque á enganchar y pronto !

No entendió el veterano ni una palabra de aquéllas ; ¿ cómo habia de entenderlas, si fueron pronunciadas en alemán ? ¿ Dónde pudo jamás ese abuelo aprender aquella lengua ? No ciertamente en las guerras del primer Imperio, porque en aquéllas no se parlamentaba ; se batía el cobre y nada más. Y por si algo faltaba á su ignorancia, la sordera del infeliz le impedía en absoluto entender lo que le hablaban.

Viendo pues que no contestaba, empuñando el revólver de reglamento, el alemán avanzó dos pasos aún, y apuntando al pecho del pobre veterano de cien campañas :

— Si no obedeces al instante, — le dijo, — puedes contactarte con los muertos.

El nieto y el abuelo entendieron esta vez lo que pretendía aquel hombre, y en tanto que el pequeño lanzaba un grito penetrante, el abuelo, alta la cabeza, los ojos brillantes, como si despertase en él, de repente, toda su vida militar ya tan lejana, gritó con voz terrible : « ¡ A las armas ! »

Luego, agotadas sus energias con aquel esfuerzo sobrehumano, los ojos espantosamente abiertos, extendidos los brazos, volvió á caer en el sillón, á tiempo que su hijo y su nuera, que habían oído el grito, se presentaban en la estancia.

— El abuelo duerme otra vez, — les dijo el pequeño, á quien interrumpió su padre para decirle :

— ¡ El abuelo ha muerto !

Y luego, volviéndose furioso hacia los dragones :

— Lo habéis matado vosotros, — exclamó con acento indefinible de dolor y de cólera.

— Nada nos importa ese viejo, — dijo el militar: — lo que nos hace falta es un vehículo, que vas á enganchar ahora mismo. Tú nos vas á llevar dónde te digamos.

Y como el hombre, loco de rabia, no se moviese, varios sablazos de plano descargados sobre su espalda le obligaron á obedecer. Diez minutos después, el pobre joven, estimulando la carrera de sus caballos, dejaba en pos de sí la casa en que la muerte había penetrado con los alemanes, mientras que éstos, sentados cómodamente en la paja que llevaba el fondo del carro, cantaban á grito pelado una canción de su país.

La campana de la humilde iglesia no sonó para anunciar la muerte del Abuelo, porque los enemigos, que eran dueños de todo, no permitían tales manifestaciones de duelo. No pudieron, sin embargo, impedir que todos los habitantes, sin excepción alguna, siguieran en pos del ataúd que encerraba los restos del antiguo granadero.

Allí duerme, bajo el musgo que cubre la tierra que él conoció siempre francesa y que amó siempre como francesa: tuvo la suerte de no presenciar la mutilación del territorio patrio, porque, para verla, no vivió lo bastante.

Descansan en paz sus cenizas que ayudan á la nutrición de las flores que adornan su tumba, y que crecen regadas con las lágrimas que sobre ellas van á verter todos los días los hijos y los nietos de aquel hombre de bien de cuyo nombre no me acuerdo.

## VIII

### LA CRISIS

¿Qué diablura habían cometido los chicos aquel día?

Las crónicas guardan acerca del particular profundo silencio, por lo cual el autor de este libro se halla en la imposibilidad de informar á sus jóvenes lectores de la causa que motivaba la seriedad con que Ramón y Pepe permanecían aquella octava noche de vacaciones en presencia de su abuelo, sin atreverse á chistar, ni aún á mirarse entre sí, como tenían por costumbre.

Tal vez papá Carlos esperaba que le pídiesen, como de costumbre, el relato de una historia, y, sin duda por eso, él afectaba no percatarse de la hora que era, ni del silencio enfadoso que le rodeaba.

Pero no; los chicos no formularon la menor protesta contra aquel silencio que á ellos también les pesaba como losa de plomo. ¿Cómo romper el hielo de la situación?

Buscando estaban sin duda en sus imaginaciones un medio de restablecer la normalidad deseada, de desarrugar aquel ceño de papá Carlos, de hacer al fin que plegase el periódico y que les contara una historia, cuando el

anciano, como si adivinase lo que pasaba por el alma de sus nietos, y deseoso él por su parte de no prolongar indefinidamente un estado de cosas anormal y poco agradable, permitió á sus espesas cejas recobrar poco á poco la posición normal, dejó sobre la mesa el periódico, y dijo á los chicos :

— En ese mismo libro de antiguas historias que yo leía con tanta afición durante mi niñez, lectura que, además naturalmente de los consejos y enseñanza de mi madre, formó una de las bases de mi educación primaria, recuerdo haber leído una narración que voy á repetiros, por llegar á mi memoria con rara oportunidad. Oíd.

Hubo una vez no sé dónde, ni importa saberlo, porque el lugar no hace á la cosa, un muchacho de buena familia, que una mañana se encontró solo en su habitación, confesándose á si mismo que se aburría soberanamente.

Creo que esto que voy á contaros pasaba en jueves, y que la mañana, que lo era de principios de otoño, estaba hermosísima. No creáis que, porque he dicho que el jovencito se aburría, fuese éste uno de esos muchachotes desaplicados y holgazanes como hay muchos, que, no sabiendo en qué emplear el tiempo, lo encuentran eterno y de todo se aburren y les cansa todo cuando precisamente no hacen nada... No ; el joven de quien os hablo ó de quien hablaba la historia que yo no hago más que relatar tal como creo haberla leído, era lo que se llama un buen chico, aplicado y cumplidor de sus deberes de estudiante. Precisamente aquella mañana que se aburría, acababa de levantarse, no de la cama, sino de su silla donde había consagrado dos horas al estudio, y allí estaba, dando de ello buen testimonio, el tablero de pizarra en el que aparecían trazadas algunas figuras geométricas y debajo la resolución del problema matemático que tales figuras representaban. Y al lado del tablero, junto á la ventana y al pie de un hermoso mármol representando

un tocador de flauta, preciosa obra de monumentales proporciones, veíase la mesa escritorio, ocupada en su totalidad con los libros y cuadernos del estudiante.

Digo pues que nuestro joven se fastidiaba, se aburría, y dice la historia que, después de cumplidos á conciencia sus deberes de colegial, se había levantado del sillón y, falto sin duda de cosa mejor que hacer, con la nariz pegada á los vidrios de la ventana, miraba hacia fuera, y por espacio de un buen rato se entretuvo en ver á su primo Antonio que corría por el jardín de al lado, blandiendo una escoba y en persecución de un hermoso gato, que, sin enfadarse de aquella especie de caza que se le hacía, sin duda por estar ya acostumbrado á ella y tal vez por tener la convicción de que la cosa no iba de veras, en vez de huir espeluznado ó de saltar á la cara de su perseguidor, complaciase en despistar á éste, escondiéndose detrás de los matorrales ó trepando ágilmente á un árbol ó subiendo de un salto á la tapia medianera, pero dejando siempre respectable distancia entre su cuerpecillo débil y la escoba amenazadora.

El estudiante testigo de aquella escena experimentó vivísimos deseos de ser, en la misma, actor; esto es, de tomar parte en la diversión de su primo y del gato, porque él estaba seguro de que el gato se divertía también; quizás mas aún que su perseguidor implacable.

¿Qué le impedía bajar al jardín? preguntaréis vosotros: sus deberes estaban cumplidos á conciencia; sus padres no podían oponerse á pretensión tan natural y puesta en razón... Pues entonces, ¿qué? Veréis: parece ser que nuestro joven estaba resentido con su primo Antonio, porque el día anterior sin ir más lejos... pero esperad, dejadme que os cuente esto con todos sus pelos y señales, con todos los cómo y los por qué, con todos los dares y tomares que son del caso para la perfecta comprensión del asunto.

El estudiante se llamaba César, como aquel otro estudiante de Espronceda; sólo que al de mi historia, el



nombre no podía irle peor. Porque parece que eso de César es sinónimo de batallador, de varonil, de enérgico, de obstinado, y el estudiante de mi cuento no tenía nada de eso; al contrario, era tímido como una muchachucla, é inocentón hasta dejarlo de sobra. El contraste existente entre el nombre y el carácter del muchacho se prestaba á la risa, y uno de los primeros en reírse á mandíbula batiente era su primo Antonio, el que allá abajo en el jardín andaba detrás del gato.

Éste era, como suele decirse, de la piel del diablo. No el gato, ño; Antonio, el primito, que, sin duda á causa de su carácter un tanto díscolo y de su afición á molestar á los demás, no tenía que digamos muchos amigos. Por eso, cuando no encontraba con quién jugar, viéndose reducido á la compañía de *Titas* (el gato, que según las crónicas cuentan no era gato, sino gata), veniale de perlas encontrarse con su primo César, porque, además de que hacía de él su voluntad, también le apreciaba un poco, á su manera, que no era precisamente la mejor.

Esto no quiere decir que Antonio no tuviese corazón: pero las personas que se divierten haciendo sufrir á los demás que son sus amigos, y bromean á su costa, les ocasionan el mismo daño moral que podría ocasionarles un enemigo, el más encarnizado, y á lo menos que se exponen, es á que les digan que no tienen corazón ni sentimientos.

La víspera pues del jueves de mi historia, y en tanto que César y Antonio se entretenían juntos con la *Titas* (hemos quedado en que era gata) dos amigos de colegio llegaron á ver á Antonio, quien, por no faltar á su costumbre, se divirtió á expensas de su primo, tomándole el pelo, como se dice ahora, de tal modo y con tan poco disimulo, que el pobre chico se marchó todo confuso y avergonzado, herido profundamente en su dignidad y jurándose no volver á poner los pies en el jardín de su primo.

Éste por su parte pasó una mala noche, efecto de los remordimientos que le atormentaban, y llegó hasta á con-

ferarse á sí mismo que había ido en sus bromas demasiado lejos. Como consecuencia de todo esto, tomó la resolución inquebrantable de mostrarse bueno para con su primo y de hacerle olvidar todas sus bromitas pasadas. Para poner por obra su proyecto, no tenía más que buscar á César y pedirle perdón, que él le otorgaría sin duda en el acto; pero... la pícara vanidad le retuvo, y prefirió tomar otro camino.

El otro camino fué el de bajarse al jardín. Seguro de que César le contemplaba desde su ventana, hizo como que se divertía locamente, para hacerle caer en la tentación. Y en cuanto vió la nariz de César pegada á los vidrios, redobló sus saltos y sus carreras hasta que de pronto haciendo como si por casualidad se percatase de la presencia de su primo le sonrió cual si nada hubiese pasado entre ellos, invitándole por signos á que bajase al jardín. Pero como la nariz de César seguía con obstinación pegada á los cristales, Antonio se creyó en el caso de excitar su curiosidad, enseñándole una caja cerrada y haciéndole señas de que era para él.

La nariz de César desapareció, y Antonio pudo creer su causa ganada. Ignoraba que si la nariz de su primo había desaparecido, era porque la madre de éste acababa de entrar en la habitación.

— ¿Has acabado tus estudios? — preguntó la buena señora.

— Si, mamá.

— ¿Qué haces aquí pues?

— Es que...

— ¿Qué? ¿acaso estás malo?

— ¡Oh! no; nada de eso.

— Entonces, no quiero que estés aquí encerrado. Baja al jardín, que allí encontrarás á tu primo.

No había medio de negarse á bajar al jardín sin explicar el por qué y sin acusar á su primo, cosa que á César se le antojaba y no sin razón una cobardía. Salió pues del cuarto, decidido á pasearse por cualquier lado antes que poner los pies en el jardín de Antonio.

Pero como si hubiese adivinado sus intenciones, su tía estaba á la puerta de la calle, y con el tono más natural del mundo, le dijo al verle :

— Ves al jardín ; Antonio te espera.

Y dándole amistosos golpecitos en el hombro le hizo entrar en el corredor que llevaba en derechura al jardín, al extremo de cuyo corredor se encontró con la gradinata de piedra. Desde ella se volvió, decidido á cumplir su propósito, y pudo observar entonces, no sin cierta contrariedad, que su tía, la madre de Antonio, le miraba sonriendo. Ante aquel espectáculo, no tuvo más remedio que bajar uno por uno los escalones de la gradinata; aquellos mismos escalones que bajaba de tres en tres cuando no estaba enfadado con su primo.

Cuando Antonio le vió aparecer, estuvo á punto de saltarle al cuello y de pedirle perdón. ¿ Por qué no cedió á este primer impulso generoso? Eso hubiera sido lo noble, lo bueno, lo delicado... Pero no; algo que él vió ó que le pareció ver en la cara de César detuvo su movimiento.

Pensaba Antonio que desde el momento en que su primo se había decidido á bajar al jardín por su propia voluntad no debía reflejarse en su semblante ningún sentimiento bastardo, sino la alegría, la satisfacción, el contento de ver disipada una nubecilla... ¿ Por qué pues guardaba aquella austeridad que se había impuesto, deteniéndolo en el camino de la reconciliación en el momento en que se decidiera á recorrerle? Esto era lo que preocupaba á Antonio, quien, contrariado, y sin dejar de mirar á su primo, reflexionó un momento.

De pronto se dió un golpe en la frente, como lo hiciera Arquímedes muchos siglos antes : y no gritó Eureka, como el otro, pero comprendió que había dado en la cosa. Si, debió pensarlo antes. ¿ Cómo no se le había ocurrido? César estaba allí, no por él, por Antonio, sino por la caja misteriosa que había tenido la imprudencia de enseñarle. Si, por aquello era, y no por cariño, ni por voluntad. ni

por convencimiento. Aferrado á esta idea, Antonio llegó á despreciar un poco á César, acusándole interiormente de curioso, de interesado y de egoísta.

Llegado que hubo al último de los escalones de piedra, César, en vez de precipitarse sobre la caja, con la mayor tranquilidad del mundo, se apoyó en la balaustrada y miró á su primo con aire de desconfianza.

— ¡ Estúpido ! — le gritó éste; — ¿ por qué te detienes? Ves que tengo aquí algo que te destino, y no vienes á recogerlo... ¿ Tienes miedo acaso ?

Al decir esto, el demonio de Antonio sonreía picarescamente; y no dejaba de ser tentadora la sonrisa, como lo era también, esto sobre todo, la caja misteriosa. Sin embargo, César andaba aún solicitado entre su deseo y su rencorcillo aun no extinto.

Impaciente en presencia de tanta indecisión, Antonio exclamó enseñando una vez más la caja :

— ¡ Vamos, hombre !...

De pronto, César se acordó de que se había jurado interiormente no pisar el jardín de su primo, y como éste diese en el suelo una patada de impaciencia :

— Mira, — le dijo César, — si quieres enseñarme lo que tienes ahí ó dármelo, vamos á mi cuarto de estudio ; allí estaremos mejor.

— Como quieras, — exclamó á su vez Antonio, que en lo propuesto por César veía un principio de capitulación.

Uno detrás de otro siguieron el corredor, escoltados por la gata, y los tres entraron un momento más tarde en la habitación de César, quien se apresuró á preguntar :

— Veamos, ¿ qué es lo que me regalas ?

— Esto; toma.

Y Antonio alargaba, sonriendo, la caja.

— No, despacio ; ¿ qué es lo que escondes ahí detrás ?

— Nada.

Antonio no mentía enteramente ; la verdad es que en su mano izquierda empuñaba una pala pequeña, de esas que

los niños usan para jugar con la arena, y que escondía esa mano junto á la espalda, pero esto último inadvertidamente, sin mala intención alguna.

El pobre César, en vez de demostrar desconfianza que sucesos anteriores habían plenamente justificado, debió tender la mano, tomar la caja que le era ofrecida y firmar las paces, y de este modo, nada de lo que sucedió después habría pasado.

Lo que sucedió fué que el demonio familiar que habitaba en el cuerpo de Antonio, y que dormía desde la noche antes, tomó como un reto la pregunta de César y se despertó con más malignidad que nunca, y al oído de Antonio debió soplar una de sus ideas diabólicas, porque el muchacho sonrió de un modo indefinible.

— En realidad — debió apuntarle el diablillo — sería cosa de dar una leccioncita á César para que otra vez no se haga tanto de rogar cuando le inviten á que haga las paces y á que tome lo que le dan. Cuando él tienda la mano para tomar la caja, será cosa de golpearle los dedos con la pala, pero un golpecito nada más, por supuesto : un golpecito en broma.

Y Antonio debió responder interiormente :

— Sí, eso es; un golpecillo en broma.

Decidióse al fin César á alargar la mano; pero apenas sus dedos se cerraron sobre los bordes de la caja, cuando un golpe seco le obligó á soltarla más que deprisa. Cayó la caja al suelo, abrióse con el golpe, y de su interior salió una bola de lana colorada, la que empleaba la mamá de Antonio para remendar los calcetines. En cuanto la vió rodar, la Titas saltó sobre la bola y se puso á jugar con ella dando brincos inverosímiles y cabriolas estupendas y adoptando mil posiciones á cual más graciosas, sin duda con el propósito de divertir á los dos espectadores de la escena.

Pero no estaba el horno para tafetanes, ni el ánimo de los dos primos para divertirse con las locuras del gato.

— ¡ Oh! — exclamó Antonio con sincero arrepentimien-





to, echándose á los pies de su primo : perdóname César; no quise hacerte daño; yo no queria pegar tan fuerte, no, perdóname.

César habia agarrado á su primo por las muñecas.

Por un instante, pudo creerse que, saliendo de su habitual apatía, iba á castigar severamente á su agresor...

No fué así sin embargo. Pálido de indignación, los labios temblorosos, presa todo él de sorda cólera que estaba perfectamente legitimada en aquel caso, César soltó á su primo, y sin pronunciar una palabra, digno, magnífico, le volvió la espalda, disponiéndose á internarse en sus habitaciones.

Pero aquella escena, el drama íntimo, que en el cuarto de estudio acababa de desarrollarse, tuvo dos testigos.

En el momento en que los dos jóvenes dejaron el jardín, las madres de ambos les habían visto entrar uno en pos de otro en el cuarto de César. Y como ambas estaban ó debían estar en antecedentes de la poca armonía reinante entre sus hijos, intrigadas por aquella maniobra cuya finalidad no se les alcanzaba, los siguieron sigilosamente, y ocultas tras una cortina, presenciaron la escena, que se desarrolló en menos tiempo del que se necesita para contarla.

¿ Qué sucedió después entre los cuatro? Lo que no podía menos de suceder : que los dos jóvenes fueron sometidos á minucioso interrogatorio, el resultado del cual no fué, que digamos, muy favorable á Antonio.

César declaró desde luego su propósito irrevocable de separarse lo más posible de su primo y de evitar, en lo sucesivo, todo juego en común. Y como la razón le sobraba para adoptar tan radical propósito, las dos madres lo aprobaron en absoluto, después de aprobar su conducta, inspirada en la más absoluta prudencia.

Las dos madres por su parte habían adoptado también sus resoluciones, y así fué que la de César encontró para éste camaradas y amigos con los que pudo distraerse sin encontrar muy sensible la ausencia de Antonio. Por lo que hace á este último, su madre se arregló de modo que du-

rante quince días, que á él se le antojaron inacabables, el pobre mozo no tuvo más compañía que la de la Titas, y hasta hubiérase dicho que el inteligente animal comprendía que su dueño estaba castigado á gato temporal, porque se mostró con él durante las dos semanas que estuvo en su compañía, bastante menos cariñoso y expansivo que de costumbre.

Gracias á este ingenioso arreglo, el noblote César pudo castigar indirectamente las demasias de su primo, y éste por su parte tuvo tiempo para reflexionar maduramente que el placer de producir molestia á quien no la merece ocasiona no sólo serios remordimientos, sí que también disgustos con los que quizás no se contaba.

Como las tempestades purifican la atmósfera, la crisis violenta producida por el golpe de pala sirvió á purificar el ambiente de animosidad que rodeaba á los dos primos, y al cabo de dos semanas las dos madres, que eran inteligentes, prepararon una reconciliación: César y Antonio fueron los mejores amigos del mundo.

La vida, — dijo después de una ligera pausa y á modo de conclusión el anciano papá Carlos, — es un combate continuado; eso lo sabe todo el mundo. Los combates tienen su lado bueno, pues contribuyen á mantener el espíritu despierto; pero es necesario que los combatientes peleen con armas corteses. El deseo de molestar á los prójimos, de herir su susceptibilidad, de abusar de su bondad ó de su flaqueza, constituye una mala cualidad que no puede clasificarse entre las armas corteses.

Que no se os olvide esto, — añadió luego, mirando con cierta severidad á sus nietos,

## EL PALACIO Y LA CABAÑA

— Muchas veces, — dijo papá Carlos aquella noche, — habréis leído en la cuarta plana de los periódicos un anuncio que se encabeza con dos nombres : César y Minka. ¿Sabéis quiénes eran César y Minka? Dos hermanos, pero no dos personas, no ; dos perros que debieron alcanzar cierta celebridad, si hemos de juzgar por lo muy conocidos que son sus nombres, que hoy dan título á una empresa comercial dedicada exclusivamente á la venta de perros.

Pues bien, lo mismo que César y Minka, Mimi y Coradino eran hermanos, con la diferencia de que éstos eran gatos en vez de ser perros. Algunos días después de su nacimiento, Coradino fué regalado á un noble señor que habitaba su castillo en un pueblo cuyo nombre se me olvidó hace mucho tiempo, y Mimi tuvo la desgracia de que lo condenaran á sufrir un baño en el río, con una piedra atada al cuello; pero intervino oportunamente una buena alma, la tía Rita, madre de uno de los guardabosques del noble señor, y Mimi fué salvado milagrosamente de una muerte espantosa.

La tía Rita, al volver una mañana del mercado, operó el salvamento que acabo de anunciaros; y tomando al gato cuidadosamente, lo metió en un bolsillo de su delantal: y el gato debió encontrarse allí tan á gusto, tan lleno de dulce confianza su corazón, que aun cuando sólo contaba cuatro días de edad, balbuceó un voto de gracias á la anciana, exclamando en lengua gatuna: ¡Miii... Miii!...

— Bueno, — dijo la tía Rita alegremente, — pues te llamarás Mimi.

Y se llamó Mimi.

El gato de un noble señor no está destinado, por lo menos bajo el punto de vista de la igualdad de clases, á codearse con el gato de un guardabosque; sin duda por eso la primera vez que se vieron los dos hermanos, Coradino hizo á Mimi alguna indicación en este sentido. Pero Mimi opinaba que un gato, se entiende, si es un gato honrado y decente, vale por lo menos tanto como otro, y así entendiéndolo, volvió sin ceremonia la cola al animal del noble, — quise decir al gato del aristocrático señor, — y, á partir de aquel día, los dos hermanos dejaron de verse.

Tenia el noble de mi cuento un hijo, muchacho de diez años; y el guardabosque una hija, casi de la misma edad. Cada uno de los gatos tenía, como misión oficial, la de jugar con su amo respectivo; pero he aquí que Coradino, mientras se acurrucaba junto á la chimenea, iba pensando allá en sus adentros: « Mi amito tiene trajes de raso, mientras que la amita de Mimi lleva sayas de lana. » Y era verdad, como también lo era que el niño del noble crecía revoltoso como un diablejo, y la hija del guarda era la formalidad en persona á los diez años. Y esto era muy de tener en cuenta.

No obstante las diabluras del hijo del noble, Coradino, ufano con el esplendor de su grandeza, vivía relativamente feliz en el castillo; tan feliz como lo era Mimi en la cabaña donde pasaba la vida más holgazana que puede desear un

gato. Así es que la suerte de ambos hermanos fué muy semejante hasta que llegó el momento en que los dos amitos respectivos estuvieron en edad de aprender alguna cosa seria.

La tía Rita enseñó á la muchacha el arte de hacer calceta, en el que era la anciana una verdadera notabilidad; y la esposa del noble señor quiso que su hijo aprendiese el arte de aporrear las teclas del clavicordio, arte que ella tenía casi olvidado, y en el cual no logró distinguirse nunca.

El arte de hacer calceta es una de las más nobles conquistas realizadas por el ingenio femenino sobre el imperio inmenso del peor, del más temible de los enemigos que tiene la humanidad; me refiero al ocio. No sé qué filósofo ha dicho que la causa principalísima de los males que afligen al género humano estriba en el poco cariño al hogar doméstico. ¿Por qué ese poco cariño? Sencillamente, porque las tres cuartas partes de la humanidad se aburren soberanamente en el hogar. Dad á la humanidad que se aburre agujas y lana, enseñadle á hacer calceta, y ya dejará de aburrirse y por lo tanto de pensar mal, de hablar mal y de obrar peor.

— Sí, sí, no hay que reírse: la calceta es el más moral y el más sociable de todos los artes. Esta frase no es mía; la han dicho algunos sabios y, antes que ellos, nuestros abuelos, que sabían como nadie vivir honradamente. S una mujer está sola, en la calceta encuentra fiel y honrada compañía; si está con estúpidos, le da fuerzas para soportar sus estupideces; cuando el marido ó el padre lee el periódico junto á su mujer ó su hija y no interrumpe la lectura más que para emitir sus ideas particulares sobre la política, la guerra, los libros, los cuadros, las estatuas ó los oscilaciones de la Bolsa, llena la calceta los vacíos enormes de la conversación; ocupa lo bastante para impedir que la mujer que con ella se entretiene se crea desairada, para impedir que tome aires de victima, para impe-

dir que suspire con impaciencia, para impedir que se apodere de ella el mal humor ; y al mismo tiempo, deja libre el espíritu y la imaginación para poder contestar preguntas ó replicar á objeciones. En una palabra, la calceta, no obstante su aparente insignificancia, moraliza las costumbres y hace flexibles los caracteres.

En esa atmósfera bendecida de la calceta vivía la familia del guardabosque feliz y dichosa. La hija del modesto servidor se pasó sus diez primeros años viendo el ir y venir constante de las agujas diestramente manejadas por las manos aun no temblorosas de la tía Rita ; y todo, en este espectáculo que parecerá á muchos tan monótono, la divertía mucho : el repiqueteo de las agujas, el movimiento dulce y pausado del pelotón á medida que la lana va desenrollándose, y, más aún que todo eso, la sonrisa beatífica y reposada de la abuela. Y muy á menudo, siguiendo con la vista todos aquellos rápidos movimientos, exclamaba la muchacha : « ¡ Oh ! ¡ cuando sabré yo hacer calceta así!... »

Pero la abuela, que no tenía pelo de tonta, la dejó suspirar bastante tiempo antes de concederle la dicha apetecida, hasta que por fin un día la inició en los misterios calceteriles. Entonces empezó para la niña una serie de alegrías imponderables, cuando las mallas se juntaban á las mallas sin una chapucería, y también algún que otro rato de desesperación cuando por casualidad se le escapaba un punto. Pero entonces acudía al remedio, que estaba siempre á su lado en forma de tía Rita, y ésta, con su habilidad incontestable, reparaba al instante el entuerto atrapando el punto perdido.

Espectador silencioso é inmóvil de todas estas inocentes alegrías, Mimi tomaba en ellas su parte no pequeña. A las veces se permitía el lujo de jugar un momento con el ovillo de lana, para recobrar en seguida gravemente su puesto en el hogar. Se encontraba muy bien en medio de aquella paz que parece ser el ideal de todos los gatos, ani-

males sedentarios y contemplativos de suyo; amaba sin duda aquel silencio de dos personas que sentían y que pensaban al unísono sin necesidad de hablarse, silencio grato, muy diferente del penoso que impone el fastidio ó el enojo. El animalito engordaba que era una bendición, y con esto está dicho todo.

Una mañana, después de ensalivarse bien la cara, limpio ya, ágil y dispuesto, abandonó Mimi la cabaña hospitalaria del guardabosque, y después de una sucesión de saltos en los que demostró toda la agilidad y ligereza propias de los animales de su raza, encaramóse sobre el techo del conejar y allí, muellemente sentado en la paja, se dispuso á tomar un rato el sol, sin perjuicio de dormir una siestecita, caso de que le acometiese el sueño. Y ya se le entornaban los ojillos verdosos, cuando vió que hacia él iba acercándose un gato delgado, casi una sospecha de gato, con todos los pelos de punta y la mirada hosca, que infundía pavor, haciendo prodigios de equilibrio sobre la tapia erizada de cristales puntiagudos.

Mimi miró con cierta desconfianza al que llegaba á turbar su reposo; la verdad era que su aspecto no tenía nada de tranquilizador.

¡Quién había de sospecharlo! El gato flacucho era Coradino en persona, que llegaba en demanda de protección.

— Escóndeme en cualquier parte; méteme en el granero ó en la cava, donde se te antoje; soy un desdichado, un miserable, un proscrito, un criminal.

¿Que qué crimen había cometido? ¡Una friolera! Arañar espantosamente al señorito. ¿Que por qué había arañado al hijo del noble señor? Pues porque el niño lo convirtió en una víctima desde que lo tuvo consigo; porque lo atormentaba de continuo, y porque había acabado por hacerle perder la razón, á él, que era un gato decente y digno, siempre dispuesto á la humildad y á la benevolencia. ¿Le parecía poco á Mimi? ¿No hubiera hecho él lo mismo en su caso?

Mimí era reflexivo por naturaleza, serioso por temperamento y filósofo por afición; todo lo cual hizo que al momento no quisiera dar la razón á su hermano; así es que, antes de pronunciarse en favor de éste, quiso conocer al detalle los motivos de queja que pudiese tener de su joven amo, para juzgar luego si los arañazos habían ó no sido aplicados en legitima defensa y con arreglo á la más estricta justicia.

Entonces Coradino contó su historia. ¡Válgame Dios, qué historia más lamentable la del infeliz!...

Figuraos que el hijo del noble señor le molestaba de continuo sin darse por enterado de las protestas de Coradino, quien como aun no osaba enseñar las uñas, por cortesía primero y por temor después de que su situación empeorase si él pasaba á vías de hecho con su atormentador, limitábase á gruñir, creyendo de buena fe que sus gruñidos servirían de aviso y que el resultado inmediato de los mismos iba á ser para él la paz de que tanto necesitaba...

Pero todas aquellas pequeñas molestias con un poco de buena voluntad resultaban soportables, pues tenían como compensación la buena pitanza con que le era dado regalarsé en el castillo de su noble amo, la blandura y suavidad de los cojines de seda en que le permitían dormir sus interminables siestas y la agradable temperatura de que, en todo tiempo, disfrutaba en la aristocrática vivienda, sin contar las caricias con que los visitantes del ilustre prócer parecían quererle desagraciar de las impertinencias del niño.

Un día llegó sin embargo en que las cosas cambiaron de tal modo que la situación del pobre Coradino se hizo de todo punto insostenible.

Figuraos que, en uno de los salones del castillo, se reunieron los tres habitantes principales de la mansión señorial: el noble, su señora esposa y el vástago unigénito de aquel matrimonio.





La reunión tenía un objeto importantísimo : el de elegir para el niño una profesión.

El padre, que jamás se distinguió por su talento, pretendía hacer de su hijo un sabio, para que su nombre, aclamado en el mundo, pasase á la posteridad iluminado por la resplandeciente aureola de la gloria. Y consecuente con este propósito, fué poniendo sobre la mesa, delante del muchacho, libros y más libros de filosofía, de historia, de ciencias, de viajes, para ver cuál de aquellas especialidades llamaba más su atención, y de este modo fijar el curso de los estudios sucesivos que esperaban al chico, quien, al igual que su progenitor ilustre, discurría como un salmonete.

En dicho examen estaban padre é hijo, cuando la madre, que hasta entonces permaneciera callada y cosiendo junto al balcón, interrumpió su tarea y levantando la mano para gesticular doctoralmente, dijo :

— Es inútil que te canses en mostrar á nuestro hijo todos esos librotos que no dicen más que mentiras. El niño tiene ya profesión señalada, ó por lo menos, que le señalo yo.

— ¡Ah! pero ¿qué entiendes tú de eso?— preguntó el noble un tanto amostazado, mientras el muchacho miraba á su madre con estupefacción.

— ¿Que qué entiendo? más que tú. ¿Acaso no somos las madres las que descubrimos antes que nadie las inclinaciones de nuestros hijos?

En vez de contestar directamente á esta pregunta, el prócer se arrellanó en el sillón mientras su mujer decía :

— El niño será músico; sus aficiones le llevan por ese camino.

Una expresiva mueca del buen señor dió á entender que no comprendía en qué pudo fijarse su esposa para descubrir en el muchacho aficiones musicales. ¡Como no fuera en los solfeos que con frecuencia propinaba al gato!...

— Pues sí, — siguió diciendo la buena señora: — nuestro hijo será músico, será artista célebre, y desde mañana va á empezar sus lecciones, porque, sin que nadie lo sospechase, yo he hecho venir un clavicordio en él que aprenderá cuanto le enseña el organista, avisado también por mí para que se encargue de la enseñanza musical de Augusto.

Era verdad cuanto decía aquella señora. Allí estaba el piano primitivo esperando ser maltrado por las inexpertas manos de Augustito, siendo la llegada del instrumento la causa ocasional de las desgracias de que Coradino había ido á quejarse á su hermano Mimi, y acerca de las cuales hablaban los dos, encaramados sobre el tejado del conejal. Dejo pues la palabra al gato infeliz.

Refería Coradino á Mimi su mala ventura, asegurándole que ésta comenzó con formalidad, es decir, á hacerse inaguantable, el día en que unos hombres, con gruesos zapatos calzados, y vestidos con trajes de lienzo azul, llevaron al castillo de su noble amo una caja grandísima de madera, que ellos llamaban un piano. Todas las mañanas la señora obligaba á su hijo Augusto á que se sentase ante aquella caja, y empezaba el jaleo; el niño no quería sentarse, lloraba y pateaba, asegurando que no le daba la gana de tocar; la madre exhortaba primero y concluía por enfadarse; el noble echando sapos y culebras por aquella boca contra su mujer, su hijo y el piano, cogía el sombrero y desaparecía como alma que lleva el diablo; en fin que la casa se convertía en un infierno, sobre todo para él, para el pobre Coradino. Ya se sabe que en la casa donde se riñe, es siempre el gato quien paga culpas ajenas.

Después de esta hermosa descripción de la paz doméstica que reinaba en el castillo, Coradino enteró á Mimi de cosas estupendas: le explicó que la caja cuadrada se abría, ofreciendo entonces á las miradas una larga línea de pedazos de marfil y de ébano; que cuando el señorito pon a

sus dedos en esos pedazos, salían de la caja sonidos sobrenaturales, espantosos, de modo tal que á veces semejaban las roncadas voces de una jauría de perrazos enormes corriendo en persecución de un gato loco; otras veces, los chillidos de todo un batallón de ratas gigantes capaces de devorar un gato hecho y derecho; y otras aún, una mezcla de gritos, aullidos, golpes, horrisona, mareante. Desde que los tales ruidos comenzaban á dejarse oír, á Coradino se le ponía todo el pelo de punta, erizándosele de horror, en tanto que sus desdichados nervios se le retorcián bajo la piel, temblona á consecuencia del estrépito.

— Para que veas que tengo razón, — siguió diciendo Coradino, — te diré lo que me ha sucedido hoy mismo, hace un momento; por eso me ves temblando aún y por eso he venido á pedirte que me escondas.

— Veamos; cuenta.

— Pues figúrate que mi señorito, aprovechándose de una ausencia de su madre, ha tenido una inspiración diabólica; ¿que dirás que ha hecho?

— ¡Vaya usted á saber!

— Pues, no contento con desesperarme haciendo mucho más ruido que otras veces, ha ido á buscarme al rincón donde estaba acurrucado, y, cogiéndome por el cogote, me ha obligado á dar un paseo por encima de los pedazos de marfil y de ébano. ¡Cuidado que yo le advertía lanzándole miradas furiosas, echando hacia atrás mis orejas, jurando como un carretero y retorciéndome de rabia en el paroxismo de mi sufrimiento!... Pero el señorito, como si tal cosa, sin darse por entendido, siguió paseándose por allí, y cada pisada mía arrancaba á la caja un ruido espantoso: entonces perdí completamente la cabeza, y, enderezándome de un bote, le largué dos arañazos de padre y muy señor mío, y hui como alma que lleva el diablo. ¡Caramba! ¿qué habrías hecho tú en mi lugar? Me parece que, bien mirado, yo he procedido en legítima defensa..

Mimí bostezó largamente, se estiró sin levantarse, y de nuevo adoptó su anterior posición esperando en silencio el final de la historia.

— En cuanto largué los zarpazos, el señorito se puso á llorar como un becerro, y á sus lamentaciones acudieron, como puedes figurarte, todos los habitantes del castillo. Yo miraba la escena desde mi escondite, debajo del sofá; y como un criado al salir en busca de vinagre dejó la puerta abierta, aproveché tan hermosa ocasión para salir trotando, y aquí me tienes.

— Conste que yo no he hecho más — dijo papá Carlos al llegar á este punto, — que reproducir, con la mayor exactitud posible la deposición hecha por Coradino; y aun cuando aquí no hay pianista alguno de profesión que pueda ofenderse, no por eso me creo menos en el caso de declarar que yo me guardaré muy bien de hacer más las apreciaciones del ilustre gato acerca del instrumento vulgarmente llamado piano; me guardaré bien, porque el piano es un enemigo terrible; como las nubes generadoras de las tempestades, encierra en su seno tormentas formidables que desencadena á placer sobre sus detractores todos. Por eso digo que no quiero hacer coro al gato de mi cuento, limitándome á desempeñar el papel de simple repetidor de la opinión ajena, papel que no compromete mucho, me parece.

Acabo. Mimí tomó á su vez la palabra devolviendo á su hermano confidencia por confidencia; y de la comparación que hicieron luego de sus respectivos destinos, tan diferentes entre sí, sacaron como consecuencia este axioma, que desde entonces tiene curso corriente entre los gatos: « Vale más cabaña donde hay calceta, que castillo donde hay piano. »

Y ahora, por mi propia cuenta, os diré que, salva la opi

nión, sin duda respetable de los señores gatos, ese axioma es demasiado restrictivo: creo sinceramente que debenhacerse algunas honrosas excepciones que, seguramente existen, aunque no sea más que para justificar la regla general. De otro modo; creo que hay pianos y pianos, y por lo tanto pianistas y pianistas.

Y después de referida la verídica historia de dos hermanas, y rendido por mi parte pleito homenaje á la verdad, no teniendo nada más que decir, me callo por esta noche.

---



## LA LIMOSNA

— Tengo la seguridad de que mi historia de esta noche ha de interesaros en alto grado. Pertenece también, como algunas de las que os llevo referidas, al número de las que, siendo yo un muchacho, leía con avidez en el libro del que también he hecho mención y que, como sabéis, me sirvió de mucho para mi vida futura, por las sabias enseñanzas que supe deducir del mismo.

Así habló papa Carlos, y después de un momento de pausa, aprovechado sin duda para coordinar ideas, prosiguió en esta forma :

— Oid la historia, y fijaos en que digo historia, esto es, narración de cosa sucedida.

Blanca era una jovencita de trece años, hija única del señor Juan de Giralt y de Catalina Surroca, pacíficos burgueses de la buena ciudad de Barcelona, entonces como ahora, una de las primeras, la primera tal vez de toda España.

Era el señor Juan Giralt un sencillo mercader de telas, lo que no le impedía ser uno de los más acaudalados comerciantes barceloneses y uno de los hombres más respetados de Cataluña por su honradez acrisolada, por su conducta intachable y por las muchas virtudes cívicas que hacían de él un ciudadano modelo.

Por aquel tiempo, es decir, hacia el año 1430, Barcelona gozaba ya de justo y universal renombre por sus tejidos, en la fabricación de los cuales no había ciudad en España que pudiera aventajarle, ni aún siquiera irle á los alcances; y gracias á tal reputación, tan sólida como bien fundada, la ciudad de los condes proveía de los tejidos, que fabricaba en sus talleres siempre en movimiento, no sólo los principales mercados españoles, sí que también el Rosellón, la Provenza, parte de Flandes, donde la competencia era viva, y aun algo de Inglaterra y del país teutónico hasta donde llegara el renombre siempre creciente de los tejidos catalanes. Dicho esto, convendréis conmigo en que la cosa más natural del mundo era que el síndico del gremio de tejedores figurase en primera línea entre los habitantes de la ciudad trabajadora por excelencia.

Este cargo de síndico desempeñábalo desde algunos años antes á la fecha en que ocurrieran los sucesos que voy á relataros el señor Juan de Giralt, con beneficio notorio de los intereses del gremio y aún de la ciudad, y también podría añadir con el beneplácito de todos, si añadir tal cosa no fuese aventurado, porque, ¿quién en este mundo no tiene enemigos? El señor Juan de Giralt los tenía en gran número y no de los menos poderosos, y estos enemigos procuraban cuanto le era posible amenguar la popularidad del síndico, crear contra él atmósfera malsana y desprestigiarle en el concepto de los demás ciudadanos, imputándole como crimen hasta su misma caridad, presentándole como un ambicioso vulgar, y asegurando que si tenía la mano abierta para todos, era porque deseaba rolearse de partidarios incondicionales que le sirvieran de

escabel para encaramarse á las altas posiciones que ambicionaba escalar á toda costa.

Con efecto, la casa que Juan de Giralt habitaba en la calle de Moncada era como el punto de cita de todos los indigentes de la ciudad; no había uno que no conociese su fachada severa de ancho portal y estrechas ventanas coronadas de pequeños arcos labrados en los sillares, y su patio embaldosado, grande, alegre, y la escalera de mármol situada frente al portal, en el ángulo izquierdo de aquel patio donde esperaban reunidos los pobres la limosna que nunca dejaban de recibir.

Pero más aún que la casa, conocían los desheredados de la fortuna el alma misma de la casa, la santa y hermosa Catalina Surroca, la madre de los pobres, la protectora de los afligidos.

Joven aún, activa y hacendosa, Na Catalina era esposa dignísima de Juan de Giralt á quien secundaba admirablemente con abnegación nunca desmentida, con celo jamás cansado, así en sus asuntos particulares, como en sus buenas obras. Cuando detrás del amplio tablero que servía de mostrador se instalaba Na Catalina con autoridad mayor aún que la de la reina que se sienta en su trono, era tan expresiva y dulce su mirada, tan modesta su actitud, tan afable su trato, que todos los clientes se disputaban el honor de tratar con ella los negocios. Y encontrándola soberbiamente hermosa, y de continente noble y gentilísimo, bautizáronla con el título de reina de Moncada.

No era sin embargo detrás del mostrador donde Na Catalina reinaba en soberana: era por las mañanas en el patio, donde recibía en corte á sus pobres, los momentos en que ella era reina, reina incontestable de aquella legión de proletarios y mendigos á quienes obligaba á sentarse en torno de larga mesa en la que encontraban reconfortante alimento que ella misma les servía con sus propias manos finas y delicadas, blancas como el ampo de la nieve. Y luego, terminada la comida, al despedir á sus súbditos,

alargaba al uno una limosna, al otro un traje, á todos y á cada uno y cuando menos, alguna palabra de esperanza, una frase cariñosa y consoladora.

De este modo vivían los dos esposos compartiendo los deberes de su existencia honrada; pero su alegría más pura, la dicha de su vida, habíanla concentrado en su hija Blanca.

¿He dicho ya que Blanca tenía trece años? Bueno, pues ahora añadiré que era alta y bastante desarrollada para su corta edad; y á más de eso tan buena como su madre, tan afectuosa como su padre, pero con un defectillo incipiente, propio si se quiere de su edad, pero que nadie habria sospechado en la hija de padres tan humildes. Blanca era vanidosilla, casi casi orgullosa. Había oído repetir tanto que su madre era una reina que ella llegó á creerse una princesa, y trataba desde lo alto de su orgullo á todos aquellos á quienes consideraba como inferiores.

Bien porque su madre hubiese conocido aquellas tendencias á la vanidad estúpida, bien porque deseara educarla en la práctica de la virtud, lo cierto es que Na Catalina asociaba á Blanca á su obra de caridad, obligándola á asistir al servicio diario de los pobres; y Blanca obedecía siempre, pero no sin murmurar en voz muy queda contra lo que la niña consideraba como un rebajamiento de su dignidad.

Si en realidad la madre conoció esta poco agradable inclinación de su hija, y todo hace suponer que sí hubo de conocerla, cerró los ojos ante tan reprehensible defecto y aparentaba desconocerlo, pero no permitió jamás que Blanca se dispensase del ejercicio de sus prácticas caritativas.

Un día, terminada ya de buen rato la comida de los pobres, ocupábase la buena señora en colocar ordenadamente los platos y copas que sirvieran para la comida en un gran armario que ocupaba el testero del cuarto grande del patio, ayudándola en tal faena sus servidores, cuando, en un momento dado, pudo ver, sentada en el primero de los pelda-

ños de la escalera de mármol á una pobre mujer que, entre sus brazos casi desnudos, estrechaba un niño de pocos meses.

La dama, desde el interior del cuarto, observaba á la mendiga, mientras pensaba como consecuência de su examen :

— La pobre ha llegado tarde, y le da vergüenza de pedir un socorro. Y sin embargo, tiene cara de hambre ; ¡oh! sí, ese semblante acusa necesidad.

La caridad habló en ella, y llamando á Blanca :

— Vé, — le dijo — y entrega á esa pobre mujer una cazuela con la sopa que ha sobrado; la pobre tiene mucha necesidad, no hay más que verle la cara.

La muchacha debía estar sin duda en un momento de mal humor, porque sin reparar en que era á su madre á quien hablaba, dijo :

— Pero, mamá, yo no soy menos que una criada para tener la obligación de humillarme así delante de una pobre. ¿ De qué puede servirme tanto rebajamiento ?

Na Catalina se quedó un momento sin poder contestar ; de tal modo la sorprendía y afectaba dolorosamente el lenguaje de su hija.

Por fin, después del primer instante de sorpresa, y respuesta un tanto de su emoción, dijo :

— ¿ Tú eres hija mía ? ¡ No, imposible ! Si lo fueras, no te atreverías á hablar de ese modo del honor más grande que puede darnos la riqueza, honor del que yo me privo para hacerte aprovechar de él, llamando de este modo sobre tu cabeza las bendiciones del cielo.

Blanca escuchaba en silencio las palabras de su madre, palabras llenas de amargura, pero dichas sin cólera ; y creyéndola bien dispuesta, la caritativa dama tomó en sus manos la escudilla llena de sopas humeantes que acababa de traer un criado, y colocándola, sin decir una palabra, en las de la niña, empujó á ésta suavemente hacia la puerta.

La figura de la mendiga se iluminó con una sonrisa al ver el interesante grupo formado por madre é hija; y cogiendo en su mano temblorosa la escudilla que le alargaba Blanca:

— Gracias, — dijo; — mil gracias, mi buena señorita; quiera Dios asistiros en vuestras penas como vos me habéis socorrido en mi desgracia.

Blanca, oyendo el efusivo lenguaje de la pobre, bajó la cabeza avergonzada. En su fuero interno abrigaba la convicción de que no era merecedora de la gratitud de aquella mujer, y luchando en su interior la vanidad con su honradez innata, exclamaba bajo, como siempre, al abandonar el patio para volver al lado de su madre:

— ¿Qué necesidad tengo yo de los votos de esa desgraciada?

No había de pasar mucho tiempo sin que la orgullosita se convenciera de que ella estaba tan necesitada de los votos de misericordia de un pobre, como cualquiera otro: como el más andrajoso de los mendigos.

El señor Juan de Giralt, que, además de síndico del gremio de tejedores era *conceller en cap* (presidente de la municipalidad, hallábase en aquellos momentos ausente de Barcelona, diputado para gestionar asuntos locales de gran interés, en compañía de otros dos *concelleres* ó regidores. De esta circunstancia aprovecharon sus enemigos políticos para tentar una sublevación del pueblo, como lo efectuaron. Había que justificar de algún modo la intentona, y los revoltosos propalaron la especie de que el *conceller en cap* proyectaba un golpe de traición en virtud del cual debía quedar en posesión de un puesto muy superior al que venía ocupando y de una fortuna considerable que debía permitirle resarcirse de sus dispendios y llenar los huecos que, en su caja, hicieran sus extrañas prodigalidades.

En todas partes, hasta en las poblaciones más cultas, hay siempre, y hubo en todos tiempos una masa anónima, carne de revolución, como sedimento que es de revolucio-

nes anteriores, siempre dispuesta á echarse á la calle, á seguir al primero que levanta una bandera sediciosa, sea ésta la que fuere. Así sucedió entonces, y los enemigos de Juan de Giralt no tardaron en encontrar algunos miserables á quienes azuzaron aquella noche, cuando todo en la ciudad dormía, para que, sin perjuicio de la recompensa estipulada, se entregasen al pillaje al grito de: « ¡ Muera Juan de Giralt ! ¡ abajo los concellerses ! »

Parte de los sediciosos se dirigieron á la casa de Giralt, seguros como estaban de encontrarla sin defensores, pues que el dueño estaba ausente de ella y de la ciudad. Esta circunstancia iba á proporcionarles ocasión de recoger un botín espléndido. Los demás conjurados tenían orden de entrar á saco en los domicilios de los restantes concellerses.

Vociferando como energúmenos, aullando como fieras, los miserables que formaban la horda lanzada contra la morada de Giralt desembocaron en la estrecha calle de Moncada, sitio entonces donde residían los más nobles ciudadanos catalanes.

La luz siniestra de las antorchas y el estruendo que movía la masa al moverse despertaron á Na Catalina, quien aun sin saberde lo que se trataba, tuvo, sin embargo, lucidez de pensamiento para comprender que lo interesante era huir, por lo que, vistiéndose á puñados, sin cambiar siquiera la coqueta cofia blanca en que recogía de noche su espléndida cabellera, tomó en brazos á su hija aun dormida, y salió con ella del palacio por una puerta que, de ordinario, no se utilizaba en el invierno.

Completamente á oscuras, se encontró Catalina en una calleja solitaria, donde se acabó de despertar Blanca, aun casi desnuda, pues su madre la sacó de la cama tan sólo envuelta en los lienzos de la misma. Y así, sin vestidos, la que se creía princesa tuvo que seguir á su madre, destrozándose los pies delicados, que llevaba desnudos, en el piso infernal de aquellas calles sin pavimento.

Heladas de terror, perdida la cabeza, las dos fugitivas

recorrieron unas tras otras varias calles desiertas, saliendo en seguida á orillas del mar. Buscaba Na Catalina con la vista una barca cualquiera, que habría sido quizás su salvación, y no encontró ninguna. En cambio, en el mismo momento, la luz rojiza de los incendios llegó á reflejarse sobre las aguas casi inmóviles, mientras á lo lejos percibiase confuso rumor de una pandilla que se acercaba, dando gritos de muerte y blandiendo las siniestras antorchas. No era posible escapar, rodeadas como estaban de peligros por todas partes: de un lado el agua, del otro el fuego, del otro el puñal de los asesinos.

Marchando á la ventura, Catalina reanudó su carrera á lo largo de la orilla del mar, seguida siempre de Blanca que tiritaba bajo su escaso abrigo; pero los gritos se escuchaban cada momento más cercanos, y era indudable que los facinerosos iban á alcanzarlas... Corrieron así aun unos momentos, internándose al fin en el barrio marítimo, del que atravesaron una, dos, varias calles solitarias. Blanca ya no podía seguir á su madre, y á esta misma le flaqueaban las piernas, negándose á sostenerla.

De pronto, Catalina vió brillar en el ángulo de una callejuela la débil luz de una lámpara suspendida ante una imagen de la Virgen, adosada al muro de una casa de miserable apariencia.

— ¡Madre Santa de Dios, — gritó la infeliz arrodillándose ante la hornacina, — salva á mi hija!...

En este momento, la puerta de la casa se abrió discretamente, y una voz dulce murmuró en la oscuridad:

— ¿Sois vos, Na Catalina?

Al rumor de aquella voz desconocida, pero que parecía prometer socorro, la fugitiva cogió á su hija en brazos y se precipitó hacia la puerta que se abría para darle paso.

Un momento después, Blanca, siempre envuelta en su sábana, de pie en medio de humilde estancia, tendía sus brazos á una imagen de la Virgen colgada en el muro, y le daba gracias en voz alta por haberlas salvado á ella y á





su madre del atroz peligro. Na Catalina, detrás de la puerta, respiró al ver á su hija en lugar seguro, y sólo entonces fué cuando comprendió que debía enterarse de quiénes eran sus salvadores.

Dirigíase hacia la entrada, cuando confuso rumor de voces proveniente de la calle la hizo detenerse allí, en el pasillo, y retener la respiración temiendo que por ella pudieran descubrirla.

Las voces se oían ya distintamente: eran las de los conjurados.

— Estoy seguro de que han venido por aquí, — gritaba uno de los energúmenos; — he visto bien la sábana en que se envolvía la chica, flotando azotada por el viento.

— Si han pasado por esta calle, — añadió otro, — es porque pensarían esconderse en casa de Pallerols, el conceller del barrio marítimo. Está cerca de aquí.

— Hemos de dar con ellas, vivas ó muertas, — agregó un tercero; — siquiera sea para vengarnos. Acaban de decirme que el golpe nos ha salido mal, que han matado á nuestro jefe. Esas mujeres nos servirán de rehenes contra la cólera del conceller en cap.

— Pues andando, — dijo otra voz, — á forzar la casa de Pallerols y á apoderarnos de ellas; pero pronto; bastante tiempo hemos perdido ya en discutir tontamente.

La banda insurrecta reanudó sin duda su interrumpida marcha, y, momentos después, el silencio más profundo reinaba en la calle desierta.

Temblando como la hoja en el árbol, muerta de terror, paralizada por el miedo, Na Catalina había escuchado las horribles palabras, sin atreverse á dar un paso, sin osar alejarse de aquella puerta que constituía una débil muralla contra los crueles enemigos.

Pero apenas éstos se hubieron alejado, la infeliz señora sintió que la estrechaban con suavidad y dulzura una mano, é inconsciente casi, se dejó guiar; unos cuantos pasos por el mismo corredor que ya antes recorriera basta-

ron para llevarla de nuevo á la humilde habitación en que quedara su hija.

Allí estaba Blanca, sin haberse querido acostar en la pobre cama, esperando llena de pavor la llegada de su madre. También la niña había oído el rumor del paso de los asesinos, y su sangre estaba aún casi paralizada en las venas.

Una vez en sitio seguro é iluminado, Na Catalina, después de abrazar largamente y en silencio á su hija á quien consideraba ya salvada, volvióse para dar gracias á su salvador: y no pudo contener un grito que se escapó de su pecho, al reconocer en la desconocida persona que con tanta oportunidad las había recogido, á la infeliz mendiga á quien el día antes socorriera ella con una cazuela de sopas.

Entonces, la noble señora, la esposa del conceller en cap, la reina de Moncada como la llamaban todos, ciñó sus brazos al cuello de la pobre, y con voz temblorosa por la emoción hondísima, con lágrimas en los ojos y en la garganta:

— Gracias, — le dijo, — gracias mil, buena mujer, porque ha salvado usted á mi hija única.

Conmovida también profundamente ante la actitud de su ilustre huésped, exclamó la pobre:

— Dios ha querido permitir que tome mi desquite, que pague, en la medida de mis fuerzas, el bien que se me hizo; falta yo de leche para nutrirle, mi hijo se moría; la limosna de esta niña bastó para salvarle la vida.

Blanca, con la cabeza baja, gemía en silencio.

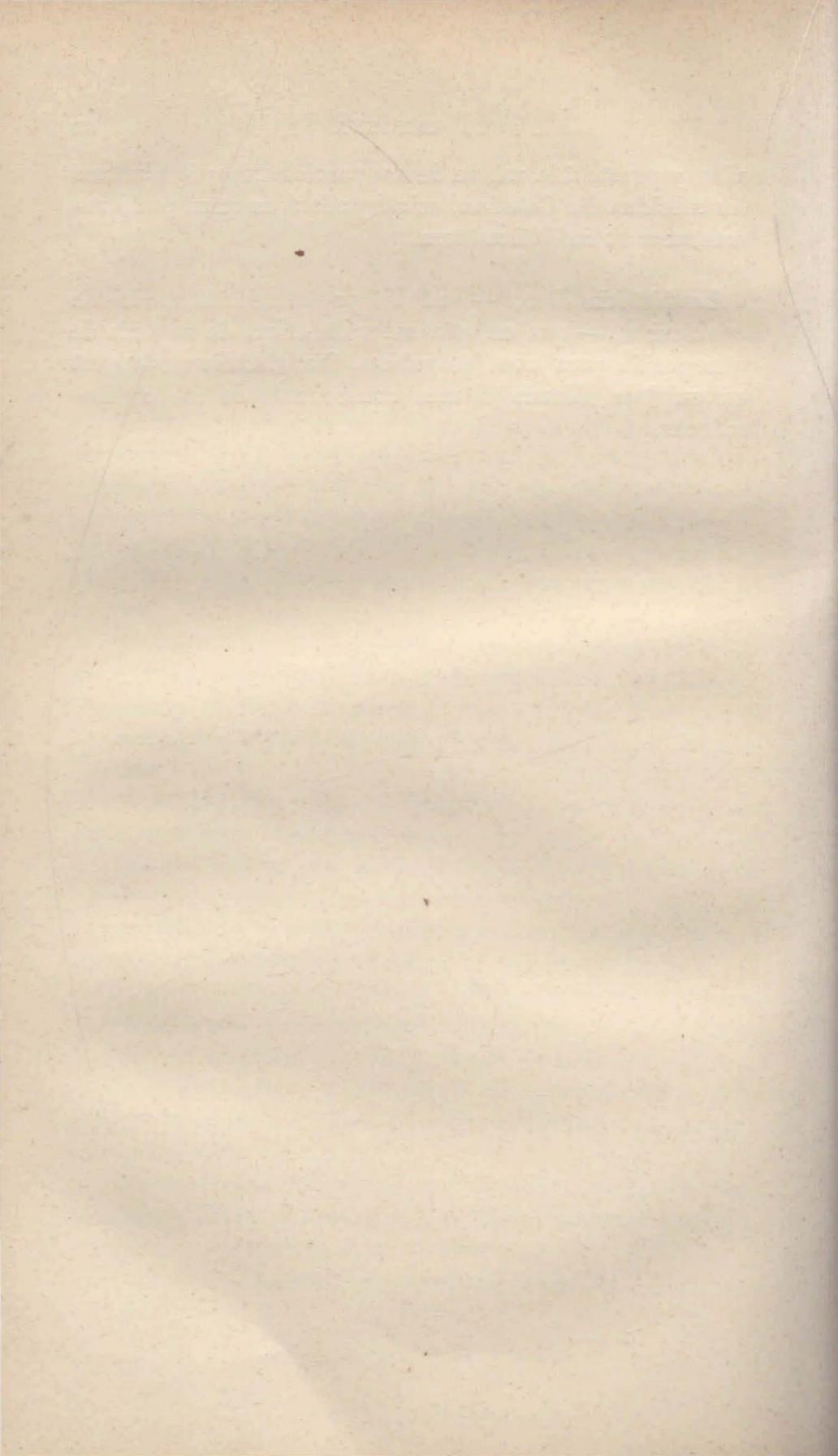
— Buena mujer, — dijo por fin, — yo no merezco vuestra gratitud, ni soy digna de deber mi salvación á obra tan insignificante.

— La misericordia de Dios es grande, — dijo la mendiga. — Él es el solo que devuelve ciento por uno, al que da ese uno en su santo nombre.

La revuelta fué vencida. Juan de Giralt llegó de impro-

viso, y puesto á la cabeza de sus parciales, logró aplastar á los rebeldes. Na Catalina, reintegrada á su casa, pudo recomenzar su caritativa tarea.

La historia dice, -- añadió papá Carlos á modo de conclusión, — que en esta segunda etapa de su vida de abnegación para con los pobres, Na Catalina encontró en su hija Blanca el más consecuente de los colaboradores.



## EL CUARTO MANDAMIENTO

Continuando sin duda una discusión comenzada antes de la comida, cuando llegó la hora consagrada á la relación de la consabida historia, papá Carlos dijo á sus nietos :

— Verdad es que el texto de la doctrina, como os decía hace un rato, aparece terminante : «Honrar padre y madre », dice ese texto. Pero, como no habla del modo de honrarlos, no me parece fuera de propósito advertiros, como sin duda os habrán ya dicho en el colegio, que no es tan sólo obedeciendo y respetando á los padres como se honra á éstos ; para honrarles debidamente y, por lo tanto, para cumplir á conciencia el cuarto precepto del decálogo, es necesario llegar hasta la abnegación, hasta el sacrificio, por penoso que éste sea, sin reparar en la conducta que los padres hayan observado. ¿ Qué mérito puede tener el sacrificio de un hijo por sus padres, si éstos le han colmado de atenciones, de cariño, de bondades ; si se han sacrificado en fin por él anteriormente ? A lo sumo, podrá decirse de ese hijo que no es un ingrato ; que paga con

amor las pruebas de amor recibidas, que devuelve á su vez los cuidados de que fué objeto, pero nada más. Para poder decir que se cumple á conciencia lo estipulado en el cuarto mandamiento, para merecer el respeto y la estimación de las personas honradas y más tarde el goce de las venturanzas eternas por Dios prometidas á sus elegidos, que serán, como es natural, los que mejor hayan cumplido sus sabias leyes, para eso... para eso es preciso imitar la conducta de una muchacha que vivía en los primeros años de este siglo, y cuya historia, verdadero relato de una vida constante de virtudes sublimes y de abnegaciones sin ejemplo, publicaron casi todos los periódicos de Europa, cuando, gracias á la plausible indiscreción de un sacerdote, pudo saberse que existía un tal prodigio de piedad filial, de sumisión inquebrantable, de amor sin límites á los autores de sus días.

Oíd pues la historia, tal como recuerdo haberla leído.

Enriqueta era la hija única de un médico habitante en una calle céntrica de una ciudad muy populosa, médico como tantos otros, sin nombre conocido, sin clientela fija, sin más visitas, en fin, que las que hacía cuando era llamado en casos de urgencia por ser el que habitaba más cerca del paciente.

Huérfana de madre desde los ocho años, con la santa mujer que le diera la vida había perdido Enriqueta la flor de ternura que embalsamaba su existencia de niña. Y en aquella infeliz muchacha, el médico, su padre, no vió más que un obstáculo para la libertad de sus acciones, por lo que, con pretexto de proveer á su educación, se deshizo de ella, pero no colocándola en un colegio como hubiera sido natural, sino confiándola á dos viejas amigas las cuales ne pudieron enseñarle más que lo que ellas sabían, es decir, ciertos rudimentos de instrucción, costura y los quehaceres domésticos. La niña veía á su padre muy rara vez, y cuando esto tenía lugar, él se contentaba con decirle:

« Vaya, pequeña, que no des que hacer. » Y la pobre se quedaba fría ante la glacial indiferencia del médico, y más que nunca echaba en falta las tiernas caricias de su madre.

Cuando cumplió los catorce años, el padre la llamó á su lado, haciéndola presente que ya estaba en edad de gobernar la casa, gobierno en el que desde el primer día empleó Enriqueta asiduidad y celo tales que denotaban un temple de alma poco común. Su principal, su único objeto puede decirse, era prever los deseos paternos para satisfacerlos antes de que fuesen formulados, para, á fuerza de abnegación y de ternura, hacerse amar de aquel padre indiferente. No coronó el éxito tan nobles propósitos, y el médico la trataba ni más ni menos que como una doméstica destinada á obedecer y á librarle á él de los cuidados de la vida material.

Cuando un corazón es seco, el alma es dura, la voz breve é imperiosa, y, en vez de inspirar afección que opera milagros, lo que se inspira es el temor que paraliza y atorola. Tal le sucedió á Enriqueta que era tímida por naturaleza : dicha timidez, que procediendo bien con la muchacha habría desaparecido, se desarrolló más aún á favor de la brutalidad paterna, haciéndose incurable. Por la cosa más nimia, se asustaba ; al menor de los reproches, hinchábase su pobre corazón, y se deshacía en lágrimas. Y su padre, en vez de consolarla, redoblaba la severidad, la reñía y acababa siempre por decirle : « No serás nunca más que una bestia ; no sé ni cómo he podido tener una hija semejante. » En fuerza de oírse repetir siempre lo mismo, llegó á creerse que, en realidad, era de una especie inferior, y que su padre era demasiado bueno conservando cerca de él una criatura tan poco apta como ella.

Sin embargo, á pesar de las humillaciones que no le eran escaseadas, sentíase dichosa de vivir al lado de su padre, y no obstante lo humilde de la condición á que la redujeran, jamás pensó en quejarse, redoblando en cambio.

sus atenciones que, invariablemente, eran acogidas con malos modos.

Seis años duró esta vida. Levantándose siempre la primera para atender á los quehaceres domésticos, y acostándose la última por esperar á su padre que con frecuencia se recogía ya de madrugada, encontrábase Enriqueta contenta con su suerte, rezaba al acostarse y dormía el sueño tranquilo de los que tienen sin peso su conciencia. Tal felicidad, poco envidiable por cierto, de que la pobre niña gozaba con gratitud, los motivos de la cual sólo existían en su corazón, debía terminar en plazo breve.

Acababa de cumplir veinte años, cuando su padre le dijo que se casaba de nuevo, con una viuda relativamente rica, pasando á vivir á la casa de su nueva esposa en la que no había sitio para Enriqueta; ésta quedaba pues en libertad de ir á vivir donde quisiera, de arreglarse como Dios le diese á entender, puesto que, no habiéndole dejado nada su madre, no debía esperar subsidio alguno. Fué advertida además de que no pusiera los pies en la nueva casa de su padre sino en el caso de ser llamada, y aun esto con la condición de no revelar jamás á nadie los lazos de parentesco que los unían.

Baja la cabeza y los ojos llenos de lágrimas, escuchó Enriqueta tan duras condiciones, á las que se sometió sin murmurar; y como le fué permitido llevarse su cama, algunos muebles y varios utensilios indispensables, partió con ellos, derramando amargo llanto por su inmerecido destierro, y fué á instalarse en una minúscula habitación, suficiente para ella no obstante su pequeñez.

Abandonada, expulsada del paterno hogar, frente á frente con su soledad, á punto estuvo de rendirse, de renunciar á la lucha, y aún de preguntarse por qué su suerte era tan mala en este mundo. Hubo no obstante algo que la sostuvo, reanimando su espíritu abatido; ese algo era su fe, que le hizo aceptar como prueba transitoria y terrestre la desgracia que parecía cebarse en ella. Revolviéndose

contra la adversidad, juróse luchar heroicamente hasta vencer al infortunio que la perseguía sin descanso, y cumplió religiosamente su palabra.

Su única ciencia era la costura, pero no en el grado que la poseen las felices que saben cortar vestidos y confeccionarlos, ganando de este modo buenos jornales, sino en grado mucho más modesto, en el de las que remiendan telas ó ponen una pieza á cualquier prenda rota. Dióse pues á buscar trabajo y aceptó el de mujer de faena, barriendo las habitaciones, yendo á los recados y haciendo en fin otra porción de humildes menesteres, con preferencia á los trabajos de aguja, y ganando de este modo cuatro ó cinco reales: escasa remuneración, como veis, pero superior á lo que parece, porque en aquella época, — ya he dicho que esto sucedía en los primeros años de este siglo, — las minas de California y de Australia no habían aún desparramado por el mundo la prodigiosa cantidad de oro que ha rebajado mucho después el valor real de la moneda.

Mientras que la pobre trabajaba para ganar su vida gracias á una labor mercenaria, la casa paterna, confortable y elegante, permanecía cerrada casi en absoluto para ella, pues sólo era admitida dos veces por año, y aún, en estas ocasiones, debía pasar por la escalera de servicio. Era recibida secretamente sin duda porque allí disonaban su pobreza y la sencillez de sus vestidos; y nadie, en aquel hogar, donde tenía asiento el orgullo, hacía justicia á las inmejorables condiciones morales de Enriqueta, quien sufría en silencio, sin dejar que de su pecho se escapase una queja, no creyéndose con autoridad para dirigir á su padre el más ligero reproche.

Una enfermedad grave puso en peligro los días del médico. Cuando Enriqueta lo supo, corrió á la casa: « Vengo, — dijo — á cuidar á mi padre » Fué desatendida, estimábase como exageradas sus pretensiones; pero ella insistió tanto en que tal era su deber, vertió tantas lágrimas, que la nadrastra acabó por consentir, si bien con la condición de

que para todo el mundo, lo mismo para los amigos que para los médicos, ella no debía ser más que una enfermera. Aceptada la cruel condición, aquella misma noche se instaló á la cabecera del enfermo, mostrándose, durante el curso de la dolencia, atenta, servicial y abnegada como la hermana de la caridad que, en más alto grado, pueda poseer estas cualidades, y feliz como la hija más amada, al ver vencida la enfermedad que amenazara seriamente la vida de su padre. Llegó la convalecencia, y Enriqueta volvió á su bohardilla, y por la primera vez, después de seis semanas, pudo dormir en una cama.

Esta acendrada piedad filial, excesiva si se quiere, no era sin embargo bastante á satisfacer la necesidad de abnegación que atormentaba á la infeliz Enriqueta: quedábale tiempo para pensar en los pobres, en los que aun eran más que ella desgraciados, y se las arreglaba de modo que los descubría, los consolaba, sosteniéndolos, reanimándolos para que pudiesen seguir su lucha desesperada por la existencia. Puede decirse que el amor á practicar el bien, el deseo inmoderado de socorrer al prójimo, la obsesionaba hasta el punto de no dejarle momento de descanso. Sin duda por eso, cuando una de sus amigas, obrera como ella, y que como ella no tenía otros medios de vida que su jornal escaso, cayó gravemente enferma, herida de muerte por la tisis, enfermedad que no perdona, Enriqueta se la llevó á su casa, la instaló en su propio lecho, y durante diez años la cuidó como lo habría hecho su propia madre, proveyendo á sus necesidades y conduciéndola hasta su última morada cuando la cruel dolencia puso término á una vida de sufrimiento.

Como si todo esto no fuera aún bastante para Enriqueta, habiendo sabido que un pariente de su difunta amiga, agotado por la vejez y por las enfermedades, solicitaba en vano su admisión en un hospital, lo hizo ir á su casa, dióle la plaza que ocupara durante largo tiempo su amiga, y gracias á su angélica bondad, á los sacrificios que supo imponerse,

logró endulzar los últimos días de aquel desgraciado, y pudo impedir que muriese víctima de la desesperación y en medio del abandono.

Muertos estaban ya los que ella había recogido; su padre, lejos de la capital que dejó mucho tiempo antes sin prevenir siquiera á su hija, ni escribirle después para indicarle su nueva residencia; podía pues considerarse como completamente sola en el mundo. Afligíase por no tener nadie á quien cuidar, por no serle fácil derramar en torno suyo los tesoros de ternura que en su corazón se encerraban, tesoros que la ingratitud, la injusticia y la miseria no pudieron disminuir. Hubiérase dicho que Enriqueta era víctima de una plétora de bondad que la ahogaba, convirtiéndose para ella en un sufrimiento. Pero como de este mal heroico no se sufre nunca por mucho tiempo; como si bien no es posible curarlo, consiguiese no obstante el alivio del mismo, porque las almas nobles y desinteresadas encuentran siempre medio de manifestarse, Enriqueta no permaneció mucho tiempo sin dar empleo á su ansia de prodigar socorros y consuelos. Precisamente vivía en un barrio populoso, en el que eran sin número las calles estrechas habitadas por empleados de inferior categoría y por obreros; así es que cada noche, después de terminada su penosa labor del día y antes de reintegrarse á su cuarto, ejerciendo de dama caritativa, visitaba á una porción de infelices á quienes tal visita reconfortaba y cerca de los cuales no llegaba jamás con las manos enteramente vacías. Al menos allí, en aquellos cuchitriles desnudos, hasta los que ella llevaba un socorro siempre en armonía con sus escasos medios materiales, la pobre joven sentíase amada, y hasta su modesta bohardilla le era dado llevar la legítima alegría que en su alma generaban las bendiciones con que era acogida su presencia.

Pasaron de este modo muchos años, muchos, más de veinte, durante los cuales no oyó hablar ni siquiera una palabra del doctor, su padre, que parecía ocultarse de ella

como se hubiese ocultado de un hijo perverso que hubiera paseado por el fango el nombre de la familia. Durante el día trabajaba sin descanso para ganar el pan para ella y para sus protegidos; durante la noche, después de sus visitas á los pobres, se encerraba en su cuarto, y allí, sobre un gran libro, redactaba sus dolorosas memorias, y hacía la cuenta de lo que daba y de lo que tenía que dar, cuando pudiese.

Un suceso inesperado llegó á turbar la monotonía de la existencia de Enriqueta. Un domingo, mientras ella arreglaba su cuartito, de vuelta ya de misa, oyó no sin sorpresa que llamaban á la puerta : fué á abrir creyendo en la presencia de algún desgraciado, y se encontró frente á frente de su padre, viejo, achacoso, visiblemente enfermo, pero conservando aún su actitud altanera. No obstante los agravios de la edad, le reconoció perfectamente; dió un grito, y su alegría fué tal que estuvo á punto de desmayarse. El padre, indiferente como siempre, se limitó á decirle : « Tengo que pasar aquí unos días, y he pensado en tu casa para alojarme. »

El hijo pródigo de que nos habla la parábola del Evangelio no fué acogido en casa de su padre con más alegría que lo fué el doctor en la de su hija; y desde el mismo momento de su instalación, todo cuanto Enriqueta tenía fué para su padre, quien no había dicho la verdad, pues lo cierto era que, por razones de todos ignoradas, hubo de abandonar el domicilio conyugal. Fué entonces cuando, arruinado, enfermo, falto de toda clase de recursos, no sabiendo á quién dirigirse, ni dónde ir á terminar sus días, se acordó de que Enriqueta estaba en el mundo y de que él era su padre; no se acordó de que aquella hija había sido siempre tan injustamente desdeñada; recordó nada más que era buena, y á ella se dirigió, lleno de una confianza que pudo ver al instante que era bien justificada.

Enriqueta se consideraba al fin dichosa; por último, después de no pocos afanes, y cuando ella menos lo esperaba, había conseguido vivir de nuevo con su padre : sin saber





por qué, abrigaba la confianza de que ya no irían á disputarle la posesión, la compañía del médico, pues que él la había escogido á ella, á ella sola, y ella, la infeliz, bendecía casi la ruina material que se lo llevó allí á su casa, cuando menos á ella le era dado esperarlo.

¿Lo querréis creer? Duro, exigente, autoritario, el viejo se lamentaba de su situación, de su alojamiento que se le antojaba poco confortable, de la comida que no era de su gusto: en una palabra, de todo; y como si su queja continua no le pareciese bastante, reprendía á su hija por todo, haciéndole continuados reproches. « ¿No te da vergüenza — le decía — dejar á tu padre en la miseria? » La pobre no acertaba á responder cosa alguna, limitándose á bajar en silencio la cabeza, sin perjuicio de hacer esfuerzos aun más poderosos para ver si lograba al fin hacerse agradable á aquel padre descontentadizo y duro como pocos.

Durante dos años, dos inacabables años, ella fué el único sostén, la enfermera constante de aquel viejo atrabiliario cuyas exigencias crecían á medida que sus fuerzas iban en disminución. El producto escaso de su trabajo no llegaba ni con mucho, no era bastante para satisfacer los caprichos de aquel padre siempre descontento, y, efecto de tales exigencias y de esos caprichos, Enriqueta vió con espanto que las deudas se acumulaban en torno suyo.

La hora de la libertad fué para ella hora de desesperación, y cuando la muerte la separó al fin de aquel á quien ella cuidara con abnegación tan mal recompensada, tuvo miedo de su soledad y se desesperaba de no tener á su lado nadie á quien consagrarse por entero.

A estos íntimos dolores añadiase un tormento cruel: cuando quiso poner en orden sus apuntaciones, vió con espanto que los gastos que había hecho indispensables la permanencia allí de su padre habían excedido con mucho á lo que significaban sus recursos, y que era por tanto deudora de una suma de cien duros.

¡ Cien duros ! ¿ Dónde encontrar esa cantidad enorme ?

¿Cómo solventar esa deuda que el amor filial había tan imprudentemente contraído? De su jornal escaso, imponiéndose toda suerte de privaciones, ella podría economizar veinticinco céntimos por día, y calculó que, con este sistema, le eran necesarios más de cinco años para pagar á los que habían tenido confianza en ella. ¡Cinco años! Entonces fué cuando por la primera vez, durante su vida de miseria, habíase sentido desmayar y falta de valor para seguir luchando.

Siempre habréis oído repetir que el bien encuentra indudablemente, más pronto ó más tarde, la debida recompensa. Ese proverbio no mintió por lo que á Enriqueta se refiere. La hija modelo había hecho partícipe de sus inquietudes á su confesor, un santo varón, un hombre integérrimo que, sin consultar á su hija espiritual, redactó por sí mismo los documentos necesarios, y presentándolos á una corporación oficial encargada de distribuir algunos premios á la virtud que como legado anual para tal objeto dejaran almas caritativas, consiguió para su protegida un premio de tres mil pesetas, que le fué adjudicado en sesión solemne, después de un elogio merecidísimo que de sus virtudes hizo una alta personalidad.

La pobre Enriqueta pudo pagar sus deudas y aun hacer más llevadera la suerte de los que sufrían en torno suyo, sin necesidad de imponerse grandes sacrificios. A los cincuenta y seis años se durmió en la paz de un alma que el amor filial y el cariño á la práctica del bien habían prematuramente consumido.

Ahí tenéis de qué manera se cumple con lo preceptuado en el cuarto mandamiento. Hay muchas maneras de honrar á los padres ; sólo una es sublime : la que de honrarlos tuvo la Enriqueta de que os he hablado esta noche.

## LA ABNEGACIÓN RECOMPENSADA

Un humorista contemporáneo ha dicho que la felicidad no es precisamente un diamante cuyas facetas deslumbran á los que los contemplan, sino un mosaico compuesto de muchas y menuditas piedras, el valor del cual no sabe apreciar con frecuencia nadie más que el que ha logrado juntar esas piedrecitas y hacer el mosaico.

Así debía entenderlo Beppo Pinardi, de quien puede decirse que, diariamente, añadía al mosaico de su dicha una nueva piedra.

— ¿Que quién era el sabio que tan admirablemente comprendía la ciencia de la vida? — preguntó papá Carlos, por más de que nadie le interrogaba.

Y siguió diciendo después de un corto silencio :

— Pues veréis; ese sabio era un simple carpintero de pueblo : un artista modestísimo cuyo aspecto humilde, ropa pobre y plácida fisonomía pasaban perfectamente desapercibidas de todo el mundo, sin llamar la atención de nadie.

Era Beppo Pinardi un hombre enamorado de su oficio ;

á fuerza de estudiar los principios y hacer aplicación de las reglas, llegó á adquirir en él habilidad portentosa y verdadera ciencia práctica, gracias á lo cual tan dispuesto se le encontraba siempre para construir el costillar de un buque como el esqueleto de una casa; sin embargo, sea por timidez nativa invencible, sea por desconfianza en sus propias fuerzas, manteníase reservado, y en vez de buscar las ocasiones de poner de manifiesto su dominio de los secretos del oficio, parecía complacerse en evitarlas, como si el encontrarse con ellas le asustase seriamente.

Beppo se había casado algunos años antes del en que sucedió lo que os cuento, con una muchacha de condiciones muy semejantes á las tuyas, á la cual escogió entre todas las del pueblo, menos aún por sus atractivos físicos que no eran despreciables, que por su carácter serio, su humor jovial con los de la familia, y sus excepcionales condiciones de ama de casa. De todo esto deduciréis que su esposa era para el carpintero una de las piedras más preciadas del mosaico de su felicidad. Dos más contribuían poderosamente á embellecer su existencia: su anciano padre, á quien recogiera y que habitaba con él, y el muchuelo de que hice antes mención, quien aun cuando no contaba más que doce años, anunciábase ya como artista meritísimo, pues á tan corta edad, y disponiendo sólo de toscas herramientas, producía preciosas esculturas en madera, haciendo presagiar obras maestras para cuando el precoz muchacho se sometiera al estudio bajo la dirección de buenos maestros y contara con los útiles indispensables para montar un taller, un verdadero taller.

La ambición de Beppo quedaba colmada con el amor de esos tres seres, y sólo con tales elementos, tenía bastante el modesto artífice para proclamarse uno de los favoritos de la Providencia. Su esposa significaba para él la dicha en el presente; su hijo era promesa viviente de felicidad para el porvenir; su anciano padre era algo así como un recuerdo de las alegrías del pasado.

La humilde familia de que os hablo, entre la que reinaba siempre la calma, la paz más completa, habitaba en una pequeña población llamada Foschi, á orillas del mar y no lejos de Nápoles; y el medio ambiente en que los cuatro personajes se movían, dijérase que estaba hecho por ellos y para ellos; cada uno por su parte hacía cuanto le era dable para que la existencia común en la casa resultase lo más agradable posible, y fuerza es confesar que se salían con la suya, porque, independientemente de esa paz, de esa tranquilidad de que he hablado, la vivienda se hacía simpática por su limpieza, por su aspecto atrayente como ninguna otra.

Pasaba el tiempo apaciblemente para todos en aquella casa tan tranquila que parecía contribuir al constante buen humor de Beppo. Y sin embargo, un peligro terrible, incesante, amenazaba de día en día, de hora en hora, de minuto en minuto, dar al traste con aquella tranquilidad y acabar en un momento con la familia del carpintero, así como con todos los que habitaban en el pequeño pueblo de Foschi.

¿Por qué esto? — me preguntareis; — sencillamente, porque encontrándose ese pueblo en la parte menos elevada de la península, por debajo del nivel del mar, las corrientes marítimas amenazaban de continuo la existencia de la población y la de cuantas personas la habitaban, en el caso de que dichas corrientes se pronunciasen demasiado, como ya había sucedido alguna vez. Siempre estuvo amenazado el pueblo de terrible inundación, y más de una vez el desplome de sus dunas ó el hundimiento de sus diques habían obligado á sus habitantes á buscar la salvación en la fuga. La parte norte de la porción de territorio en que se encuentra situado Foschi es lo que pudiéramos llamar el punto vulnerable; por esto es también, como parece natural, el punto más fortificado contra los asaltos del mar cuando las corrientes lo engrosan.

Difícil, muy difícil sería decir si es la resignación ó bien

la costumbre del peligro, ó el indiferentismo incomprendible, lo que retiene á toda una población, siquiera no sea muy numerosa, en la falda de una montaña que las erupciones han cubierto de lava infinidad de veces, ó en la costa inhospitalaria que las invasiones periódicas hacen inhabitable; lo cierto es que se encuentra gente que vive con la mayor tranquilidad en medio al peligro más inminente.

En ese caso se encontraban los habitantes de Foschi, habitando con perfecta serenidad al lado mismo del peligro; tal vez era esto debido á que sin número de veces habían evidenciado su valor temerario, haciendo frente á las invasiones del mar con tenacidad y arrojo por todo extremo laudables.

Aun cuando hoy ya no existe, porque la industria moderna con sus adelantos ha sustituido ventajosamente las antiguas rudimentarias defensas de Foschi, el dique de este punto era aun no hace muchos años conocidísimo en toda Italia, y algunos centenares de obreros estaban destinados con carácter de permanencia al entretenimiento de lo que entonces pasaba, y no sin motivo, como una de la maravilla de la humana industria; hoy no sería tal maravilla, sino algo así como una chapuceria. ¡Qué queréis! ¡se ha adelantado tanto en los últimos tiempos! No obstante su construcción, reputada inmejorable, no obstante la buena y activa vigilancia que de continuo se ejercía sobre él, el dique de Foschi sufrió repetidas veces averías de consideración, y siempre que se daba este caso, para evitar que el accidente degenerase en catástrofe terrible, hacíase preciso poner remedio pronto y enérgico á la avería, lo cual hizo siempre indispensable el concurso de todos los habitantes del amenazado pueblo.

Uno de los días del mes de octubre, una de esas tempestades espantosas que siembran la desolación en aquellos parajes en tal época del año estalló sobre Foschi con fuerza inusitada: soplabá el viento con violencia horrible doblando hacia la tierra las copas de los árboles, haciendo

cimbrear los edificios y llevándose por delante cuanto no tenía fuerza para resistirle, y los rayos, con su luz cárdena, rasgaban de vez en cuando las espesas nubes plomizas que se habían amontonado sobre la población.

Aun cuando familiarizados con los furores de las tormentas que el viento acostumbra á precipitar sobre aquel poblado humilde, la familia de Beppo, reunida en la sala común de la casa, escuchaba los rugidos de la tempestad, con recogimiento en el que entraba por mucho el espanto de los furores de los elementos en guerra.

Rezaba piadosamente el abuelo ante un libro de oraciones que tenía siempre al alcance de su mano, buscando entre las páginas, con la superstición propia de los italianos, un presagio feliz, un pronóstico agradable, el primero que cayese bajo su mirada; y sus labios en tanto murmuraban una plegaria, aprendida quizás cuando niño y no olvidada aún con el trascurso de los años. Pedía á Dios que asistiese, sin abandonarlos un momento, á todos aquellos á quienes el deber empujaba al sacrificio para la salvación de todos.

La madre abrazaba tiernamente á Beppino, quien, al oír los primeros formidables truenos, habíase refugiado en el regazo de la honrada mujer á quien debía la vida, admirando con infantil candor su calma que él no acertaba á comprender, y la dulce sonrisa de sus labios que le maravillaba. Aquella calma no era más que aparente y aquella sonrisa no pasaba de los labios; aparentaba la una y quiso dibujar en sus labios la otra con el único objeto de tranquilizar al muchacho.

El jefe, Beppo, llegó á sentarse al lado de su esposa, y tendiendo el brazo, aparentando jugar con la rizada cabellera de su hijo, demandaba interiormente la divina protección para la debilidad representada por su mujer y su padre, para la inocencia, que encarnara en el cuerpo de Beppino.

Hiciéronse los truenos menos temerosos; el huracán so-

plaba con menor violencia; el rayo no rasgaba las nubes tan á menudo como poco antes : indudablemente la tempestad se alejaba. Pero de pronto, un ruido siniestro llegó á mezclarse á los últimos mugidos del huracán; era el toque de rebato, cuyos ecos se hacían cada vez más distintos, más perceptibles.

Cambiaron una mirada de angustia los tres personajes principales de aquella escena, esto es, Beppo, su mujer y su padre. Los tres habían comprendido qué catástrofe era la que anunciaban los tañidos desesperados de aquella campana, y los tres, tendiendo el oído, percibían distintamente la voz delregonero que pasaba por la calle pidiendo á gritos socorro é invitando á todas las personas útiles á trasladarse al sitio del peligro.

Como movido por un resorte, Beppo se levantó, y con la serenidad que da el propio sacrificio, tendió á su padre una mano que el viejo retuvo un momento entre las suyas.

— ¡ Anda ! — dijo simplemente el anciano.

Sólo un ligero temblor en la voz, que no fué dueño de contener, denunció la emoción que, en aquellos momentos, experimentaba.

Beppo entonces, volviéndose hacia su mujer, le dijo con tono que parecía pedir indulgencia por la acción caritativa que se disponía á cometer :

— Mi deber me llama allá.

— Y el mío — respondió ella ciñendo sus brazos al cuello del hombre — es el de no oponerme á tu abnegación. Dios y nosotros velaremos por ti.

Estrechó el carpintero en el mismo abrazo á su mujer que le besaba reteniendo las lágrimas y á su hijo que permanecía silencioso, y aquello fué todo; no hubo ninguna otra manifestación de temor ó de ternura; los corazones fuertes cumplen con la mayor sencillez las más grandes empresas. La puerta de la casa al cerrarse tras de Beppo aprisionó con cadenas de angustia á los seres queridos que allí quedaban rezando por él.

Media hora había bastado para que, circulando por todo el pueblo la noticia del desastre, todos los hombres útiles se encontrasen reunidos en el dique. El espectáculo en este sitio era horrible, imponente. Por la brecha practicada por un golpe de mar más fuerte que los otros, penetraban olas gigantescas, furiosas, sin que los obreros del dique, ninguno de los cuales faltaba de su sitio, pudiesen hacer otra cosa que reforzar los sitios que hasta entonces resistieran al formidable empuje de las aguas. Pero la brecha iba haciéndose cada vez más grande, y el peligro por lo tanto aumentando por modo considerable.

Víctima del vértigo, anonadado por el estupor, el hombre que dirigía los trabajos acababa de perder su sangre fría; todo eran órdenes, gritos, carreras de uno á otro lado y prodigios de valor que no servían más que para hacer más palpable la impotencia de aquella abnegación sublime.

Nada tan contagioso como el miedo; en pocos momentos se hizo general, porque comenzaban ya á perder la esperanza, y es precisamente de la esperanza de quien el valor se acompaña siempre.

Robusto por temperamento, de carácter enérgico, dotado de gran calma y lucidez y al mismo tiempo de una sangre fría inalterable, el carpintero Beppo ignoraba lo que eran el miedo y el desaliento, sabiendo sólo, y esto no lo olvidaba nunca, que las dificultades pueden centuplicar las fuerzas humanas y el peligro infundir valor á los más tímidos; vió en un momento que era él el amo de la situación y se impuso desde luego.

— ¡A mi todos! — gritó, — y yo respondo del éxito.

Lanzóse sobre los pilares más próximos á la brecha, seguido de algunos hombres, de los más atrevidos; y adivinado su intento formóse al punto una cadena para hacer llegar hasta aquellos bravos vigas, viguetas, maderos de toda clase, piedras, rocas, fagina, todo cuanto hallaban á mano, que ellos iban amontonando en la abertura de la brecha sin tomarse un momento de reposo.

— ¡Valor! — gritaba Beppo, — que la abertura ya no es tan grande... El mar no ha de poder más que nosotros...

Y todos aquellos hombres, enardecidos, electrizados por el acento lleno de valor y de persuasión de aquel héroe, redoblaban sus esfuerzos y acrecían su denuedo.

Durante mucho rato las olas irritadas inundaban á los trabajadores, que se salvaron agarrándose los unos á los otros; varias veces aquellas enormes masas de agua destruyeron la obra de los valientes que Beppo acaudillaba; pero éste, siempre en la brecha, siempre animando á los suyos, consiguió mantener despierto el entusiasmo. A medida que el reflujo hacía retroceder al mar irritado, la terrible tarea hacía menos penosa, y Beppo, aprovechando los instantes, sin perder uno, pudo ver y observar y deducir, acabando por encontrar expedientes para que sus hombres, cumplida una parte de su tarea, se resignasen á esperar una calma relativa. Así se hizo, y, gracias á esto, durante la marea baja hubo posibilidad de consolidar la obra efectuada. Cuando volvió el mar, ya menos turbulento después de seis horas de respiro, se estrelló contra un obstáculo más fuerte que él.

La inquietud, mientras tanto, hacía interminables las horas en la modesta casa del carpintero.

Temiendo á cada instante que le llevasen una mala noticia, la mujer de Beppo lloraba silenciosamente, temerosa de que el rumor de sus sollozos despertase al niño que se había dormido.

¿Qué sería de él si llegaba á perder á su padre? ¡Adiós ensueños de gloria, esperanzas de riqueza! La pobre madre miraba á Beppino, y le parecía verle como aquella mañana, dos meses antes, en presencia de un noble extranjero, de un rajah de la India que andaba recorriendo Italia para admirar sus bellezas, y que se había dignado visitarles, sólo porque alguien le habló del precoz artista. ¡Con qué orgullo levantaba éste su cabecita blonda hacia





el magnate indio que le cumplimentaba por la ejecución de aquella cabeza de madera de que desde entonces no habían querido desprenderse!... ¿Había de tolerar Dios que todas las promesas encerradas en aquella cabecita gentil se ahogasen en flor antes de llegar á ser realidades?

Tanto para desechar tan tristes pensamientos como para dominar si le era posible su incertidumbre, la angustiada mujer se asomó á la puerta de la calle. Había el huracán perdido su violencia, por lo que el viejo, que comprendía lo que pasaba por el alma de su nuera, quiso salir á enterarse, á adquirir noticias.

— Yo voy con usted, padre, — dijo la joven despertando á su hijo y tomándole de la mano; — me sería imposible permanecer más tiempo en esta angustia.

Salieron, acercándose á la playa, donde una turba inmensa hallábase reunida. ¿Por qué tal tumulto? ¿Qué significaba aquel ruido de voces? ¿Quién era aquel hombre á quien otros cuatro llevaban á hombros?... Era él, Beppo, ¡ gran Dios! ¿estaría herido acaso?

No; afortunadamente para todos, Beppo no estaba herido; no lo transportaban en una camilla, no, sino en andas, á modo de triunfador. Y eso era un triunfo, lo que celebraba aquella buena gente, y, agradecidos, mostraban á su modo su gratitud al héroe de aquella jornada.

El buen anciano convirtió los ojos al cielo en suprema mirada de acción de gracias; la pobre mujer, imposibilitada de contener su emoción, sentía que sus piernas flaqueaban y acabó por dar libre curso á las lágrimas que hasta entonces retuviera á duras penas. Cuanto al muchacho, en cuanto de lejos reconoció á su padre en aquel hombre á quien sus convecinos aclamaban, llamóle con alegría loca, á grito herido, y de su boca sonriente, con la mano aun diminuta, enviaba besos al héroe del día, comprendiendo que él también estaba en la obligación de mezclar su dulce contento de inocente á la alegría estruendosa de la multitud.

Por aclamación unánime, y saltando por encima de estatutos y de prescripciones, Beppo fué nombrado jefe de la corporación de operarios del dique, entre los que el valor y la abnegación son moneda corriente, y que quisieron honrarse á sí mismos, rindiendo homenaje de admiración y estima al hombre á quien juzgaban digno de mandarles.

Participando del popular entusiasmo, la administración no quiso quedarse á la zaga, y como ya en sus proyectos entraba el de mejorar y aumentar el personal, aceptó, sancionándola, la elección plebiscitaria, y Beppo fué nombrado director de los trabajos.

Dotado de profundo espíritu de observación, de sentido práctico, de juicio firme, penetróse de los defectos del dique, y como lo que urgía era un remedio al mal, estudió con asiduidad y paciencia, adquirió los conocimientos científicos indispensables, y concibió en fin el plan más practicable para consolidar la obra, asegurando al mismo tiempo la tranquilidad de los habitantes de Foschi.

No hace aún muchos años que Beppo, siempre modesto, reservado siempre, como hombre que no se paga ni de su talento, ni de los honores que merece, ocupaba un puesto eminente en la administración superior de Obras Públicas.

Beppino, su hijo, recién salido de la escuela de Bellas Artes, veía abrirse ante él una carrera brillantísima.

Desengañaos ; la abnegación encuentra siempre recompensa, sea en este mundo, sea en el otro, donde el premio dura por toda la eternidad.

## UN ANIVERSARIO

Aquella noche los muchachos estaban extrañadísimos.

Ramón y Pepe, después de haber agotado todo el repertorio de señas que ellos tenían para entenderse sin necesidad de pronunciar una palabra, acudieron á las miradas á hurtadillas y á los guiños significativos.

Angela no tomaba parte en estas escenas mímicas, porque invariablemente, una vez terminada la comida, imitando á su madre, alcanzaba el bastidor y se ponía á bordar, tarea en la que se ocupaba en tanto papá Carlos iba leyendo su periódico y aun mientras el anciano refería su historia de cada noche, según les prometiera al comenzar las vacaciones que estaban ya terminando.

Y si los dos muchachos, no atreviéndose á hablar alto, se hacían señas, se guiñaban los ojos, y aun si llegaron á bostezar largamente, indicio grave que denunciaba la proximidad del sueño, es porque se aburrían no poco escuchando aquella conversación interminable de su madre con su abuelo, conversación que motivara la lectura de un nombre conocido en el periódico que el anciano tenía

entre sus manos, y que amenazaba prolongarse indefinidamente según las trazas.

Ellos, los chicos, esperaban el relato prometido para aquella noche, relato que debía ser el penúltimo, ya que pocas horas más tarde terminaba el período de vacaciones que á ellos les parecía rapidísimo. Pero ni su mamá, ni su abuelo se daban por enterados de la infantil impaciencia, ni parecían percatarse de que, después de esperar desvelados á que empezase la narración, el sueño iba poco á poco invadiéndoles y amenazaba con apoderarse de ellos por completo.

Las personas mayores hablaban en efecto con gran animación, y nada tiene de extraño que se engolfasen en su diálogo, por cuanto éste les recordaba tiempos pasados, al parecer de grata remembranza, y personas conocidas y sin duda alguna apreciadas, así como amigos á quienes la muerte se llevara prematuramente.

— Lo que tú no sabes, — decía el abuelo á su hija, — es que yo fui precisamente el ejecutor testamentario del pobre conde, en mi calidad de su amigo más íntimo y pariente colateral.

— No, no sabía.

— Pues sí, hija; y recuerdo ahora que, precisamente en los días en que yo empecé á entrar en funciones, ocurrió un incidente que me hizo pensar mucho en las frecuentes contradicciones en que incurren aun los caracteres que parecen más enteros, más de una pieza, más iguales.

— ¿ Puede referirse ?

— ¿ El qué ? ¿ el incidente ?

— Sí : á eso me refiero.

— ¡ Toma ! pues ya lo creo ; como que lo recuerdo precisamente con todos sus detalles ; y además que para referirlo no tendré necesidad de esforzar mucho la memoria.

Los chicos se espabilaron un poco, suponiendo que aquello del incidente podía ser también la historia prometida para aquella noche.

— Pues sí, — dijo el abuelo : — apenas hecho constar el fallecimiento del conde del Olmo, me avisaron con la posible precipitación á fin de que me pusiera en camino cuanto antes, cosa que hice sin dilación, pues la verdad es que esa clase de misiones son muy delicadas y, cuanto antes se ve uno libre de ellas, antes está tranquilo.

Mi cometido, como supondrás, era el de liquidar la sucesión del conde y asegurar la suerte de sus dos niñas que quedaban huérfanas en edad temprana. Me instalé pues por unos días en la hacienda la Robleda, donde mi amigo había muerto y donde vivía desde que á la muerte de su esposa decidiera salir de Madrid definitivamente, y comencé desde luego mi tarea, proponiéndome, como te he dicho, dejarla terminada en el menor plazo posible.

A los dos ó tres días de comenzados mis trabajos, recibí un pliego, una carta, en cuyo sobre venía el nombre y dirección del conde, lo que me hizo sospechar que el autor de la carta ignoraba aún el fallecimiento de mi amigo.

Un autor dramático contemporáneo, creo que francés, ha dicho que existe algo más sagrado aún y respetable que la cerradura de una caja de caudales, y que ese algo es el sobre de una carta. Cuando me entregaron la de que te hablo, pensé en la frase del autor, pero después, considerando que yo tenía la llave de la caja de mi amigo y estaba en posesión del secreto de la misma, creí que podía permitirme la libertad de abrir una carta á él dirigida.

— ¿Y la abrió usted ? — preguntó la señora.

— Naturalmente : y en ella, como te decía antes, — continuó papá Carlos, — hallé la prueba de que ciertos caracteres ofrecen contradicciones manifiestas que de conocerlas nos desorientarían para el estudio de los mismos.

Verás : es el caso ése... pero ahora que me acuerdo... ¿ que necesidad tengo yo de ir recordando punto por punto lo que decía la carta si conservo ésta ? Voy á traerla, y su lectura servirá de lección instructiva á estos caballeritos que comienzan á dormirse : conqué á despabilarse, que

estoy aquí en seguida, y esa carta es una historia como otra cualquiera.

Salió el abuelo en busca del ofrecido documento, y el cuadro varió un tanto en el comedor. Ramón y Pepe, por obediencia primero á las indicaciones que acababan de hacerles y por curiosidad después, sacudieron el sueño disponiéndose á escuchar la lectura de la carta que había ido á buscar el abuelo.

¿ Que podría decir aquella carta, y cómo un papel dirigido á un muerto estaba entre las manos de papá Carlos? Esto era lo que se preguntaban los muchachos que, allá medio dormidos, habían oído hablar de un conde difunto y de una carta y de una herencia, y barajaban todas esas cosas sin acertar á coordinarlas, por haber perdido grandes trozos del diálogo entre su madre y su abuelito.

Llegó al fin éste con la carta y pudo notar cierta expectación en su auditorio, lo que no le disgustó, pues el buen señor tenía la necesidad de ser escuchado atentamente, suponiendo que su conversación era por igual agradable á todos.

— Como que en ella no hay misterio alguno ni secreto de familia, ni cosa de mayor interés, no tengo ningún escrúpulo de leerla en alta voz, como no lo tuve de abrirla y de conservarla. Dice así la carta :

« Amigo mío muy querido : como usted, yo también he dejado á Madrid, si bien por causas muy distintas ; á mí no me aleja de la corte el duelo del corazón ni el ansia de no encontrarme en los lugares frecuentados por la persona querida á todas horas y en todos los momentos recordada ; yo huyo de Madrid, pura y simplemente porque tenía sed de soledad, porque estaba necesitado de una temporadita de quietud, que he venido á buscar aquí, al rincón en que me encuentro.

» Una mañana del mes de mayo, por cierto muy hermosa, como suelen serlo todas en ese mes florido, cerré mis ma-

letas y levanté el vuelo. Hasta mi portero ignora el sitio en que me encuentro, pues no me creí en el caso de notificárselo, en lo cual creo haber obrado muy santamente, porque no hay ser más charlatán que el portero, como no sea la portera : ¡ figúrese usted lo que sucederá á quien disfruta de los dos como me sucede á mí ! Juzgue Vd. de mi prudencia : á no ser por este mutismo de que le hablo, Madrid entero sabría á estas horas que yo me estoy emborrachando con los perfumes de las lilas y de los almendros en flor á pocos minutos de la capital, en Coto Redondo. Tengo aquí alquilada, en el sitio más alto del pueblo, una preciosa casa que casi podría llamar de campo, aun cuando no está enteramente aislada, cosa que no deja de ofrecer sus ventajas aun para los más acérrimos partidarios de la soledad. Estoy en ella contentísimo y creo que ella lo estará conmigo. Pablo, mi hijo, que va á doctorarse en letras y estudia á Virgilio con asiduidad y conciencia merecedoras de todo elogio, dice que este poeta cuyas bellezas no me es dado saborear más que traducidas, pretende que las cosas tienen el don de las lágrimas.

» En ese caso, deben tener también el don de la risa, lo cual sería muy justo y natural ; y de ser así, mi casita debe sonreír indudablemente y tomar parte en nuestras alegrías. Y en realidad, cuando por las mañanas la contemplo á la luz del sol entornando un poco los ojos, me parece que se ríe por sus persianas recorridas y sus ventanas abiertas de par en par para que por ellas entren con libertad el aire y los perfumes esos que me embriagan.

» Apenas hace quince días que estoy aquí y ya mi soledad ha hecho algunos conocimientos ; es decir, para no faltar á la verdad, mis conocimientos se reducen á uno solo : el de un profesor de la Universidad, escritor de raza, cuya amena conversación tiene para mí encantos inenarrables : erudito que me entretiene largas horas con la amenidad de su trato.

» Tiene la manía de los orígenes y la aplica á todo lo

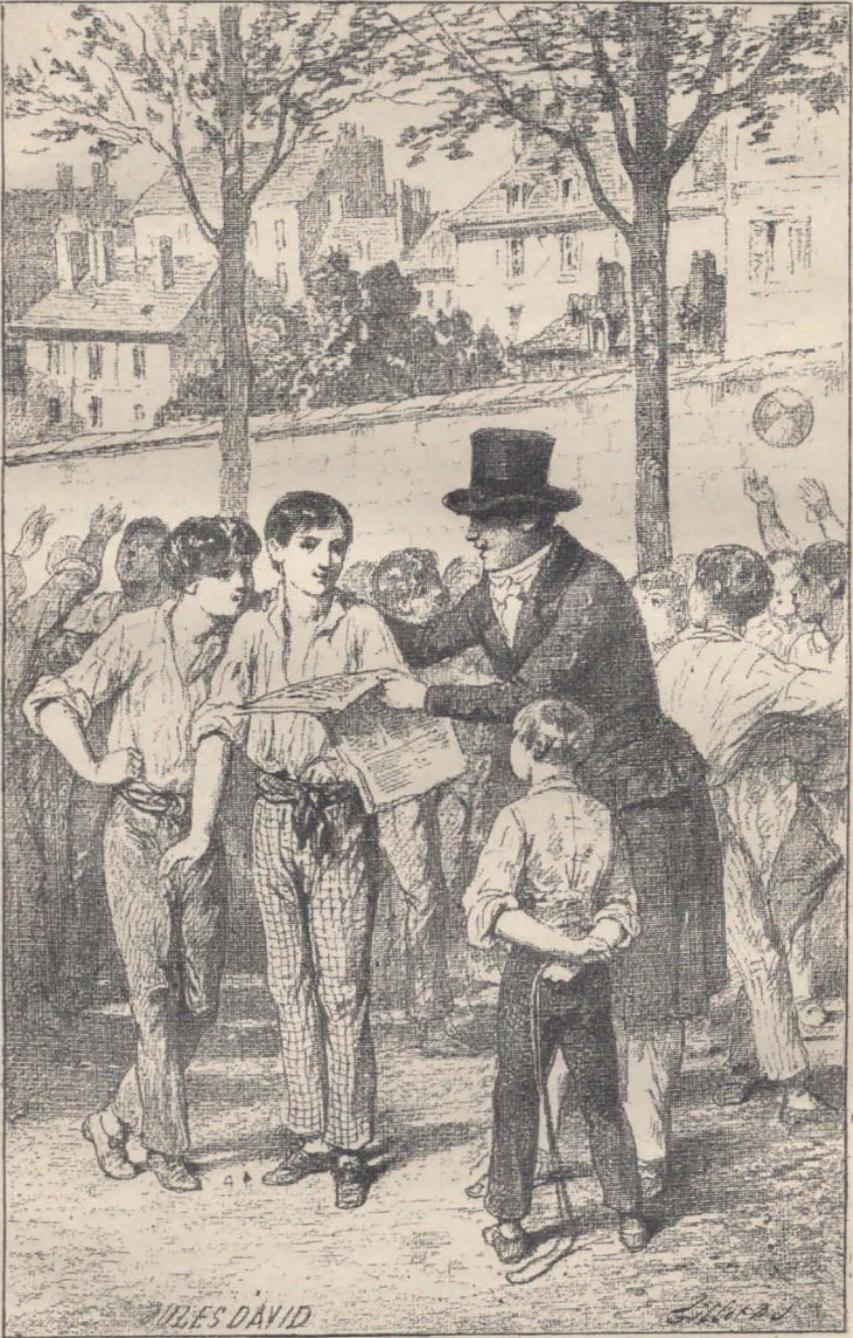
que encuentra : por él, sé yo que Coto Redondo no es redondo sino desde hace trescientos años.

» En otros tiempos, era Coto á secas, y esto auténticamente, pues entre los buenos servidores del rey Felipe II se encuentra un Juan de Cota que fué quien dió nombre al poblado. Ya ve usted, amigo mío, que me encuentro ya en el caso de informar á la Academia de la historia ó á la de la lengua ; y eso no es nada, porque, si hubiéramos de creer á mi joven y docto amigo, encontraríamos aquí una porción de nombres que se han hecho célebres en la historia.

» Lo más curioso del caso es que todos esos señores han sido dueños, sucesivamente, de un hermoso castillo, cuyas plataformas se extendían hasta los límites del bosque cercano al Pardo. Casi tocando los linderos de esta posesión está la casa que sirve de alojamiento al profesor de quien le estoy hablando. También él tiene un terrado muy hermoso desde el cual la vista puede espaciarse de modo considerable, y dominar no sólo el Pardo, sino Madrid, que se divisa, allá en el fondo, envuelta entre la ligera neblina del Manzanares.

» Ese terrado, amigo mío, estaba ayer resplandeciente, pues á sus bellezas naturales uníase el brillo que le daba una fiesta. En las sombrías enramadas de los árboles del huerto estaban colgados infinidad de farolillos de colores formando caprichosos dibujos, y, bordeando también los parterres, veíanse infinidad de otros faroles más pequeños ; instalada en un kiosko improvisado con maderas revestidas de trapos con los colores nacionales, una orquesta bastante numerosa y no muy desafinada dejaba oír, de cuando en cuando, polkas, mazurkas, danzas y galopes.

» El profesor daba una fiesta ; tenía convidados, todos los cuales se distinguían por su poca edad : nadie más que los niños tenía derecho á la danza. Y preciso es confesar que los pequeños invitados usaban bien del derecho que se





les concedía, derecho que estoy seguro no hubieran abdicado, como ninguno de ellos habría tampoco delegado en nadie los poderes que para hacer cuanto se les antojase les concedía el dueño de la casa.

» Cuando agarrados de las manos y formando larga cadena partían á través los macizos del jardín en farándola desvergonzada, allí eran de oír los gritos, las alegres carcajadas, cuyo estruendo llegaba á veces á dominar las sonoridades de la orquesta, llevando la alegría á los espíritus más hipocondriacos. Había allí chicos de todas partes, de todos los pueblecillos vecinos de Madrid; yo no sé de dónde habían salido tantos. El profesor había dado las órdenes más terminantes para que las puertas de su casa se abriesen de par en par delante de cualquier niño, rico ó pobre.

» Por ellos y para ellos se daba la fiesta. Pero lo más curioso, lo infinitamente curioso de la cosa es que mi profesor se parece, en lo que al estado civil se refiere, al célebre poeta Horacio: es un solterón á macha martillo, y, cosa tal vez sin precedente, ese hombre que, por su apego al celibato, detesta las criaturas, las lleva sin embargo á su casa y se complace en distraerlas lo mejor que puede.

» Sabe usted que soy algo curioso, y por lo tanto no le extrañará que le diga que con la mayor llaneza confesé al profesor mi asombro de saberle enemigo de la infancia y de verle sin embargo llenar de chicos el patio de su casa, distribuirles él mismo periódicos, pelotas, cuerda, cuanto puede distraerles, contratar para ellos músicas, y dejarles destrozar á su gusto el jardín... Él se sonreía oyéndome hablar así, con esa dulzura propia de las gentes que son sinceramente buenas, hasta que después me dijo:

» — ¿Le sorprende á usted eso?

» — Sí, la verdad.

» — Comprendo; no es cosa corriente que un hombre soltero festeje como yo lo hago á los niños, festejando de este modo á la familia en lo que la familia tiene de más

hermoso. De seguro que usted, como muchas otras personas, se habrá dicho muchas veces que un solterón es un egoísta; ¿verdad que sí? con franqueza.

» — Pues sí, señor, alguna vez, pero no lo creo regla general.

» — Hace usted bien, — me dijo, — también yo convengo en ello alguna que otra vez; con frecuencia si usted quiere, pero no siempre.

» — Bien, pero, ¿esta fiesta?...

— Esta fiesta á la que este año concurre usted por primera vez, la doy yo todos los años.

» — ¡Ah!

» — Sí; ¿y no sabe usted por qué?

» — Como usted no me lo diga...

» — Pues... en recuerdo.

» — ¿De otra fiesta sin duda?

» — De otras, sí, señor, porque fueron más de una; pero como usted no me entiende aún, permítame que me explique.

» — No deseo otra cosa, — le dije.

» — Pues bien, — repuso él, — confieso no sin cierto rubor, que si yo no me he casado, ha sido por miedo á los fastidios del hogar, por una especie de aversión, mejor dicho, repulsión instintiva que los hombres que se dedican al estudio sienten por todo aquello que les molesta y ocasiona ruido, y por lo tanto por los niños, que lo hacen como nadie.

» — ¿Usted sintió esa repulsión? — le pregunté con aire de incredulidad.

» — Sí, señor, me dijo, — y por eso no me he casado; pero, como según reza el refrán: al que Dios no le da hijos, sobrinos le da el demonio, yo fuí tío, y aún algo más que tío, padrino. Me dediqué á querer como un loco á mi ahijada; era padrino de una chiquilla hermosísima, y la baba se me caía contemplándola, en mayor cantidad aún que se me habría caído de ser su padre. Pero no era yo solo, todo el

mundo la adoraba, y yo hice como todo el mundo : ni más ni menos. El primer aniversario de su nacimiento fué una fiesta ; una fiesta espléndida, como puede hacerse por una princesa : yo tiré la casa por la ventana ese día, como suele decirse, y aún me pareció hacer poco.

» — Vamos, se ve que la quería usted de veras.

» — ¿No lo he dicho? más que si hubiera sido mi hija. Pues bien, como le decía, fué una fiesta espléndida, de carácter puramente infantil. Mi sobrina y mi hermana recibieron á todos los niños que de ordinario jugaban en Recoletos ó en el Prado con los de ellas, y le aseguro á usted que aquello era una verdadera procesión : uno presentaba un ramo, otro un polichinela con ruedas, otro un tambor, quién una muñeca... La hermana mayor iban colocando todos aquellos presentes allí, á la vista de la obsequiada en primer término y también á la de su madre y su abuelo. El hermano mayor, que podría tener unos cinco años, se mostraba un tanto celoso á la vista de aquellos regalos : á cada niño que llegaba, él sacudía un tirón á la rienda de su caballo de cartón, como si se propusiera ahogarle. Esta fiesta, amigo mío, se repitió dos veces, pero un día...

» Al llegar aquí, el bueno del profesor se detuvo, y yo pude notarle algo de emoción en la voz.

» Deseando ahorrarle el dolor de una confidencia penosa, le gané la delantera, preguntando :

» — ¿Murió la niña?

» — Sí, señor, — me dijo entre dos suspiros ; — el garrotillo se llevó un día á mi ahijada, y yo estuve á punto de irme también con ella, porque su muerte me costó una enfermedad que puso mi vida en serio peligro.

» — Se comprende.

» — Figúrese usted ; la alegre presencia de aquel ángel había iluminado mi vida ; pero fué un momento no más ; mi existencia desde entonces está como cubierta de un crespón fúnebre.

» — Y es en recuerdo de esa niña...

» — Sí, señor; en su memoria he instituído esta fiesta infantil, con la que todos los años perpetúo su aniversario.

» Tal fué, amigo mío, el diálogo que sostuve con el profesor mi vecino, quien á partir de este momento, me fué mucho más simpático.

» Yo había pensado en invitar á usted á que presencie este espectáculo regocijante, creyendo que se repetiría más á menudo; pero puesto que sólo es una vez al año, no tendremos más remedio que esperar. Pero, para eso, nada más que para eso. Venga usted pronto á verme; le espera su buen amigo... »

Papá Carlos había terminado la lectura de la carta.

— ¡Pobre conde! — exclamó; — él no podía ir á la cita que le daban, y era yo quien me veía obligado á abrir la carta á él dirigida. Si me he permitido leerla aquí, es porque en ella he encontrado un sentimiento exquisito: el de ese hombre á quien no gustan los niños y que, en recuerdo de un niño muerto, abre de par en par todos los años las puertas de su casa á cuantos niños se presentan.

¡Dejad que vengan á mí los pequenuelos!

## LA VOCACIÓN

Para ser último día de vacaciones, la cosa había ido bien; mejor aún que bien, superiormente.

Sin duda por eso los muchachos estaban más alegres que de costumbre, aun cuando la perspectiva del viaje al día siguiente para reintegrarse á sus colegios no era cosa la más indicada para alegrarles.

Motivaba su contento el atracón que acababan de darse, pues como quien no dice nada, aquel día hubo en la casa arroz y gallo muerto : un verdadero banquete, una comilona de las que entran pocas en libra para ellos.

Y aun cuando, como es natural, ni Ramón ni Pepe se permitieron excesos de ninguna clase que no le habrían sido permitidos de intentar hacerlos, sin embargo, como día solemne, hubo extraordinarios de los cuales participaron como es consiguiente, y libaciones que se repitieron con cierta largueza benévola produciendo como consecuencia natural, en primer término, la alegría exuberante de los caballeritos, y en segundo lugar aquellos colores que le salían á las caras, rojas como amapolas.

Resultado de la alegría era el desconcierto de voces infantiles que se escuchaba desde una legua lejos, y las carreras que de un extremo á otro de la casa daban los dos hermanos, excitando á Angela de continuo á que perdiera también el juicio y armando tal batahola que no parecía sino que en el interior de aquella casa, de ordinario tan pacífica, hubiese estallado de repente una revolución.

Y algo de revolución debía haber, porque el ejército se había posesionado del domicilio de papá Carlos, representado — el ejército, naturalmente, — por un músico mayor de uno de los regimientos de infantería de guarnición en Madrid.

Y era de ver la atención con que los dos chicos contemplaban el uniforme chillón y los botones relucientes. Pero cuando su entusiasmo guerrero llegó al colmo, fué cuando aprovechando la ocasión, pues el militar y el abuelo estaban enfrascados en sus recuerdos de otros tiempos, Pepe se deslizó diestramente hasta la silla encima de la cual el músico dejara el ros y el espadín, y apoderándose de ambos chirimbolos, huyó con ellos hacia la cocina, seguido de Ramón que ambicionaba poseer siquiera fuese por breves momentos una, al menos, de las marciales prendas.

El resultado de aquella rapiña fué inmediato: al punto comenzaron á oírse acordes de corneta sabiamente imitados aproximando á la boca un peine cubierto con un papel de seda; y voces de mando las más disparatadas, las más incongruentes, y coceo y relincho de caballos, y otra porción de cosas más ó menos bélicas que acabaron por llamar la atención de los dos interlocutores, siendo entonces notada la ausencia del ros y del espadín, prendas que, gracias á una orden breve y enérgica, verdaderamente militar, del abuelo, volvieron á ocupar el sitio en que antes estuvieran colocadas.

El músico no era un intruso en el domicilio de papá Carlos: conocíanse los dos desde muchos años antes, y aprovechando la circunstancia de haber llegado con licen-

cia de Pascuas á su pueblo, distante apenas dos leguas del en que residía la mayor parte del año, el complaciente abuelo no quizo perder la ocasión que se le presentaba de saludarle; y fué recibido en palmitas, como se dice vulgarmente, y en obsequio al visitante, se retorcíó el pescuezo al tercer pavo de la temporada, y para tratarle á cuerpo que pides y dejarle satisfecho fueron destapadas aquellas botella de amontillado y la del rico moscatel cuyo solo aroma se subió á las cabezas de los muchachos.

Pero como una embriaguez de aroma se pasa en seguida, sin dejar rastro alguno ni ocasionar molestias, en cuanto el abuelo se formalizó un poco, recobraron los ánimos infantiles su seriedad de los demás días, y tanto Ramón como Pepe, privados de adornar sus cabezas con el ros forrado de hule y de blandir el espadín reluciente, se sentaron en su puesto de costumbre, limitándose desde entonces á lanzar tímidas miradas una veces á la silla que contenía los codiciados objetos, otras veces á la que ocupaba el músico á quien no dejaba de divertir la entusiasta admiración de que era objeto.

— ¿Y qué tal le va á usted en el regimiento? — preguntaba papá Carlos.

— Bien, muy bien; el sueldo no es muy crecido que digamos, pero en cambio, tengo la satisfacción de verme apreciado lo mismo del coronel y oficiales que de los individuos todos que componen la banda, que no son pocos.

— Efectivamente, eso debe ser una gran satisfacción.

— Sí, que lo es; pero afortunadamente para mí aun disfruto otras mayores, sobre todo una.

— ¿Cuál?

— La de poder ejercer á todas horas el arte que más amo.

— Según eso, ¿tiene usted verdadera afición á la música?

— ¡Oh! lo que se llama una afición loca.

— ¿Y la tuvo usted siempre lo mismo?

— Siempre, desde niño.

— Vamos ; una verdadera vocación.

— Sí, señor, eso es : una verdadera vocación que hubo empeño en contrariarme.

— ¿ De veras ?

— Como usted me oye : yo he sido músico, casi estoy por decirle á usted que por milagro.

— Hombre, es curioso ; no recuerdo que me haya usted contado nunca la historia de su carrera, ¿ quiere usted hacerlo ahora ?

— No tengo el menor inconveniente ; y si estos señoritos quieren escuchar, -- dijo el músico dirigiéndose á Ramón y Pepe, -- tal vez mi relato pueda serles de algún provecho ; por lo menos, y ya que no otra cosa, sacarán de él alguna enseñanza.

— ¡ Digo ! ¿ pues no han de querer escucharle ? tanto más cuanto que desde que empezaron las vacaciones vienen escuchándome á mí ; hoy terminan por ahora estas veladas, y usted ha llegado muy oportunamente para relevarme y cerrar de modo agradable el período que podríamos llamar anecdótico ; ya que lo hemos dedicado á referir anécdotas que no dudo se quedarán impresas en la imaginación de estos caballeros.

Papá Carlos golpeó cariñosamente en las mejillas á sus nietos, y con un ademán invitó al militar á que comenzase su narración.

Yo, — dijo éste — no tuve la dicha que á ustedes no les ha faltado ; jamás conocí á mis padres, ni supe nunca quiénes fueron.

Los primeros recuerdos de mi infancia traen á mi imaginación días muy tristes : cuando cierro los ojos y pienso en mi niñez, me veo encerrado en un establecimiento de esos que sostiene la caridad pública y la beneficencia oficial, cubierto el cuerpo con un uniforme de tela grosera, los pies calzados con zapatones duros que me los llagaban, y metido como un animal entre dos ó tres centenares de

infelices como yo, siempre vigilados por cabos, que empleaban conmigo, lo mismo que con mis compañeros, modales bruscos, y que parecían empeñados en justificar el refrán aquel que dice que la letra con sangre entra, de tal modo se obstinaban en convencernos á fuerza de puñetazos de que uno y uno son dos, y de que las letras del alfabeto se dividen en vocales y consonantes.

Independientemente de lo que pudiéramos llamar clases, es decir, de los estudios más rudimentarios, nos enseñaban un oficio, cosa muy puesta en razón y que para nosotros hubiera sido hasta agradable á no hacernos odioso el aprendizaje el socorrido sistema de los pescozones de que acabo de hablar hace un momento.

Yo no sé por qué, aun cuando no tuve jamás dato ni noticia alguna que me permitiese hacer conjeturas acerca de mi familia, á mí se me antojaba que éste debía ser, sino noble precisamente, por lo menos perteneciente á la clase media, porque mis instintos, mis gustos, mis aficiones, diferenciábanse notablemente de los de mis compañeros, siendo en general más delicados.

Tal vez por esto, ellos me llamaban en tono de mofa *el señorito*.

No obstante mi señorío, hube de agarrarme al trabajo, y después de vacilar mucho antes de decidirme á escoger un oficio, opté finalmente por el de ebanista que á mí me pareció agradable y sobre todo decente.

¿Cuanto tiempo pasé allí encerrado, sin aprender cosa alguna de provecho, sin que mi oficio, que ya empezaba á saber bien, me produjese un solo centimo á pesar de que me pasaba casi todo el día trabajando? No sé, no puedo decirlo á ciencia cierta, porque en aquel encierro llegábamos á perder hasta la noción del tiempo; sólo sé que cierto día en que como de costumbre nos sacaron formados á paseo, tuvimos la suerte, ó por lo menos la tuve yo, de que en nuestro camino se cruzara un regimiento de ingenieros que con su escuadra de gastadores y su banda

de música al frente se dirigía sin duda á su cuartel. Y aprovechándome del movimiento de la gente, del ruido, de la distracción de nuestros custodios, de todas las circunstancias que favorecían la ejecución del plan que rápidamente acababa de concebir, me escabullí en silencio, poco á poco, pasé como un rayo por entre los soldados, y ya al otro lado de la calle corrí, siempre arrastrado sin que yo pudiese evitarlo por los marciales sonos de la música, y me uní á la turba de gurriatos que se afanaban por marcar el paso militar en torno á la escuadra de gastadores.

Me había escapado : estaba libre. ¿Qué uso hice de mi libertad?

Vagué al principio al azar, comiendo de día, á la puerta de los cuarteles, una escudilla del rancho sobrante de la tropa y durmiendo de noche donde me cogía ; á veces debajo de un banco, otras en un desmonte, no pocas en cualquier taberna de donde me echaban á las cinco de la mañana.

Pero, eso sí, disfrutaba todos los días de un espectáculo gratis, un espectáculo que era mi encanto, como es la distracción de los madrileños ociosos : el relevo de las guardias de Palacio. Yo no faltaba ninguna mañana ; ahora que aquel tiempo está ya lejos y que he vivido otra vida muy diferente y que he satisfecho mis aspiraciones, puedo decirlo con franqueza sin temor á que se ponga en duda mi afirmación. Jamás en los años que llevo de carrera, ni en circunstancia alguna de mi vida, he experimentado sensación más honda, más conmovedora, que la que experimentaba en aquellos solemnes momentos en que á paso de procesión y á los acordes majestuosos de la marcha real la guardia entrante penetraba en el cuadrilongo inmenso por bajo el arco de la Armería. Sin saber porqué, las lágrimas se agolpaban á mis ojos, y dejando mi puesto de observación bajo la arcada del cuerpo de guardia me trasladaba limpiándome aquellas lágrimas inoportunas con el dorso de la mano al sitio donde las músicas colocaban los

atriles para tocar algunas piezas de su repertorio en tanto se verificaba el relevo de los centinelas.

La música me hacía sentir de un modo extraordinario; derperaba en mí ideas de ambición, gana de ser algo, anhelos jamás sentidos, y después desesperación, mucha desesperación, porque comprendía que, solo, abandonado de todos, sin amparo, sin familia, sin nombre, yo no podría llegar jamás á ser músico, á vivir del arte y para el arte...

Pero al menos, el tiempo que duraba el concierto de Palacio yo era feliz y me olvidaba de todo: de mis desgracias, de mi desnudez, del hambre, de todo en fin; la música embargaba todos mis sentidos, y allí estaba yo fuera del mundo de lo real, ajeno á cuanto sucedía en torno mio.

¿Y saben ustedes lo que más poderosamente llamaba mi atención, lo que sobre todo me atraía? El músico mayor: por estar en la casaca de aquel hombre habría yo dado la mitad de mi existencia. Pero no por ostentar la casaca, que, con ser muy llamativa, para mí era lo de menos, sino por tener en las manos la batuta, por ver pendientes de un movimiento, de un gesto mío, todos aquellos hombres que aguardarían ese gesto para producir á un tiempo mismo torrentes de armonía.

Antojábaseme que el músico mayor debía ser un semi-dió, algo que estuviese por encima del común nivel de los mortales, y en la mollera se me metió el propósito de conseguir una plaza de director de banda. No se me pudo entonces ocurrir el pensar á derechas, con lo cual yo habría probablemente deducido que para ser músico mayor se han de tocar muchas notas: sólo pensaba, firme en mi propósito, el modo de escalar un puesto para el que se necesitan tantas aptitudes.

El primer gurriato á quien pregunté por el procedimiento á seguir para salirme con la mía, me contestó con una pregunta aplastante, que fué para mí una revelación:

— Pero, boceras, — me dijo, — ¿sabes tú de solfa?

Un papel de música era para mí entonces algo así como esos logogrifos esculpidos en los monumentos brahminicos ó en los templos dedicados á Bhuda. Pero como yo no cejaba en mi idea, no tardé en averiguar todo lo que se necesitaba para ser músico, y lo fuí. ¿Como? Esa historia es toda una odisea cuyo relato no ofrece para ustedes gran interés y llegaría á serles enojoso : resumiendo brevemente, diré que como yo era alabardero en un teatro de zarzuela, no me fué difícil conseguir que me admitiesen como corista, y entonces tuve ocasión de aprender el solfeo, estudiando más tarde el violín con un pobre viejo que ras-caba penosamente las cuerdas del suyo cada noche por la módica cantidad de tres pesetas.

Cuatro años después, bien impuesto en la música, sabiendo tocar el cornetín de pistón y el violín, leyendo á primera vista con facilidad que maravillaba á los doctos, conseguí una plaza de concertino en un teatro de segundo ó tercer orden.

Y allí, en aquel pequeño coliseo, experimenté una noche la mayor satisfacción que he tenido en mi vida, cuando el director de orquesta, aquejado de una indisposición repentina, me cedió su sitial.

Fué aquél un momento solemne para mí como ninguno otro de mi vida; tanto me agité en el sillón, tanto me volví hacia el público para que me vieran bien de todos los lados de la sala, que después he creído y sigo creyendo que debí estar ridículo hasta dejarlo de sobra, y aún me parece recordar que los demás músicos mis compañeros se burlaban de mí con muchísima finura. Pero eso he creído verlo mucho después; aquella noche, yo no ví nada más que la realización de mis ensueños; no pensé más que en que todos aquellos hombres iban á estar pendientes de mi batufa... ¡Y lo estuvieron, vaya si lo estuvieron! Les hice esperar la entrada más tiempo que de costumbre, no con ánimo de molestarles, sino para persuadirme de que todo





aquello, músicos, orquesta, función, todo en una palabra, estaba sujeto en aquellos instantes á mi albedrío, dependía única y exclusivamente de mi voluntad soberana. Y cuando, convencido de esta realidad para mi hermosísima, ataqué marcando á los ejecutantes los primeros tiempos, yo no sé si lo hice bien ó mal, ignoro si llevé la orquesta como debía llevarla, ó si los músicos que se sabían de memoria la sobada particella la ejecutaron haciendo caso omiso de mi batuta; lo único que sé, es que aquella noche, al meterme en la cama, estaba contento como nunca y hubiera sido capaz de destrozar entre mis manos febrosas al que se hubiese atrevido á presagiarme un porvenir dudoso. ¡Dudoso, cuando yo me creía un artista, una notabilidad, un genio!...

Enfría la edad los entusiasmos más ardientes, calma la experiencia los anhelos inmoderados que la juventud y el poco conocimiento del mundo generan en el hombre que tiene aspiraciones. Esto es lo que á mí me sucedió, y no tardé mucho tiempo en convencerme de lo ridículo de mis aspiraciones; vi hasta la evidencia que no sólo no me era dable formar entre los genios, sino que no tenía más remedio que contentarme con un puesto de tercera ó cuarta fila entre las muchas y muy apretadas que forman la falange de los cultistas del divino arte.

Y como yo era eso, un cultista, un fanático, un apasionado de la música, renuncié generosamente á meter ruido, esto es, á ser notabilidad; renuncié á que me discutieran, y ya seguro del pan de cada día, pude completar mis estudios de fuga y contrapunto en el Conservatorio, colocándome así, sin más recursos que mis propias fuerzas, sin otro apoyo que mi modesto empleo, en condiciones de poder tomar parte en un concurso cuando se tratara de proveer plazas de músicos mayores en los regimientos. Vacó una, me presenté, dicen que hice buenos ejercicios y me llevé la plaza que es la que hoy desempeño. Curado de vanidades, todas mis aspiraciones se reducen á cumplir

mi deber, procurando no quedarme atrasado en el camino del arte; me deleito oyendo y ejecutando música, y no quiero ni necesito nada más.

— Es usted modesto, — dijo papá Carlos : — la modestia es compañera inseparable del verdadero mérito.

— Creo, amigo mío, — respondió el militar que sé hacerme justicia; por lo demás, yo estoy muy agradecido á mi vocación, como lo estoy á los que lograron hacerme aborrecible la esclavitud del establecimiento benéfico.

— En realidad esa vocación...

— Esa vocación — interrumpió el músico — me ha salvado, haciendo de mí un hombre honrado y digno. Huído del asilo en que pasé mi infancia, solo en Madrid y entregado á mi libre albedrío, acompañándome de pilletes, hubiera sido como ellos, un canalla, si esa vocación misteriosa no me hubiese empujado por senderos para mí desconocidos, pero al fin y al cabo seguros, hacia un ideal noble y levantado.

— Indudablemente, — dijo papá Carlos á modo de conclusión, — el hombre debe tener un propósito determinado, un objetivo, en la consecución del cual emplear su existencia. Sólo que yo creo que es fácil equivocarse, y por eso, para no errar el camino, para no perder cuando menos el tiempo, conviene no dejarse llevar de la primera impresión de un deseo que, á las veces, resulta pasajero. La vocación, para ser tal, debe tener como primer carácter, la permanencia; entonces es cuando conviene atenderla teniendo en cuenta que decide de un porvenir, más aún, de una ó quizás de varias existencias.

\*  
\* \*

Ángela, Ramón y Pepe marcharon al siguiente día, la primera á su pensionado, y los otros dos á su colegio, para

continuar los estudios interrumpidos por las vacaciones. De éstas se llevaban indudablemente en sus corazones juveniles, gérmenes de nobles sentimientos, de levantadas aspiraciones, de rectos procederés. Esos gérmenes destinados á desarrollarse más tarde, debíanlos en gran parte no sólo á su natural bueno y generoso, si que también al efecto producido por las saludables enseñanzas de papá Carlos, las narraciones del cual hemos transcrito en el presente tomo.

FIN



# ÍNDICE

I. — El Buen Ejemplo . . . . .	7
II. — La Mejor Consejera . . . . .	19
III. — Bendita Casualidad . . . . .	33
IV. — La Dicha ajena . . . . .	47
V. — El Secreto de la Dicha . . . . .	61
VI. — Las Obras de caridad . . . . .	75
VII. — El Abuelo . . . . .	87
VIII. — La Crisis . . . . .	99
IX. — El Palacio y la Cabaña . . . . .	111
X. — La Limosna . . . . .	125
XI. — El Cuarto Mandamiento . . . . .	139
XII. — La Abnegación recompensada . . . . .	151
XIII. — Un Aniversario . . . . .	163
XIV. — La Vocación . . . . .	175

